YOLANDA SOLER ONÍS

Malpaís

I Premio Tristana de Novela

hora antes
editorial
ha

© del texto: Yolanda Soler Onís.
© de la ilustración de portada: Pepe Dámaso.
© de la fotografía de la autora: Emile Issa.
© de esta edición hora antes editorial.

Malpaís

Yolanda Soler Onís

A Emilio Soler Vidal, que soñó Canarias

Con mi agradecimiento a Rafael Domínguez Schwartz y a todos los amigos de Lanzarote, especialmente a Luis Pérez del Toro, sin cuyo asesoramiento médico-legal esta novela no habría sido posible.

CAPÍTULO I

Cuando Sindo Roca se asomó por primera vez a la Avenida Marítima ya había bebido más copas de las que podía recordar, tantas como para esperar una ráfaga de aire fresco en medio del peor siroco que había sufrido la isla en años. Fue entonces cuando aquella idea loca le vino a la cabeza, y él trató de alejarla sustituyendo los bares que cerraban a última hora por los que abrían temprano. No lo consiguió.

Una luz crepuscular detenía la mañana de domingo, condenada por el polvo a discurrir monocroma. Ya había amanecido cuando salió de la churrería. La sirena de una ambulancia sonó a lo lejos. Se sentía destemplado, torpe y, sobre todo, culpable por no haber previsto vigilancia para Chona. Aunque necesitaba descansar, sabía que no podría parar en la cama con aquella idea martilleándole la cabeza; también que avanzaba a través de un largo pasillo sin vislumbrar la salida, y que no tenía la fuerza suficiente para volver atrás: a la mañana anterior a la muerte de Elda Meyers; a lo inmediato, al día lleno de informes, de cafés, a la rutina de la comisaría y a los encuentros con una Alicia cada vez más silenciosa.

Elda Meyers le había dicho cuando la conoció, al principio de los 70, que el viento del Este no sopla igual para todos: «Trae polvo, a veces langostas y, en ocasiones, muerte»; sonaba extraño al recordarlo, como cuanto tenía que ver con ella, irreal. En esa ocasión no le había dado importancia, y lo olvidó; hasta aquella madrugada de 1992, la de su 44 cumpleaños, cuando ardió el almacén que Elda tenía en el Puerto, y Sindo Roca no tuvo más remedio que volver a *El Ancla*.

El Ancla era un bar oscuro en la tierra de nadie, entre el puerto y el límite de una ciudad sitiada por el Atlántico; una isla dentro de otra, en manos de los alisios y el abandono. Mientras caminaba hacia allí se sentía incómodo, apestaba a humo y notaba un extraño vacío en el estómago, que no era hambre. Hacía muchos años que había entrado por última vez en el local de Chona, tantos iguales que no recordaba si sumaban catorce o dieciséis, tal vez más.

El siroco, que días atrás era sólo una amenazadora cinta ocre en el horizonte, pesaba ya sobre todos, caía sin tregua sobre las casas, los coches y la gente. Roca reconoció que le molestaba regresar, empujado por la necesidad, a un lugar que había olvidado.

Apartó con decisión las cadenas forradas de plástico que colgaban del dintel de la entrada. El olor a *zotal* permanecía sobre el del humo de los cigarros de los escasos clientes que a aquella hora de la mañana se congregaban junto a la barra. La desbandada que produjo su aparición fue discreta pero general. Siempre sucedía lo mismo: poseían un sentido especial para detectarlos, incluso a él, que no resultaba precisamente el modelo de la comisaría. Roca era un policía, a pesar del pelo grasiento y la barba de un día que blanqueaba en el mentón; poco despistaban los kilos de más, los pantalones pardos y la arrugada camisa de un color crema sospechoso. No se dio por aludido. La muerte de Elda Meyers ocupaba por completo sus pensamientos.

Mientras Chona se acercaba desplazando con dificultad su enorme cuerpo desde el otro extremo de la barra, Roca trató de buscar una frase ingeniosa, algo que sustituyera la disculpa y suavizase la evidencia. El policía miró hacia el ventanal. Al otro lado de los sucios cristales del bar se extendía la bahía, cobriza bajo el siroco. Sus ojos tropezaron con la antigua fábrica de conservas de pescado, para continuar por el accidentado camino que llevaba hasta los restos, aún humeantes, del viejo almacén de la Compañía Platanera del Atlántico que Elda Meyers había transformado en su estudio en 1970.

Al volver la cabeza, se topó con la cara amable, fofa y excesivamente maquillada de Chona; una mujer ya vieja y perseverante, que resistía al frente de su mermado negocio cuando el resto de sus colegas había abandonado las inmediaciones.

Una rápida ojeada tras el saludo fue suficiente. Ella no necesitó demasiado para captar aquel fingido desinterés que, con el tiempo, Roca habría de lamentar tanto. Le siguió el juego.

—Dichosos los ojos —murmuró con cierto sarcasmo, al fin y al cabo él era un desaparecido más; daba igual cuál fuese el motivo: el cierre del almacén de plátanos, el traslado de la conservera a Marruecos... Chona

había visto impotente cómo, a causa de la muerte lenta del puerto, su clientela de *cambulloneros* y estibadores dejaba paso a un trasiego de negros ilegales, procedentes de ningún sitio, que dormían en los barcos abandonados y vendían baratijas en los mercadillos. «Ya ni siquiera el alterne es lo de antes», solía decir, a quien quisiera escucharla, «Demasiada drogadicta en el negocio».

A Roca la sonrisa se le quedó a medio esbozar. No pensaba darle opción. Él había elegido el tono y ella marcaba el ritmo.

—Hace tiempo que nadie paraba aquí cuando iban a la nave. Ella tampoco —señaló con un movimiento de cabeza el lugar en el que, a unos centenares de metros, la estructura metálica del estudio de Elda se enroscaba renegrida como el esqueleto chamuscado de un animal imposible.

—Vaya, parece que no te andas con rodeos —exclamó sin lograr la naturalidad pretendida.

—No me irás a soltar ahora que pasabas por aquí y te dijiste, hombre, aprovechando lo del incendio del almacén de Elda, voy a ver qué tal anda Chona.

Roca comprendió que hacía mucho tiempo que ella había dejado de tener en cuenta infidelidades como la suya. «Al fin y al cabo, hasta las ratas abandonan el barco cuando se hunde», pensó.

—Vale, no es una visita de cortesía; no sabes cómo lo siento.

—Pues no sabes cuánto me alegro, Roca, porque a mí tu cortesía me vacía el local —dijo como si no hubiera escuchado la disculpa.

La discreta desbandada que había provocado la entrada de Roca en *El Ancla* había concluido. Estaban los dos solos.

—¿No vas a ofrecerme una cañita? —preguntó encogiéndose de hombros ante la evidencia. La mujer le sirvió una jarra y depositó un puñado de cacahuetes sobre la barra metálica.

—Hace más de quince años que no la veía —murmuró por fin.

—¿La fragua? —preguntó ella, sin dejar de ordenar vasos y botellas, como si aquello fuera capaz de enmascarar su curiosidad.

Roca había pensado lo mismo al enterarse de que el almacén estaba ardiendo porque Elda tenía su propio taller de escultura, con todo lo necesario para trabajar distintos materiales.

—No, los bomberos han descartado que el foco estuviera allí. No hay duda de que el incendio fue provocado.

—¡Este maldito tiempo africano! Siempre la misma historia. La gente se remonta...

Chona, aunque no lo hubiera expresado, ya había hecho su elección entre las dos opciones posibles.

—Sus motivos tendrá —le dijo él, aceptando como válida su apuesta. Quizá porque todo resultaba más sencillo así; porque en cierto modo, y después de negarlo durante años, él, también, comenzaba a creer que aquella franja amarillenta amenazaba desde el horizonte a cuantos habían sentido la tentación de desaparecer, aunque no fueran del todo conscientes de ese deseo. Una neblina de arena preparaba el escenario agotando el ánimo, bajaba la tensión; entonces la ciudad resultaba más sucia, las tardes lentas y los crepúsculos borrosos.

Chona no necesitó añadir más; era de esas mujeres como la madre y la abuela de Roca, o como las de José Juan Santana, su íntimo amigo de la infancia, capaces de expresarlo todo con un ¡Hum!, con un ¡Uy! o un ¡Buff! Aunque luego se perdieran en detalles sin importancia a la hora de contar cualquier anécdota. Era como si las grandes palabras no debieran nombrarse. Un modo curioso de aprender a no sentir más allá del instante, a no llorar, a mantener el tipo.

—Ya van tres en una semana —sin terminar la frase supo que había dado un paso atrás; a Chona no se le escapó.

—Lo dices como si ya no pensaras en ella —dijo.

Notó que enrojecía, aunque resultara imperceptible en un rostro curtido como el suyo; sin embargo, agradeció que fuera tan directa.

—Hubo otros —añadió.

—¡Y tanto! —exclamó ella con una sonrisa que dejaba al descubierto su flamante dentadura postiza— ¿Qué te creías? Cuando se es joven resulta corriente pensar que se tienen las cosas en exclusiva.

A Roca la idea de que ella pudiera adivinar sus pensamientos lo incomodaba, tanto más cuanto que le resultaba imposible saber qué sentía. Se dijo que tal vez fuera más sencillo averiguar lo que no sentía. No era indiferencia, aunque pretendiera aparentarla. Chona se sirvió un trago de su

botella de ron añejo y lo observó durante un par de segundos.

Empujó con la bayeta las cascaras de los cacahuetes hasta que se precipitaron al suelo y le puso otra cerveza. Cuando volvió a hablar, Roca cayó en la cuenta de que aquel comentario le había llevado, sin que lo notara, hasta los tiempos de la pandilla del Parque.

—Qué carajo tenía esa mujer con aquel ojo de cristal y tanta rareza. ¡Mira que a veces los hombres! Aunque, al final estaba casi tan sola como yo —no era una queja, no se compadecía de sí misma, era una reflexión en voz alta, sin el menor rastro de amargura—, venían muy poco a verla...

Descubrió que lo había olvidado casi todo de aquella época en la que Santana, Lemes, Maribel y él se reunían fascinados en torno a una joven escultora recién llegada de París.

—¡Cómo han cambiado las cosas!

Encendió el último cigarro del paquete y se dispuso a escuchar pacientemente, convencido de que si Chona sabía algo terminaría por decirlo. A la mujer le encantaba hablar y rara vez contaba con un auditorio tan atento como lo estaba Roca aquella mañana de la muerte de Elda Meyers.

—¿Recuerdas cuando esto era una fiesta y siempre había caviar, chaka y vodka del bueno, y los rusos cambiaban relojes por pesetas y compraban lanas de colores chillones, y los hombres del puerto no daban avío a trabajar y gastarse el dinero con las chicas...?

Roca echó una mirada a su alrededor. Las mamparas de fórmica de los veladores estaban descascarilladas, el suelo cubierto con serrín, agrupado en montones oscuros. Al fondo, la escasa luz que entraba por los cristales polvorientos desvelaba un desvencijado billar.

—Se muere el puerto y nos morimos todos, sin la menor decencia. No como Valparaíso que, como decía mi compadre Pedro, no tenía vida pero...

Notó que comenzaba a impacientarse, así que sacó el papel de plata del interior de la cajetilla y lo alisó sobre la barra. Eso le entretendría sin distraerle. Chona era su único comienzo, el testigo más fiable de un deterioro que otros habrían de confirmar durante los días siguientes.

—Esto se fue a la mierda, Roca, y no lo arregla ni un médico chino... Ya ves, todos esos socialistas que prometían tanto; y al final nos dejaron sin

nada —dobló la platina en forma de triángulo para cuadrarla y cortó cuidadosamente el rectángulo de papel sobrante—. La más lista fue la godilla aquella que se juntaba con ustedes, la que se casó con el senador. ¿Cómo se llamaba la condenada?, Maribel, ¿no? —Chona no esperaba una respuesta. Roca plegó una de las puntas hacia el centro de la hoja mientras dejaba que Chona se explayara. Pasó los dedos sobre el nuevo doblez y lo hizo coincidir con el vértice llevándolo hacia arriba—Las vueltas que da el mundo, ¡por Dios...! Por aquí pasan muchos coches, ya sabes, parejitas, y eso, que aparcan en la explanada de la fábrica frente al mar. Hay días que se juntan más de veinte. Prefieren perder la intimidad para protegerse unos a otros. Son coches pequeños con adolescentes o jóvenes que no tienen dónde ir. Ahora, por el camino del almacén tiran pocos, y aquí no paran...

Al preguntarle por los coches los describió como «un cochazo granate y un viejo escarabajo celeste».

—Si te digo te engaño —le respondió cuando él le pidió más detalles. No iba a sacarle nada más.

Entonces, Sindo Roca descubrió a Iván al otro lado de la ventana. Supo que era él, a pesar de los años transcurridos. No podía haber crecido de otro modo.

—A lo mejor tu sobrino ha visto algo —le dijo señalando con un gesto de cabeza al muchacho menudo que barría ensimismado la acera, como si no le importase que el polvo siguiera cayendo.

—¿Qué puede haber visto? Déjale en paz, Roca, que ya bastante tiene con lo que tiene —después, un poco más distendida, trató de justificar su celo—. El chico es bueno, aunque un poquito infantil, ya sabes que no es muy completo.

Roca siguió con su tarea: llevó la punta contraria del papel sobre la que acababa de doblar y las hizo coincidir, para después plisarla simétricamente. Recordaba del chiquillo un par de ojos enormes, su cuerpo siempre detrás de algo: las piernas de Chona, el descansillo de la escalera, las cajas de bebidas; y una mirada atónita, que sólo la costumbre lograba apaciguar.

—Me echa una mano con el negocio... pero le gusta poco la gente... Sigue igual.

Chona continuó hablando algunos minutos más. Saltaba de una conversación a otra como era su costumbre; no desvariaba, simplemente expresaba lo que pensaba, y cualquier punto podía desembocar, por analogía y un rapidísimo mecanismo de ideas encadenadas, en algo que un interlocutor poco familiarizado con ella no sabría de qué manera relacionar. Le dijo que Elda andaba bastante desquiciada, que se veía luz en el almacén hasta el amanecer.

—No sé, mi niño, daba cosa verla así tan despelusada, con esas túnicas raídas que no se quitaba de encima. Hasta el mismo cartero me lo comentó más allá: «¡Fuerte desperdicio de mujer!, usted», me dijo.

Tomó un último trago de la cerveza, ya caldosa, y finalizó con rapidez la figura que había iniciado mientras escuchaba a Chona. Nueve movimientos más, y dejó sobre la barra una diminuta monja de papel, con el interior de la toca y el babero resaltando en blanco sobre un hábito plata. Chona la cogió y, tras observarla con calma, abrió una pequeña alacena empotrada entre las botellas.

—¡Esta ya no la tenía! Se estropean con los años y la humedad, ¿sabes? —el deje de queja era muy sutil.

Dentro de la vitrina había más de una veintena de mariposas, pajaritas, bailarinas, ranas y otros modelos de papiroflexia.

Roca había pasado toda la noche en los alrededores del incendio y el resto de la mañana en el bar de Chona. Le costaba creer que Elda hubiera rociado su estudio con líquido inflamable, le prendiera fuego y se hubiese acostado tan ricamente en el centro de un círculo de llamas a ver cómo ardía. Pero hacía mucho tiempo que no la veía, y la gente cambia. Deseaba confirmar cuanto antes el abandono y la miseria para relegar aquel recuerdo que tanto le inquietaba. Pensó en los dos suicidios que, a falta del informe del forense, se hallaban sobre su mesa.

«Siempre que venía el polvo la misma historia». Mientras dejaba atrás la zona portuaria y se incorporaba al ajetreo de la ciudad, sopesó la posibilidad de pasar por su casa, pero la perspectiva no le resultó tentadora. El apartamento, donde vivía desde que su mujer le había dejado, estaba hasta arriba de ropa sucia y envoltorios de pizza y comida china. Sólo por su acumulación había caído en la cuenta de que hacía muchos días que no

sabía nada de Alicia. No le preocupaba. Ya llamaría; siempre terminaba llamando.

Al entrar en la comisaría se cruzó con un grupo de negros recién detenidos que irían a parar al Centro de Extranjeros. Desde su mesa en la Policía Judicial podía escuchar las preguntas de siempre:

—Lugar de procedencia.

—Senegal.

—¡Y una leche!, y luego Gambia, y después lo que quieras. Siempre lo mismo.

—Con estos lo que hay que hacer es llevarlos a alta mar y preguntarles si van a decir la verdad de una puñetera vez o prefieren volver a su tierra a nado.

Roca sabía que ya apenas cabían en el antiguo edificio de la cárcel, que preferían la incertidumbre allí al hambre o al mísero futuro que les aguardaba en sus lugares de origen. El problema en aquella época residía en cómo diferenciar a los simples emigrantes de los traficantes de droga, o cuándo los utilizaban para ello.

Ajeno a las protestas y a los improperios, al ir y venir, comenzó a tamborilear con el bolígrafo sobre un folio en blanco. Pensó en «La panda», como los llamaba Chona. Sus antiguos amigos eran, en principio, Las únicas personas que conocía que habían tratado a Elda en algún momento. Hacía más de veinte años de todo aquello; posiblemente supieran de ella tanto como él; pero por algún lado tenía que empezar. Escribió con calma los nombres de José Juan Santana, María Isabel Pérez y Víctor Lemes; y allí los dejó cuando un rato después enfiló el camino de su casa, a un par de manzanas de la comisaría.

Entró en el apartamento y, evitando detener la vista en sitio alguno, fue directo a la ducha. El desorden delataba el abandono; aunque si lo pensaba un poco, estaba mejor así, con aquella sensación de fracaso, que soportando el peso de una relación que su propia dejadez había ido minando a medida que Alicia perdía el entusiasmo. Todo dependía de ella, y cuando ella se rindiera, él no tendría nada; su auto-compasión de siempre, desde que Elda le había dicho adiós veinte años antes para dedicarse a otro; a otro que, aunque en aquel momento aún no lo reconociera, estaba dispuesto a

identificar, a pesar de que poco o nada tuviera ya que ver con su decisión de quitarse de en medio.

Se duchó y le dio lo mismo porque al salir del baño seguía sudando. Mientras se secaba metió el estómago que se desparramaba sin pudor impidiéndole ver más allá de la punta de los pies encallecidos. Con la respiración contenida tuvo, por un instante, la ilusión de recuperar la figura de sus primeros tiempos en la policía, cuando aún iba al gimnasio y las chicas de los clubes le piropeaban en las redadas. Resopló y los músculos se relajaron volviendo al lugar que ocupaban desde hacía tiempo. Mientras hurgaba en los cajones en busca de un par de calcetines del mismo tono, sus dedos quedaron impresos sobre los muebles de laca negra, tan modernos, con los que Alicia había querido agrandar el pequeño apartamento. El polvo cotidiano se unía al de la calima que asfixiaba a la ciudad desde hacía más de una semana. Apenas si podía ver el estrecho pedazo de horizonte que entre dos fachadas correspondía a su ventana: un trozo de mar muy quieto interrumpido por el arrecife que cerraba la playa, convirtiéndola en una piscina enorme cuando bajaba la marea.

Se le ocurrió que todo lo relacionado con Elda lo estaba también con esa pesadez y esa angustia que el siroco le provocaba cada vez más a menudo. Pensó en los suicidas; en cómo caían, igual que las langostas de una plaga, cuando el polvo se perfilaba dorando el horizonte y los empujaba desde las azoteas, o guiaba sus manos en el ritual de los que se encaminan a la ferretería, cotejan las cuerdas, calculan los metros, regresan a casa, eligen el punto de apoyo, trenzan el nudo y se marchan. No sabía por qué se les amontonaban los casos con este viento; pero había oído que en algunas zonas de Cataluña sucedía algo similar con la tramontana.

Por lo general, y en este tipo de asuntos en particular, el suyo era un trabajo de rutina; nada espectacular: visitar a la familia, comprobar el estado de desesperación, y dejar atados todos los cabos de una muerte por propia voluntad.

Pensó que, quizás, Elda hubiera decidido irse por cansancio, por aburrimiento.

Al regresar a la comisaría encontró sobre su mesa los informes del forense que esperaba. Un hombre que había bebido insecticida y una

anciana que se dirigió a casa de su hija y, dejando atrás el piso de ésta, se lanzó desde la azotea; tenía testigos suficientes en ambos casos para darlos por concluidos. El asunto de Elda, sin embargo, estaba muy lejos de parecerse a cualquiera de los ocurridos en los ocho años que llevaba en la Policía Judicial.

Además de las notas del forense encontró un aviso de llamada. El número le resultaba familiar, pero no logró relacionarlo con el apellido. Cuando reconoció la voz de Antidio Rodríguez al otro lado del teléfono, ya era demasiado tarde para volverse atrás. El periodista había omitido el nombre para ver si picaba, y le había salido bien. Rodríguez le dijo que los bomberos estaban seguros de que el incendio había sido provocado.

—¡Y tanto, lumbrera! —contestó, algo molesto aún porque se la había tragado doblada— Se pegó fuego, o se lo pegaron, que también podría ser.

Antidio Rodríguez era un tipo curioso; nadie podía asegurar cómo había llegado al periódico ni en calidad de qué. Un verano, un par de años antes del incendio del almacén, empezó a hacer crónicas de sucesos mientras el titular de la sección estaba de vacaciones y, de la noche a la mañana, conectó con las masas ávidas de sangre y morbo que empezaban a consumir los *reality shows* televisivos. Se convirtió en poco tiempo en la estrella indiscutible del diario. Antidio Rodríguez era el que más vendía y fastidiaba a la competencia; a la empresa, lo poco ortodoxo de sus métodos y su falta de formación periodística le daban igual.

Después de colgar marcó el número del Jefe de Bomberos; le tocaba las narices la poca discreción de la gente, y luego esos metomentodo de los periodistas, pensó, si por lo menos supieran colaborar, pero se cargaban una investigación, hasta un buen reportaje, por vender cuatro periódicos más al día.

Caía la tarde cuando se dirigió al Parque en busca de Víctor Lemes, el primero de los nombres de la lista que decidió abordar. Lemes hacía años que trabajaba como fotógrafo ambulante retratando un mundo del que, tras su estancia en la cárcel, había sido excluido. Las calles estaban sucias y desiertas, como la mayor parte de una ciudad perpetuamente en obras.

Sorteó las zanjas y el polvo, pisó calles peatonales en las que se mezclaban cantería y marmolillo de baño. El Parque estaba muerto. Los

limpiabotas en cuclillas, apoyados en la pared del estanco con sus ropas azul marino y las manos embetunadas cayendo sobre las rodillas. Las terrazas tenían la mayor parte de las sillas amontonadas. Dos camareros discutían sobre por qué el Ayuntamiento había mandado arrancar las flores de los parterres para reponerlas después. Roca se sentó en la terraza del Derby, como hacía Elda cuando la conoció. Mientras esperaba su cubalibre de ron amarillo, rechazó las almendras que un pequeño vendedor ambulante marroquí trataba de colocarle como única salvación en aquel desierto. Los incondicionales de la barra del Río también estaban de capa caída.

Había visto a Elda por primera vez en aquel mismo lugar a comienzos de 1971. Ella solía desplegar sus cuartillas de colores brillantes sobre la superficie estampada de la mesa. Primero se fijó en aquellos papeles satinados en negro, rojo y verde esmeralda; después en la extraña agilidad de sus manos de escultora, casi masculinas, para realizar pliegues y más pliegues, sutiles y precisos, de los que surgían ahora un cisne, después una rana, un búho, una cigüeña o un coro de monjas, incluida la abadesa con hábito de lujo. La mujer llamaba profundamente su atención durante aquellos días en que los hippies exponían sus mercaderías en el parque o en las plazas cercanas al muelle; y muchos jóvenes de la zona jugaban a ligar extranjeras maduras disputándoles el negocio a los chulos de playa, que habían huido de las plataneras y los andamios para sumergirse en la vida fácil que las nórdicas proporcionaban.

Elda poco tenía que ver con los artesanos del cuero de rubias melenas hasta la cintura o con las muchachas que engarzaban collares de abalorios, ataviadas con cintas en el pelo, estrechas camisas de algodón y pantalones muy justos hasta la rodilla y acampanados sobre los zapatos con plataformas. Elda no mostraba su mercancía en los tenderetes como el resto de aquella gente que había huido de París y de algunos pueblos remotos de la España interior para alargar un sueño a la sombra de las palmeras del parque. Pedía un gin-tonic o un té y se sentaba a hacer pajaritas, novias y monjas bajo los laureles de Indias. 250 pesetas daban la oportunidad de aprender tres modelos.

Ella debía de tener entonces veintipocos años, sólo algunos más que Roca; hablaba sin acento que hiciera sospechar su origen incierto. Un pelo

negro muy largo y brillante enmarcaba un rostro ovalado de facciones discretas, en el que destacaba un desconcertante y estático ojo de cristal, casi siempre oculto tras unas gafas de sol.

Sin darse cuenta se había quedado solo en la terraza del *Derby*; preguntó al camarero si sabía algo de Tito Lemes.

—¡Ese cada vez anda peor! Ya ni lleva rollo en la cámara.

Roca movió la cabeza, para hacer ver que comprendía lo que quería decirle. Un viejo limpiabotas se le acercó asegurando que le había hecho una seña.

—¡Cuánto tiempo sin verle por aquí! —lo invitó a un café, que tomó solo a pesar de la úlcera. Después le preguntó por Lemes.

—No tardará en venir; aunque ya no tiene hora fija, como la cosa está tan floja se mueve más por los coreanos... ¡Qué tiempos aquellos ¡eh! —Roca estaba comenzando a hartarse de la misma historia—... Bueno, yo me voy para casa a ver la telenovela, que para lo que hay que hacer —dijo el limpiabotas cuando terminó de lustrar sus zapatos.

—¡No me jodas!, ¿también tú con los culebrones?

Lo viejos zapatos de Roca relucían mientras salía al encuentro de Tito Lemes. En la trasera del Parque cuatro vendedores ambulantes exponían sus mercancías hechas en serie, mientras al otro lado una desnutrida panda de aficionados al ajedrez y al dominó esperaba su turno.

Los *coreanos* como los llamaba el *limpia* eran clubes de alterne, barras americanas, *estriptis*..., que ocupaban toda una calle peatonal aledaña al parque; entre sus carteles indescifrables sólo los de la Góndola y el Club 29 podían entenderse. Los *tiqueteros* que animaban a entrar en los locales vacíos no hicieron la menor intención de abordarle.

El *Club 29* estaba lleno, como casi siempre desde hacía treinta años; a pesar de la calle y de los cambios, tenía una clientela fiel a sus cócteles, a las palomitas y a los chistes de Pepe Monagas, apenas legibles, sobre las lamparitas de los reservados. Roca se tomó otro amarillo con cola. Y ya pensaba marcharse cuando Víctor Lemes asomó la cabeza.

—No trae más que problemas —murmuró el dueño dirigiéndose a la puerta para impedirle entrar.

Tito llevaba una gorra de béisbol con un colador a modo de radar;

vestía un chaleco lleno de pins y de bolas de Navidad con brillantes guirnaldas que había copiado a la legendaria Lolita Pluma, cuando llegados esos días decoraba las minifaldas que cubrían sus piernas septuagenarias. Colgaba de su cuello una enorme máquina de la que salían muelles, cables, bombillas de colores, y que sólo por el objetivo podría considerarse una cámara de fotos.

—¿Cómo te va, tío?

—Tirando —contestó con desgana.

Don Enrique se alejó con desconfianza a reponer las palomitas en las mesas de varias parejas que se achuchaban discretamente. Algunos, entre los que Roca podía incluirse, habían llevado allí a sus respectivos idilios desde que estaban en el colegio. Pensó que no merecía la pena andarse con rodeos.

—¿Hace mucho que no ves a Elda?

—Ya estabas tardando —dijo Tito parpadeando y frotándose las manos con cierto nerviosismo—. No sé nada, tío... Aquí te cuelgan un fiambre y te las endilgan todas.

—No, si lo tuyo ha sido siempre mala suerte.

—¡Coño!, colega, un poco de confianza, por los viejos tiempos. ¡Claro que me la tiré!, como tú. ¿Qué, te has interrogado ya? Además no era mi tipo, poco dinero y mucha palabrería, eso queda para otros.

Tito Lemes dejó la expresión en el aire. Quizá tuviera razón. Lemes tenía otros intereses cuando conocieron a Elda. Vivía muy bien de las extranjeras entradas en años. Si no las ligaba por su propio encanto recibía encargos de algunos conserjes serviciales, que aunque se llevaban una buena comisión dejaban sus ganancias. Tito sabía que era bueno tenerlos contentos para las épocas de temporada baja, cuando se acercaba el verano en el norte de Europa y los aviones dejaban de llegar hasta el otoño siguiente.

Lemes podría haber continuado en aquel negocio hasta quince años más de no ser por lo de la finlandesa; una cincuentona enorme que había aparecido en el armario de su apartamento semanas después de haber sido estrangulada y robada. Después de aquella historia, de la que salió absuelto por falta de pruebas, aunque no se librara de la prisión provisional y de las

murmuraciones, la vida alegre terminó para él. No estaba dispuesto a regresar a la albañilería, con el calor que hacía en aquellos eriales de la zona turística del Sur de la isla, donde los hoteles crecían como setas y el viento aullaba sin parar hasta que lo detuvieron los edificios. Prefirió comprarse una máquina de fotos y aprovechar los últimos años de vida del Parque, en el que Lolita Pluma seguía siendo la vedette indiscutible.

—Eso a Santana, tío, o la Maribel, a ellos sí les iba el rollo de la *choni*. Yo no tengo nada que ocultar.

—¿Y ellos sí?

—Ellos sabrán.

Tito puso en marcha las luces de su cámara del tiempo y se marchó después de girar dos veces sobre sí mismo.

El 29 se fue vaciando. Cuando llegó la hora de cerrar, no tenía sueño. Siempre le sucedía lo mismo tras pasar una noche en vela: el cansancio se transformaba en una especie de hiperactividad. Don Enrique le sirvió la última copa. Roca la alzó en un brindis que no llegó a formular. Por primera vez cumplía años sin una sola felicitación. Tuvo la tentación de decírselo; le pareció deprimente. Volvió al Parque pero no había ni un alma. De pronto se acordó de Iván, el sobrino de Chona; quizás pudiera hablar con él a solas mientras ella dormía. Recogió el coche, y dejando de lado la garita de la Guardia Civil a la salida del puerto, continuó por la carretera que lo bordea. A través del polvo logró distinguir los diques vacíos y las siluetas de viejos contenedores casi en el límite de una población de chabolas.

El Ancla estaba cerrado y a oscuras. Continuó hasta la fábrica de conservas. Había varios coches aparcados a una discreta distancia unos de otros. Dejó el suyo estacionado al principio del camino que continuaba hasta el almacén de la antigua Compañía Platanera del Atlántico, y recorrió a pie el trayecto que la noche anterior había colapsado un trasiego de bomberos, ambulancias, coches de policía e infinidad de curiosos. Los restos del almacén surgieron frente a él, retorcidos, muy cerca de las estacas del embarcadero que aún sobresalían del mar.

Roca pensó en la noche de la apuesta, cuando por primera vez estuvo a solas con Elda Meyers. Recordó el vértigo instalado en el estómago mientras caminaba por la senda que acababa de dejar atrás.

Era verano, un día de agosto en el que la *panza de burro*, que agobiaba la ciudad con sus compactas nubes grises, se había tornado ocre a causa del polvo procedente de África. Oscurecía cuando llegó al edificio. El siroco acallaba el mar bajo las tablas del embarcadero. Hacía calor pero el sudor nacía frío, empapando una camisa que se ajustaba al pecho con un estampado de ajedrez. Su corta melena despuntada se adhería a las sienes y al cuello. Al detenerse ante la puertecita metálica, inserta en otra mayor que cerraba la nave, echó una última mirada atrás. La ciudad iluminada se difuminaba a su espalda.

Dudó un instante. Tito y Santana lo esperaban en el bar de Chona tomando cervezas y practicando los modelos de papiroflexia que Elda les había enseñado aquella misma tarde: pajaritas, peces, patos y monjas legas, que fueron las únicas que lograrían hacer. «No, no me atrevo»..., «pero, qué van a pensar los otros...». «Una apuesta es una apuesta». «Nadie me vigila». «Puedo darme la vuelta y regresar, decirles que lo he hecho, que he entrado en su casa de noche y la he visto... Sabrán que miento».

Con los años, si alguna vez recordaba aquellas dudas sonreía; no había hecho otra cosa más que mentir y sacar el mejor partido desde que había ingresado en la policía. Apoyó la mano sobre la superficie metálica para sentir su contacto y la puerta se deslizó con suavidad. «Qué extraña mujer aquella, que vivía sola, tan apartada y ni siquiera se molestaba en echar el cierre». Un sentimiento, después reconocido como puro y simple miedo, volvió a cebarse en el nudo del estómago, que ya se ampliaba al pecho, acelerándole la respiración. Una fragancia cálida, que parecía empujada por la luz salió a su encuentro: un olor familiar a plátanos almacenados, a tiempo de infancia, que recibió con alegría.

En el extremo opuesto de la nave un altillo, limitado por una balaustrada de madera, constituía la vivienda de Elda. Un enorme espacio sin tabiques, con el armazón de hierro como cielo, acogía unas esculturas enormes. Madera y metal entrelazados en cuerpos que se fundían en posturas imposibles.

Aquella noche de la apuesta, Elda leía en la troja, iluminada por una pequeña lámpara de tulipas como flores. Bajo aquella luz opalina su ojo derecho, detenido y verde, brillaba aún más vidrioso. Al oír la puerta se

incorporó sobre los cuadrantes de raso de su cama turca y atisbo entre los barrotes de madera con su único ojo. Roca debió de parecerle diminuto entre sus esculturas. Permaneció un instante paralizado; después se giró con la intención de salir corriendo. Una voz suave pero enérgica le detuvo. «No, no te vayas, quédate un rato, todavía es pronto. No tengas miedo. Acércate».

Roca necesitó realizar un esfuerzo desmesurado para lograr moverse, tuvo que ordenar cada paso, cada flexión de rodilla para subir las escaleras tipo barco. Apoyó la mano en la barandilla que protegía el ascenso a la vivienda de la mujer. En aquel entrepiso debieron de estar un día las oficinas de la platanera. Al llegar arriba recibió como una llamarada sobre el rostro la mirada del ojo inquieto; bajo ella, una sonrisa. La melena de Elda caía sobre la seda hueso de su camisón en un contraste que le hizo olvidar enseguida la impresión de sus ojos.

Sindo Roca se disponía a balbucear una disculpa cuando, de nuevo, aquella voz profunda, segura, y sobre todo inesperada, le ahorró el trabajo: «Lo sabía. Algo me decía que esta vez tampoco terminaría *La Fugitiva*». La miró extrañado. «¡Proust!», exclamó ella agitando en el aire, como para dispersar la tensión, el volumen sexto de En busca del tiempo perdido. Ella le explicaría después que leía a Proust para olvidar: «Nada mejor contra la ausencia que ella misma».

A Roca le pareció una forma de masoquismo de lo más sofisticada. Sintió el sudor perlándose en su frente, supuso que unas pequeñas gotas ambarinas, a causa del polvo adherido en el trayecto, debían de brillar sobre su tez cobriza y lampiña. «No te he oído llegar», dijo Elda, convencida de la necesidad del monólogo. «¿Has venido en coche?». Entonces, cuando ni siquiera él lo esperaba, se escuchó decir: «No, he venido andando. De todas formas el polvo es como la niebla en otros lugares, distorsiona los sonidos». Fue en ese momento cuando le dijo aquello del viento, las langostas y la muerte: «Sí, pero no sopla igual para todos».

Después la velada discurrió, pese al ambiente, con la rapidez y naturalidad que ocurrían las cosas entonces. Aquella relación no duró demasiado, el tiempo justo para despertar el cuerpo del muchacho disipando los temores con manos expertas y dejar en él dos lecturas extrañas: una

atracción incomprensible por *La Fugitiva* de Proust, que desde el comienzo consideró un coñazo, aunque Elda mantuviera que era el mejor antídoto contra los abandonos, y la sensación de haber recibido un pedazo de vida que no le correspondía.

Mientras deambulaba entre los restos calcinados del almacén, la imaginó minutos antes de arder en el vientre de aquel esqueleto de hierro, impregnado de un olor a plátano y a saco viejo que persistió aún a pesar de las remodelaciones; una atmósfera pegajosa que terminaría por apoderarse de todo, incluso de ella. La vio madura, con la tez muy pálida tras tantos años de encierro voluntario, iluminada por la lamparilla de tulipas como flores de la primera noche. Seguramente dormida, con un libro que se deslizaría entre las manos hasta los cojines bordados de baratas sedas orientales, que llenaban el suelo de la habitación. Sobre la mesilla de caoba con superficie de mármol no podían faltar las chocolatinas rellenas de menta y una caja intacta de Mecánicos sin filtro, la misma desde hacía años porque, aun siendo una fumadora empedernida, jamás encendía un cigarro en la cama por miedo a quedarse dormida. Le sorprendió revivir todos aquellos detalles con tanta claridad, cuando ni siquiera recordaba la disposición de los muebles del dormitorio de Alicia, la enfermera con la que se acostaba desde mucho antes de separarse de su mujer. Sólo entonces reconoció que un día había llegado a creer que Elda era su único futuro.

CAPÍTULO II

El amanecer lo sorprendió en el balcón, había dormido poco y mal, agobiado por el calor y las pesadillas; el sol llegó tarde a la playa, a causa de los edificios, dibujando en la arena una ciudad de sombras, tan amenazadora como la que se mantenía tras la estrecha línea de la Avenida.

Cuando entró en *El Ancla*, Iván, que había terminado de fregar y esparcía serrín por el suelo, le miró con desconfianza. Era un chico menudo de unos dieciocho años —aunque aparentaba menos— de pelo moreno y rizado, con las manos y los pies desproporcionadamente grandes. Sus ojos pequeños y esquivos, muy juntos, acentuaban la delgadez de aquel rostro, en el que los granos se disputaban el espacio de la barbilla con algunos pelillos negros. Roca le preguntó si podía prepararle un café; el chico contestó que la máquina estaba fría.

Se sentó en uno de los taburetes del extremo de la barra y observó los movimientos del muchacho, seguramente idénticos a los del día anterior y el mes pasado. Al cabo de un rato y no sabiendo cómo romper aquel silencio que a Iván parecía no molestarle, le dijo que era amigo de Chona. Iván frunció los labios, demasiado gruesos y oscurecidos por un bigote de pelusilla, y le respondió que nunca le había visto con ella, y que él veía a sus amigos. Roca le ofreció un cigarro que rechazó. Aunque todavía quedaban algunos en la cajetilla los sacó para aprovechar la platina. La extendió sobre la barra, cuadró el papel y dobló los extremos opuestos sobre la diagonal del cuadrado para crear un trapecio. Al cabo de unos segundos notó que Iván le miraba con atención. Había comenzado la figura de forma maquinal como la mayoría de los que saben hacer una pajarita o un barco y cuentan con un papel a mano; después pensó que aquello podría servir para acercarle al muchacho. Trabajó muy aprisa: dobló las puntas opuestas, contrarias a las anteriores, sobre la misma diagonal para crear un rombo, y luego, éste sobre su eje dejando un triángulo de amplia base. Lo cerró por la mitad haciendo coincidir una punta a cada lado.

—¿Tienes otra platina, Iván?

La trajo inmediatamente. Sindo Roca repitió ante la atenta mirada del chico la misma operación. Cuando tuvo las dos piezas iguales pintó con su bolígrafo un círculo y un rombo en cada una de las cuatro puntas, y entrecruzó las dos partes para concluir un pez.

Era una figura sencilla, porque nunca fue capaz de aprender de Elda las más complicadas, lo mismo que el resto de la panda, ya que su amena conversación terminaba por arrebatarle el protagonismo a sus manos. Pagaban las 250 pesetas por el solo gusto de tenerla un instante en su poder. No consiguió cautivar a Iván, pero sí llevarlo a donde le interesaba.

—Ella hacía mejores figuras, y más grandes; del tamaño de un coche. Sus manos hasta doblaban el metal.

—¿Elda? —preguntó Roca conteniendo el aliento— ¿Era tu amiga?

—Sólo a veces. ¿Sabes hacer coches?

Iván le contó que, cuando era pequeño, Elda le había enseñado a hacer un coche, pero se le había olvidado y ahora ya no podría preguntarle otra vez porque ya no estaba. Después volvió a encerrarse en su mutismo. Roca no se dio por vencido e hizo un último intento.

—¿Y qué clase de coche era, un deportivo como el que venía a visitarla?

—No, mucho más viejo, ese es un *Mercedes 500* descapotable último modelo.

Roca intuyó que le gustaban los automóviles. Charlaron unos minutos de marcas y modelos. El chico tenía la rara habilidad de recordar las matrículas de todos aquellos coches que le resultaban atractivos, ya fuera por lujosos o raros. Roca sólo había conocido un caso similar, y hasta entonces pensó que era único. Fue en el pueblo de su padre, en el Sur de la isla. Allí había un muchacho de su edad que conocía las matrículas de todos los coches del pueblo; desde el primer seiscientos que se había comprado el alcalde hasta el último mercedes del intermediario frutero. Gracias a él pudo presentar en el 73 la denuncia cuando le robaron el *MG* que le había comprado en plan compadre al pescadero.

—¿Recuerdas cuándo vino por última vez el *Mercedes*?

—¡Claro!, anteanoche.

Roca llamó a la comisaría para que tomaran nota de la matrícula y

localizaran al dueño del *Mercedes* granate.

Dejó a Iván llenando las neveras de refrescos, no sin prometerle que volvería en cuanto descubriera la forma de mantener trabadas las dos mitades que componían el pez de papel. En aquel momento estaba muy lejos de imaginar que nunca podría cumplir su promesa.

Sindo Roca volvió a su lista. Al fin y al cabo, mientras no recibiera el informe del forense no tenía nada mejor que hacer. Maribel Pérez vivía a las afueras de la ciudad, en un barrio residencial, a unos 200 metros sobre el nivel del mar. Una nueva Ciudad—Jardín con más chalets que jardines, que acosaban a algunas viejas casas señoriales y a los escasos viñedos de la zona del volcán. Era un sitio tranquilo donde los niños paseaban en bicicleta y el polvo del siroco parecía menos cerca que de los barracones del puerto.

Maribel había dejado de llamarse así al principio de los ochenta; redujo su nombre a Bel cuando decidió sumarse a la *Movida*; dejó de fumar, cambió de zona, de amigos, de manera de vestir. Empezó a escribir unas ininteligibles, pero, al parecer, eficaces colaboraciones gratuitas como crítica de artes plásticas en uno de los periódicos, y no tardó en introducirse en el mercado del sector. Viajó a exposiciones en el extranjero, a cargo de diferentes instituciones del archipiélago, y cuando, años después de estar presente en todas las salsas, se casó con un conocido político nacionalista ya había roto por completo sus vínculos con la pandilla del Parque y sus miserables vidas. Abrió entonces, en el mejor momento, una exclusiva galería de arte. Se relacionaba con un cerrado y selecto grupo de amistades auto-constituido en élite aunque, según había oído comentar Roca, ninguno destacaba por su linaje o inteligencia. Bel no frecuentaba locales públicos mas que en contadas ocasiones y utilizaba los aviones como los demás la guagua.

La radio del coche anunció las diez y media de la mañana en el territorio peninsular. Roca comprobó, una vez más, que su reloj había vuelto a pararse minutos antes en las nueve y veinticinco. Mientras se acercaba a casa de Maribel las edificaciones se hicieron más distantes. La finca de la marchante de arte y su marido se extendía hasta el límite de un Parque Natural, creado en torno a un volcán de impresionante caldera. La casa, protegida de la carretera por unos altos muros tenía, sin embargo, una

magnífica vista sobre el barranco, y el mar al fondo.

Lo recibió una muchacha morena con impecable uniforme de cuadritos celeste. La sonrisa de la chica se descompuso ligeramente cuando Roca se identificó como policía judicial. Al principio pensó que era dominicana, pero tras escucharla hablar no tuvo la menor duda: cubana. Lo hizo pasar a un salón iluminado por una gran cristalera, que deslizó con suavidad para salir al exterior, a una gran terraza por la que desapareció con un pisar gatuno.

El salón, amplio, moderno y de planta irregular, tenía las paredes pintadas de un suave tono salmón, decoradas con enormes cuadros abstractos que ocupaban por completo algunos de los paños; aquí y allá había esculturas metálicas; unas sobre un baúl, que Roca supuso antiguo, otras sostenidas por una peana de diseño en cristal y bronce. Todo en perfecto orden, como en esas exposiciones de algunas tiendas de muebles. No descubrió objetos personales, fotografías de la familia o recuerdos; daba la impresión de ser una casa sin pasado, como sus ocupantes tras renunciar a él.

Se asomó desde la terraza a un cuidado jardín. A medio centenar de metros, bajo una especie de jaima al borde de la piscina, desayunaba una pareja.

«No se lo ha montado mal la tía, y parecía boba», pensó mientras observaba a la chica dirigirse hacia el matrimonio; el senador gesticuló extrañado, Maribel le puso la mano sobre el hombro, como diciendo «no te preocupes, termina de desayunar que ya voy yo». Después la vio partir a su encuentro envuelta en un albornoz inmaculadamente blanco. Regresó al salón tratando de hallar algún detalle que lo identificara con aquella muchacha de Burgos, inquieta y algo enteradilla, que había conocido veinte años antes en una comuna cercana al Parque.

Recordaba a Maribel sentada junto a él en el suelo de un enorme salón cubierto de colchonetas, con el pelo recogido por un pañuelo de algodón y una camisa muy justa anudada bajo el pecho. Hablaba y hablaba teorizando sobre todo aquello de la liberación de la mujer, mientras él sólo era capaz de pensar en que Elda le había sustituido por otro.

—Eso es una buena señal. Hay que elegir, pero de forma activa, no

como hemos hecho siempre, diciendo sí o no cuando nos lo proponen.

Roca la miraba atónito; quizá porque a partir de ese momento tuvo la sensación de que aquel asunto sólo rezaba con él. Claro, que no fue capaz de decirle nada. Le fastidiaba que las cosas hubieran tenido que cambiar justo entonces.

Años después cuando, en un momento de debilidad, le comentó a Alicia aquella conversación, ésta estalló en una carcajada.

—Cambio, ahora; aquello tuvo mucho mérito pero fue pose, cariño.

Mientras esperaba a que Bel lo recibiera en su magnífica casa, estaba seguro de que sólo con personas como él, incapaces de decir que no, absolutamente pasivas, pudieron aquellas mujeres, que años antes bordaban en las monjas como lo habían hecho sus madres y abuelas, dar rienda suelta a las nuevas corrientes de pensamiento. En cuanto a los deseos, eso era harina de otro costal. Nada tenía que ver Elda con aquellas que disimulaban con frases aprendidas los miedos y temores de la educación recibida. Aquella pomposa idea le llegaba con veintitrés años de retraso. Animado, se dijo que todo era una postura, como los pantalones de pata de elefante, las melenas y los collares; pero él, cuando tocaba, no lo sabía, y en aquel momento, en el que ella se había convertido en la mujer de un político conservador y él en un policía rechoncho, resultaba ridículo recordárselo.

Volvió a echar una mirada de náufrago a su alrededor y no encontró nada que le acercara a la Maribel que recordaba. Tampoco la voz que escuchó a su espalda era la esperada. Al girarse no pudo disimular su sorpresa. La mujer que tenía en frente, aunque le resultara vagamente familiar, no era Maribel.

—¿Susana?

—Bueno, parece que la memoria no te falla.

Susana era la hermana de Maribel que, en los setenta, con sólo trece años, les daba vuelta y media en progresía a la mitad de los del Parque.

—No te pregunto qué tal porque ya veo que estás muy bien —dijo ligeramente confuso. Llevaba el pelo rubio y muy corto, lo que pronunciaba los regulares rasgos de su cara. A pesar de la gruesa textura del albornoz, intuyó un cuerpo esbelto y de líneas sugerentes.

—Venía a ver a Maribel.

—Bel no está —respondió acentuando el nombre—, ¿te apetece tomar algo?

—Gracias, ya he desayunado —mintió—. ¿Hace mucho que se fue?

—No tengo ni idea, esta es una casa muy grande...

—Ya veo.

Roca se acercó a la puerta ventana de la terraza, el senador hablaba frente a la piscina con un teléfono portátil.

—Dudo que él lo sepa. Duermen en habitaciones separadas. ¿Qué?, ¿vienes por lo de la Meyers?

—¿La conocías?

—Conozco a mucha gente.

—Tengo entendido que ella y Maribel siguieron en contacto después de que cada uno tirara por su lado.

—Puede ser; Bel vendía algunas de sus esculturas para que pudiera seguir viviendo... ya sabes, por los viejos tiempos.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Anteayer por la mañana.

—¿A Elda?

—No, a Elda, hace mucho. No lo recuerdo.

— ¿Y al resto de la gente del Parque?

—Pues lo mismo que a ti, calcula. A veces coincidimos con Santana en alguna exposición y en sitios así, como es escritor —concluyó con un ligero retintín.

—¿Tienes idea de cuándo puede volver Maribel?

—¿Por qué habría de tenerla? ¿O es que soy la guardiana de mi hermana? —dijo en medio de una carcajada.

Lo miraba divertida. Roca comenzó a sentirse incómodo. Perfectamente vestido y con un maletín de piel en la mano, el senador llegó al salón desde la casa.

—En cuanto vuelva tu hermana no dejes de decirle que me llame —comentó a modo de despedida.

El marido de Maribel le había quitado las palabras de la boca.

Mientras regresaba a la ciudad se sentía confuso. Se dijo que estaba perdiendo facultades, se preguntó cómo había podido confundir a Maribel

con Susana, rubia y mucho más baja. Se consoló con la idea de que, a veces, se da por supuesto que las cosas deben ser de una manera y no se ve más que lo que se espera ver; algo muy peligroso en su profesión. Achacó el error a la familiaridad que desprendía la pareja en su trato y se dijo que “el aburrimiento y el dinero despiertan siempre las mismas intrigas, ¡con su pan se lo coman!, ¡estaba buena Susanita!, le sentaban muy bien los treinta y tantos y aquella vida light.

Antes de volver a la comisaría decidió pasar por la galería de arte de Maribel, *BELARTE*. Un cartel de metacrilato sobre la imponente puerta de cristal blindado anunciaba que sólo abrían por la tarde. Allí de pie, en la acera pensó en que hasta no hacía mucho, las mujeres de los políticos se entretenían con una boutique o una floristería.

En la brigada el trabajo se había acumulado. Los compañeros andaban revueltos con la proximidad del carnaval, que se celebraba en aquel distrito y obligaba a variar todos los planes, así como a colaborar con un montón de personal de apoyo desconocido, lo que siempre traía consigo roces y malentendidos.

—No se preocupen que para los carnavales llueve, como todos los años —comentó uno de los más viejos mientras sacaba café de la máquina.

—O llueve o este polvo termina por matarnos —sentenció otro.

—Seguramente lloverá. Para fastidiar. Cuatro gotas que caen al año y vienen todas juntas.

Uno de los administrativos lo siguió hasta su mesa para comunicarle que «había llamado la juez; por lo de la muerta del almacén de plátanos». Le molestó la frivolidad con la que se refería a Elda; pero luego pensó que él habría actuado de igual modo si no la hubiera conocido.

Se puso en contacto con el juzgado. El caso de Elda Meyers se complicaba; la autopsia había revelado indicios de delito. Tenía una contusión fuerte en las cervicales, que le había producido la muerte, y evidentes señales de haber fallecido antes de que se produjera el incendio. Su señoría parecía bastante contrariada. Estaba embarazada de ocho meses y a punto de iniciar un largo período de excedencia. Se comentaba que quería irse dejando el juzgado limpio. Y lo habría conseguido, si en el último momento no se hubiera complicado este asunto. Le dijo que le

acababa de mandar el informe del forense. Después se despidió con la seguridad de que serían rápidos y eficaces en la investigación.

No le gustaba el forense del caso, Andrés Velasco; procuraba verle lo menos posible, lo catalogaba como el clásico enterado; don perfecto: alto, bien parecido, impecable. Tan impecable que todo lo hacía según el trámite. Nunca había existido un contacto directo entre ellos, que al fin y al cabo llevaban lo mismo; todo se hacía siempre por las vías de rigor: Velasco enviaba la autopsia al juez de turno. Y éste a la Policía Judicial. Más de una vez, cuando Roca le había sugerido una comunicación más fluida, Velasco le había salido con eso de que él no era el médico de la policía. Después el forense se olvidaba del asunto hasta el acto del juicio, si se celebraba. Pero además de esta actitud que había salpicado de incidentes los cinco años que llevaba ejerciendo en aquel distrito, existía entre ambos cierta rivalidad.

Sindo Roca estaba convencido de que el hecho de que Velasco viniera de la Universidad marcaba las distancias.

Había pasado directamente de los jesuitas a una de las más conocidas facultades de Medicina del país; lo veía como al típico niño bien, que a los doce años ya viajaba durante los veranos a Irlanda para estudiar inglés. Roca procedía de los riscos y de las escuelas nacionales, de patear el Parque y las calles y de bregar con los chorizos y las fulanas y los malos tratos y los ilegales...

Cuando llegó el informe forense echó una rápida mirada a los apartados que, bajo los epígrafes «Reconocimiento externo» y «Reconocimiento interno», destripaban un cuerpo que no le resultaba extraño. Dejó atrás las siempre farragosas «Consideraciones médico-legales», escritas en un lenguaje demasiado técnico, y se centró, como siempre, en las «Conclusiones» que eran, en definitiva, lo que le interesaba: «I. La muerte se produjo por compresión medular, siendo la causa inicial traumatismo.

I. No se puede determinar si el origen fue homicida o accidental. La ausencia de hematoma perivertebral nos impide determinar si el origen de la lesión fue inferido o accidental.

II. La data de la muerte se encuentra fijada en el acta de inspección

ocular y levantamiento del cadáver.

Leída que fue, se firma y se ratifica...».

Llamó a Velasco por teléfono para cubrir el expediente. El forense hizo hincapié en que «la ausencia de quemaduras en vías aéreas, y de secreciones indicaba que no había existido respiración en el foco del incendio, lo que señalaba que la muerte había sido previa».

—De todas formas —continuó— en unas horas le haré llegar a la juez los resultados de la determinación del monóxido de carbono en sangre.

Después comentó lo que Roca calificó como la chorrada del día, lo del ojo, «lesiones en el ojo derecho».

—Sí, sí, ya lo sé —no lo dejó terminar y se despidió con una sonrisa, que al colgar el auricular seguía bailándole en los labios. Uno de sus compañeros, que buscaba algo entre los papeles de su mesa, lo interrogó con la mirada.

—El imbécil del forense; está tan ocupado con su consulta particular que es capaz de no haberse enterado aún de que Elda Meyers era tuerta.

—Y qué esperabas —contestó Beltrán encogiéndose de hombros —, ¿has visto la grapadora verde de Extranjeros? Están que les llevan los demonios. Como esto siga así va a haber que traerse de casa hasta el papel higiénico.

Roca marcó de memoria el número de Tráfico, y tras algunos minutos de espera, le facilitaron los datos que había pedido sobre el descapotable. No fue para él ninguna sorpresa que estuviera matriculado a nombre de María Isabel Pérez Ruiz.

La mañana había adquirido una curiosa densidad; en ocasiones el sol se insinuaba como en una pintura y cualquiera podía mirarlo fijamente sin tener que parpadear. Estaba claro que el polvo no se disiparía hasta que lloviera.

Con los días la inicial sequedad de la nariz o el picor de ojos se habían convertido en verdaderas dificultades para respirar y molestias que se extendían ya a la piel. Las bocanadas de aire caliente sorprendían a los transeúntes en las callejuelas haciéndoles sentir cada

vez peor; después el sudor se enfriaba porque, a pesar de todo, era febrero. La sensación de suciedad iba pesando en el ánimo de todos, producía una irritabilidad sorda, un curioso decaimiento.

Los coches estaban polvorientos. Desde lejos las hojas de los ficus y de los laureles de Indias que sombreaban el Parque parecían plateadas. Mientras se dirigía al edificio de Correos, Roca escuchó a uno de los viejos que jugaba al dominó referirse a la plaga de langostas del 58; no parecían sentirse tan molestos como los demás; incluso podría creerse que echaban de menos aquella época en la que, cuando sucedían, las cosas se recordaban durante mucho tiempo.

En Correos le dijeron que el cartero tardaría todavía un cuarto de hora en regresar de su ruta, así que volvió al corrillo de viejos y se dedicó a observar la partida, como hacía el resto del público congregado a su alrededor, la mayoría jubilado. Uno de ellos miró al cielo y dijo «malo, si esto sigue así, en dos días langostas». Hacía muchos años, desde las plagas del setenta, que no se veían; a veces media docena de insectos moribundos llegaban por casualidad en medio de la expectación de los niños, quizás para recordarles lo cerca que estaban de África; aunque en los últimos tiempos el creciente número de emigrantes ilegales que se trasladaban en pateras no les permitiera olvidarlo.

Uno de aquellos jugadores de dominó mencionó, aprovechando un alto en el juego, un partido de fútbol en el Estadio Insular. No había olvidado el nombre del equipo, la Real Sociedad; mucho menos el de su portero, Izaguirre, que debía de sentirse en medio de una pesadilla cada vez que el balón se alejaba de su portería y la plaga lo cubría todo con un manto púrpura, incluso a él, mientras aquel público vociferante y enfervorizado aullaba desde las gradas. Eran los buenos tiempos de la Unión Deportiva. Después siguieron hablando de fútbol sin darle mayor importancia a aquel asunto, que por compartido les parecía menos extraordinario.

Elda recibía poca correspondencia; sin embargo, ese día junto a las habituales cartas del banco esperaba una procedente de Francia.

—Llevan aquí varios días —se disculpó el cartero al ver que

Roca se fijaba en los matasellos de origen—. Como la casa estaba tan lejos y a ella no le importaba que le llevara el correo una vez a la semana...

—No te preocupes; pero llámame si llegan más.

Cruzó el Parque hasta la terraza del *Derby*. Al verle uno de los camareros le señaló una mesa y tras ir en busca de un paño para limpiar la fina capa de tierra, le dijo que era la más asocada. Pidió un cortado de leche condensada y se sentó a estudiar las cartas con tranquilidad. Aún no había asimilado el hecho de que Elda pudiera haber sido asesinada. En cierto modo, había resultado un alivio descubrir que sus temores iniciales se despejaban.

Ahora sí reconocía que Elda no podía ser una víctima más del siroco; no, una mujer que llevaba 23 años encerrada en sí misma «aprendiendo a pensar», como solía decir. Pero, si alguien la había matado, ¿quién había sido?, ¿y por qué?, ¿quién podía tener interés en quitar de en medio de forma tan aparatosa a una mujer que vivía al margen del mundo?

La correspondencia del banco era la habitual: últimos movimientos, saldos y una oferta para comprar una batería de cocina con tapas de cristal y pomos bañados en oro de 18 quilates; a Roca le pareció algo muy apropiado para alguien que tenía que arreglarse al mes con las 100.000 pesetas que, según dedujo de aquellas lecturas, le ingresaba *BELART*. El saldo en su cuenta era de 81.000 pesetas.

La carta le pareció mucho más interesante, sobre todo porque adjuntaba una serie de reseñas de periódicos y revistas; aunque no pudo entenderla porque estaba escrita en francés. Aquí y allá figuraba «Meyers», «Meyers»... y unas cuantas cifras en miles de francos. Decidió guardar todo el contenido de nuevo en el sobre y volver a la comisaría; eso sí, dando un rodeo para dejar la carta en el restaurante francés de la calle Sargento Llagas. Única forma de lograr una traducción urgente.

El jefe lo llamó a su despacho nada más verlo entrar.

—De momento nada —comentó con desgana—. Acaba de llamarme la juez. El forense dice que no se sabe si el origen del

traumatismo fue homicida o accidental. No tengo sospechosos ni móvil —dijo con calma mientras observaba la crispación creciente de su superior—. Elda Meyers no tenía dinero; lo único posible es que alguien que desconociera su situación económica intentara entrar a robar y se complicara la cosa. Pero me extraña, aunque bastante delgada, era una mujer muy fuerte, como casi todos los escultores que trabajan grandes volúmenes. Tenía su propia fragua, sabe, y unas manos que ya las quisiera yo...

—Bueno, menos literatura y al grano, Roca, que aquí hoy *hay mojo con morena*.

—El único dato sospechoso es la presencia frente al almacén, la misma noche del incendio, de un Mercedes deportivo granate que, al parecer, solía visitarla con cierta frecuencia —después hizo una pausa, seguro de la reacción que iba a causar en el jefe lo que estaba a punto de decirle—. Está a nombre de la mujer del senador Gómez Puerta, Bel Pérez, la galerista. Era marchante de la víctima —la explicación laboral fue sólo un murmullo en el descendente tono de su exposición.

—¡Mucho ojo con esas informaciones!, y espabila, que la juez lo quiere todo clarito. ¿Tenía familiares?

—De momento no sabemos nada.

—¿Se puede saber qué coño has estado haciendo desde ayer por la mañana?

No le permitió que se lo explicara, levantó el auricular del teléfono y marcó un número, a la vez que le indicaba con un gesto de cabeza que podía marcharse.

Mientras esperaba la traducción de la carta decidió terminar los informes de los suicidios pendientes. Repasó, como siempre, las conclusiones del forense, añadió los testimonios de amigos y familiares y cerró las carpetas.

Almorzó en el bar de enfrente de la comisaría, una taberna regentada por un andaluz que tenía tapas de calidad a buen precio. Apenas disfrutó el menú, entretenido como estaba en averiguar cuáles eran sus sentimientos en medio de todo aquel fregado. Mientras tomaba el gazpacho intuyó, no sin cierto temor, que algo estaba

comenzando a cambiar en su interior. Hasta la desaparición de Elda jamás se le había ocurrido emplear el tiempo en analizar sus sentimientos o sus pensamientos —se dijo que nunca había tenido claro dónde estaba la diferencia—. Y de repente se veía allí: con cuarenta y cuatro años, delante de un plato de cherne empanado con papas arrugadas, tratando de saber lo que sentía. Él, que siempre había atendido sin más preocupaciones a los dictados de su piel y su bolsillo: «Esta mujer tiene buen tacto, me gusta; esta chica me lleva bien en la cama, la acepto. Este trabajo me viene caído del cielo, un dinero para vivir sin preocupaciones. ¿Bueno, y qué hay de malo en ser policía?».

Su mujer lo dejó después de catorce años, no llegó a saber por qué, tampoco le importaba, al fin y al cabo él la había abandonado a ella mucho antes y no se había tomado la molestia de decírselo, para eso tenía a Alicia. Alicia, que lo llamaba y estaba siempre que la necesitaba y tenía buena piel, unos muslos cálidos y un cuerpo proporcionado, a pesar de no ser una de esas mujeres que atraen a la primera; Alicia, que hablaba hasta aturdirlo de cosas que no solían importarle, aunque la mayoría de las veces tuviera razón...

Terminó la comida con dolor de cabeza. Después de recordar que Alicia había dejado pasar su cumpleaños sin felicitarlo. Pintaban bastos. Le dijo al camarero que tomaría el café en el restaurante francés. Pascal, la encargada estaba cerrando cuando llegó. La carta no parecía tener un gran interés:

Estimada señora Meyers:

Como acordamos en nuestra conversación telefónica, le remito las reseñas que le había comentado confiando que puedan serle de utilidad. Quedo a la espera de las pruebas corregidas. Esta misma semana procederemos a ingresar en su cuenta la cantidad acordada en concepto de derechos de autor.

Un atento saludo...

Las reseñas, sin embargo, lo dejaron de una pieza. Los diferentes recortes de prensa hablaban elogiosamente de la obra de Elda, aunque también de su personalidad que, en la valoración de su obra, jugaba un curioso papel. Hacían referencia a su carácter misterioso y huidizo, y

daban cifras de cotización más que serias, casi millonarias. Aquello resultaba enormemente interesante, sobre todo después de haberse enterado en el banco que el único ingreso que recibía Elda eran las 100.000 pesetas mensuales procedentes de *BELARTE*.

Se dijo que Maribel debía de estar enterada de todo aquello. Así que, ya de vuelta en la comisaría, llamó a *Belarte*. Un contestador automático con una voz desconocida y sugerente anunciaba las horas de atención al público. Cuando estaba a punto de colgar alguien levantó el teléfono al otro lado de la línea.

—No, ella no está en este momento, ¿de parte de quién...? si quiere usted dejar algún recado...

La voz del otro lado sonó sorprendida cuando Roca se identificó.

— ¿Ha ocurrido algo...? Desde anteanoche no sé nada de ella... Quizás en su casa... No, que yo sepa no tiene ningún viaje previsto. Pero eso no quiere decir nada —alegó la mujer—, muchas veces sale sin avisar.

¡Qué educación!, ¡qué ambigüedad! Estaba comenzando a perder la paciencia.

No le resultó fácil entenderse con los franceses. Cuando por fin localizaron a alguien que hablara español, notó que la noticia de la muerte de Elda causaba un gran desconcierto. Su interlocutor traducía resumidos sus comentarios. Un murmullo solía seguir a cada explicación. Le comentó que, afortunadamente, tenían el borrador de Elda en el ordenador —los negocios ante todo, pensó—. Después añadió que ellos eran una editorial pequeña, de temas de pensamiento, y que para su empresa había sido un logro importantísimo localizar a la señora Meyers después de tantos años; pero sobre todo, y teniendo en cuenta las circunstancias que rodeaban su repentina y misteriosa desaparición, que ella hubiera aceptado su propuesta por tan poco dinero. Roca no salía de su asombro al escuchar palabras como «leyenda», «destacada», «Historia de Francia», relacionadas con la sencilla, a pesar de sus extravagancias, muchacha que veinte años antes le había abierto los ojos en un viejo almacén de plátanos.

Dedujo que el trabajo al que se referían tenía relación con un

destacado intelectual recientemente fallecido... El traductor le hizo saber que aquel hombre jamás había cejado en su empeño por localizarla y que «trató de seguir la pista de sus esculturas cuando comenzaron a aparecer hará unos doce años en distintos puntos de Europa». Suponían que la cotización de las obras —que, al parecer, Elda desconocía— estaba directamente relacionada con la curiosidad que había despertado su desaparición.

No salía de una sorpresa para entrar en otra. Elda, la mujer que lo había llevado de la mano hasta su edad adulta, que lo había fascinado con sus rarezas y que luego lo había dejado sin la menor explicación; aquella muchacha que tenía fama de rara, y que todo el mundo compadecía un poco por lo de su accidente, del que jamás hablaba, era prácticamente un mito. «Ya el conejo me risco la perra», pensó, «Elda, una celebridad, y nosotros aquí, en el culo del mundo, sin saberlo».

—Nos sorprendió mucho que desconociera el valor que habían alcanzado sus obras...

A Roca también le resultaba increíble, pese a su encierro voluntario; supuso que, por eso mismo, Bel tendría que dar alguna explicación.

—Estaba convencida de que el relativo éxito obtenido en sus primeras exposiciones se debía, más que a su talento, a la influencia de su amigo y mentor —continuó el francés, que al despedirse quedó a disposición de la policía, a la vez que le rogaba que le hiciera llegar todos los datos relacionados con Elda que tuviera en su poder, «antecedentes familiares, etc.. por lo de los derechos, ya sabe...».

Sindo Roca les aseguró que haría todo lo que estuviera en sus manos, aunque de momento lo único que podía garantizar era que Elda Meyers no tenía ningún representante legal en España. Estaba totalmente convencido de ello. Buenos eran los abogados para mantenerse al margen de una cosa así habiendo poderes por medio.

Se le ocurrió consultar con las compañías de seguros, aunque sin muchas esperanzas, porque conociendo el tipo de vida que llevaba Elda habría sido una sorpresa descubrir que se ocupaba de esos mundanales asuntos. No se equivocaba. Nada.

Se le había ido el día con la sensación de estar dando vueltas como un tonto, cazando moscas inexistentes. Se dedicó entonces a buscar información sobre Elda Meyers. El número de identificación que figuraba en el encabezamiento de la autopsia junto a los demás datos no correspondía, como supuso, al pasaporte; era de un DNI español. Iba de sorpresa en sorpresa, porque siempre estuvo convencido, más después de la conversación telefónica que acababa de mantener, de que Elda era francesa.

Trataba de asimilar este nuevo dato cuando recibió una llamada de Tráfico: al coche de Bel le habían roto un cristal y robado el aparato de música en el aparcamiento del aeropuerto. Llevaba allí más de un día. Pensaron que como había preguntado por ese mismo coche aquella mañana podría interesarle la información. Y tanto que le interesaba. Les dio las gracias por aquel detalle tan poco habitual, y marcó el número de la casa de Bel. La muchacha le dijo que la señora no había vuelto y que el senador y su cuñada habían salido. Roca le pidió que les dijera que habían encontrado el coche de la galerista «abandonado» y que, por favor, se pusieran en contacto con él.

Mientras decidía cuál sería su siguiente gestión, cruzó la calle y pidió un sandwich en el bar de la esquina. La gente hablaba del amarre de la flota por la política pesquera de Marruecos, y sobre los próximos carnavales. Se fijó en el teléfono público colgado de la pared junto a él. Lo descolgó y empezó a marcar el número del hospital de Alicia; después se arrepintió. El día había sido lo suficientemente largo; así que, volvió a casa y no le quedó más remedio que meter los porta-pizzas en una bolsa de basura y aniquilar a las hormigas que habían tomado el apartamento. A continuación abrió el balcón para que se disipara el olor a insecticida. Le daba igual que el polvo siguiera acumulándose sobre los muebles.

A pesar del cansancio, el calor lo sacó de la cama minutos después de haberse acostado. Salió a pasear por la Avenida con la inútil esperanza de encontrar un poco de aire fresco. Fue entonces cuando se tropezó con el *Blues*. Llevaba allí más de treinta años, lo mismo que el *Club 29*; pero no había vuelto a reparar en él desde que

Elda retomó la lectura de *La Fugitiva*, y él trató de hacer lo mismo que ella, pero aturdiéndose con cierto tipo de música hasta vaciarla de significado.

La estrecha puerta, que ocupaba totalmente la escalera de acceso al sótano, pasaba desapercibida frente a lo ampuloso del resto de los locales; lo mismo sucedía con el rótulo —una pequeña placa de bronce—. Excepto la edad del camarero, nada había cambiado desde su última visita. Pidió un whisky sin pensarlo, inmediatamente se arrepintió, pero no rectificó. Lo inhabitual de la elección tenía su porqué, se dijo, al considerar, también, como extraña su vuelta a aquel lugar. El jazz tenía para él una sola referencia y evitaba escucharlo siempre que podía; no entendía de tendencias ni de escuelas, sólo sabía que todas podían mezclarse hasta que amaneciera en una enorme cinta, y sonar durante toda la noche, como sucedía cuando se quedaba en casa de Elda.

Aquella música permanecía invariablemente unida en su memoria al vino blanco, el chocolate relleno de menta, a las manos de Elda; a aquel olor a plátanos almacenados...

Recordó de pronto, quizás porque sonara la misma melodía que en aquel entonces, el día en que se le ocurrió preguntarle por lo de su accidente. Hacía meses que se conocían. Se hizo la loca para ver si era capaz de repetir la pregunta, y no lo fue. Roca se concentró en contornear con el dedo la poderosa curva de sus caderas.

—¿Quieres verlo? —preguntó tras el prolongado silencio.

—¿El qué?

—Mi ojo de cristal —dijo con toda naturalidad. Roca se quedó paralizado. Por un instante no supo si lo imaginaba o es que en realidad estaba viendo cómo Elda se llevaba la mano a la cara.

A diferencia de los boliches, el ojo de Elda apenas pesaba. Santana y Lemes le propusieron que se lo jugaran al *gua*. Tenían poco más de seis años, y Roca estaba tumbado en el suelo calculando con la cuarta de su mano la distancia que lo separaba del hoyo, cuando vio la enorme bola de plomo de Tito Lemes avanzar contra los boliches de barro de Santana, y hacerlos pedazos. Después hizo trizas sus canicas

de cristal de media peseta. El ojo de Elda le hacía guiños. Trató de protegerlo en la palma de su mano y Lemes se le vino encima. Saltó sobre él. El camarero, sorprendido por su reacción, dejó de sacudirle el hombro. Roca tardó unos instantes en comprender.

—Siento haberle asustado señor —dijo confuso—, pero es hora de cerrar.

Se disculpó como pudo por haberse quedado dormido, y salió a la Avenida, desierta aquel miércoles por la noche.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente un nuevo suicidio vino a sumarse a los anteriores.

Al regresar a la comisaría, Roca encontró sobre su mesa un fax en el que los franceses le comunicaban que acababan de recibir por mensajero la versión definitiva del libro de Elda.

Cuando se trasladó al Servicio de Documentación, en pleno centro de la ciudad, pese a que había amanecido hacía rato, el cielo aparecía con ese tono plomizo y homogéneo, esa luz fantasmal reflejada en las pantallas de los cines cuando algo terrible está a punto de suceder y sobreviene un silencio sobrecogedor. Pero nada, más allá de lo cotidiano, acechaba tras el ruido de los coches, de las bocinas y de los chiquillos acudiendo a los institutos.

Al investigar la documentación de Elda no le sorprendió saber que todos los informes requeridos para los trámites procedían de la comisaría del Sur de la isla, de finales de 1969. Recordó el latiguillo que explicaba la mayoría de aquellas irregularidades, y que todos se sabían de memoria: «Entonces las cosas se hacían en plan compadre, había pocos medios, escaso personal, y un desbordamiento imprevisible de las demandas»; el resto era que «casi todos los implicados habían desaparecido: unos jubilados, otros muertos...», y la mayoría, aunque eso ya no se podía decir en alto, al frente de negocios más rentables, capaces de absorberles hasta la memoria.

Cuando salía del edificio Roca encontró a Carmelo Hernández, un compañero de sus primeros tiempos en la policía que había estado destinado en el Sur. Fue él quien lo puso tras la pista de Armando Ventura, cuando ya había decidido darse por vencido.

—Eso es de los tiempos de Ventura, casi nadie al aparato —comentó.

Roca no conocía al ex-comisario Armando Ventura personalmente, pero como todo el mundo en la isla había oído hablar de él, y no precisamente bien. Ventura era un tipo curioso que había amasado una gran fortuna después de haber llegado a la isla *desterrado* desde Guipúzcoa, a

finales de los años sesenta.

Tomaron un café, y después otro, y acabaron hablando de lo de siempre: de lo de Chona, de lo del limpiabotas, de que «hay que ver la que se está montando con los ilegales y con los jodidos *tiqueteros*...».

—Ya sabes cómo era esto antes —comentó Carmelo—. Los extranjeros llegaban y si les gustaba la isla se quedaban. Nadie les preguntaba nada. No había centros de detención, como ahora; porque los chorizos de altos vuelos mezclaban sus pelos rubios, sus tripas cerveceras, con los de los primeros turistas. Y, ¿a quién le importaba? Ah, pero lo de los negros ya es otra cosa, pese a que, como todo el mundo sabe, en España no somos racistas.

—¿Qué me vas a contar? —le animó Roca.

En cierta medida aquella conversación le permitía, una vez más en aquellos días, revivir, recuperar, un tiempo que hacía mucho había olvidado.

Roca recordaba que los alemanes en un lugar, los noruegos en otro, compraron terrenos y constituyeron sociedades. Y algunos no tardaron en descubrir lo rentable que podían resultar las alianzas con los caciques locales. En cuanto a la ley, como la justicia, permanecía ciega. Fue entonces cuando aparecieron los primeros cuerpos flotando cerca de El Faro, y los sicarios libaneses...

—Entonces —continuó Carmelo— ya sabes, no había ni siquiera juzgado en la zona, y aquí, con Ventura y cuatro más, qué quieres que te diga... yo aguanté poco... De la chica francesa, no he oído hablar, debió ser mucho tiempo antes de que yo llegara ¿No dices que en el 71 ya tenía el almacén? Además, quién se iba a acordar, si esto era una maraña. Negociantes salidos de debajo de las piedras, recepcionistas que pasaban de los tomateros a empuñar un bolígrafo en los hoteles, aparceras, casi niñas, convertidas en camareras pero explotadas por los mismos dueños... Eso sí, había una marcha... Y la sigue habiendo, porque nos quedan los lodos de aquellos polvos... No sabes la que hay montada en esos juzgados. Los jueces no duran un asalto, todos les hacen ascos, y terminan la mayor parte de las veces en manos de novatos...

Eran casi las nueve cuando Roca regresó a la comisaría con todos los datos del carné de identidad de Elda A. Meyers, nacida en Toulouse

(Francia) el 14 de julio de 1948, hija de Ferdinand y Margarita.

En el Consulado francés no les sonaba el nombre. Le dijeron que posiblemente estuviera nacionalizada en España:

—Si tenía carné.

—Claro, claro —les contestó, para no tener que dar explicaciones que le resultaría complicadísimo justificar.

Finalmente le aseguraron que harían lo imposible por contactar con sus padres o algún familiar en Toulouse.

Como seguían sin noticias de Bel Pérez, el jefe le autorizó a rastrear las listas de pasajeros de los diferentes vuelos en busca de su nombre; pero no tuvo suerte; así que solicitó que se las enviaran para comprobar si alguno de los apellidos registrados le decía algo.

Tardó más de dos horas en revisar los vuelos nacionales. En verificar los internacionales empleó unos pocos minutos, pero con igual fortuna. En cuanto a las salidas en chárter, le explicaron en las agencias que casi todas las plazas habían sido compradas en el extranjero semanas antes; los billetes sobrantes, vendidos en la isla, no superaban la media docena y sus propietarios estaban perfectamente identificados.

En vista del éxito, optó por cambiar de tercio. Mientras charlaba con Carmelo Hernández había salido a relucir el nombre del ex-comisario Ventura. Decidió acudir a él. Según pudo averiguar estaba volcado en los negocios y muy interesado en la política; tanto, que se decía que el alcalde del municipio donde residía no era más que otro de sus hombres de paja.

Tras una breve conversación telefónica, quedó en pasar por su casa aquella misma tarde.

Tampoco había novedades acerca del senador. Sacó un café de la máquina y se sentó a echar una hojeada a la prensa local. En los periódicos de la mañana no encontró más referencias al caso que las habituales en una investigación de rutina. Antidio Rodríguez parecía haberse olvidado del asunto de Elda Meyers, y volvía a hacerse eco de las protestas de los ecologistas contra la recalificación de unos terrenos en Playa Bermeja.

Entre una cosa y otra se le había ido una nueva mañana. No podía alejar de sí la sensación de estar perdiendo el tiempo. Pensó que había llegado el momento de hacerle una visita a Santana. Estaba seguro de que él

podría aclararle qué tipo de relación mantenían Elda y Maribel.

José Juan Santana había comprado una casa en la zona antigua y señorial de la capital, muy cerca del barrio obrero, retrepado en El Risco en el que Roca y él habían nacido y compartido los primeros veinte años de sus vidas

Juntos jugaban a policías y ladrones montaña arriba, en los solares donde poco a poco iban creciendo las viviendas de autoconstrucción, mientras que en La Vega, junto al barrio viejo y el cementerio, límites Sur de la ciudad, desaparecían las plataneras para dar paso al primero de los polígonos. Allí tuvieron sus primeras novias, los primeros escarceos. Hasta que dieron el gran salto al Parque. Entonces se olvidaron de los guateques, de las palancas, y de las chicas del barrio: tan pulcras con sus vestidos de domingo y sus proyectos idénticos.

También Santana se hizo esperar. «¡Maldita manía!, como si uno no tuviera otra cosa que hacer». En la salita, que se abría a un patio central con una fuente de piedra de cantería azul, Roca recordó el recibidor de la casa de José Juan en El Risco: el taquilloncito de fórmica con los perritos de porcelana encadenados unos a otros, y aquel espejo en cuyo marco se sujetaban unas cuantas estampas de santos presididas por la Virgen del Pino.

Mientras aguardaba recorrió la habitación y salió hasta el patio. Desde él se accedía a la mayoría de las estancias de la casa, cerradas por macizas puertas de madera oscura. Sólo una de ellas estaba entornada, comunicaba con la zona de servicio, una solana menor con otras dependencias y el garaje al fondo. Allí distinguió la silueta de dos automóviles, uno de ellos, un *Volkswagen escarabajo* azul claro, seguramente de mediados de los setenta.

Apenas reconoció a Santana al verle: había engordado de una manera desproporcionada, y usaba una guayabera que no lograba disimular los treinta o cuarenta kilos de más; en la cabeza de hermoso pelo lacio que recordaba, unos mechones perdidos trataban de entrecruzarse sin demasiada fortuna para disimular una calvicie evidente.

José Juan Santana le tendió una mano blanda que resbaló en la de Roca con el contacto untuoso de un calamar. Se mostró esquivo, como

había sido siempre: ambiguo y oscuro.

Al principio, y según le contaría a Roca el crítico Jesús Arenal algunos días después, había explotado sus orígenes de niño de barrio, que se pagó los estudios trabajando para convertirse en un hombre de letras; aunque luego, con los años, prefiriera olvidar aquella etapa y dejar que creyeran que siempre había vivido en aquella casa colonial. Una mansión que, hasta que sus relatos eróticos Las Metamorfosis comenzaron a tener éxito, había existido sólo en sus sueños.

José Juan se acercó al aparador en busca de unos vasos y una botella de whisky. Roca notó que cojeaba.

Me lo torcí al bajar las escaleras hace un par de noches, respondió cuando el policía se interesó por la lesión.

Mientras Santana servía las bebidas, Roca se entretuvo comparando aquella casa con el chalet de Maribel. Los muebles y las repisas estaban atestados de portarretratos; en todas aquellas fotos se veía a un José Juan Santana progresivamente más fofo, flanqueado por distintas personalidades del mundo de las letras. En algunas sus acompañantes soportaban la pose con cierto desinterés. «Una galería para impresionar a cualquiera que supiese quienes eran aquellos tipos», pensó. Y debían de ser alguien, a juzgar por la foto de Camilo José Cela, el único que reconoció, aunque por motivos extra-literarios.

—¿Qué, la familia? —preguntó con un poco de sorna.

—Casi, casi —respondió Santana sin el menor asomo de pudor. Después sacó un puro de una caja de madera de cedro que estaba sobre la mesa y le ofreció otro a Roca, que lo rechazó.

—Elda es una historia pasada —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—No es esa la información que tengo —se movió incómodo en el butacón, y pasó su mano de dedos largos y amarillentos por la frente sudorosa; a pesar de lo que había engordado, Roca pensó que sus manos seguían teniendo el mismo aspecto que cuando eran jóvenes, parecían de mujer.

—La gente habla mucho, pero si yo te digo que no me interesaba es cierto.

—¿Sabías que había tenido que ver con un intelectual francés?

—Sí, claro, al principio me interesó toda aquella historia, los rollos tántricos y eso, pero, como tú comprenderás, ella se había quedado con cuatro ideas cogidas con alfileres en una cama. Uno crece, madura, encuentra su camino... —hizo una pausa para encender el cigarro, que segundos antes había mellado con un minúsculo cortapuros que sacó del bolsillo inferior de la camisola.

Roca lo miró con expresión de no poder creer lo que estaba oyendo ¿cómo podía ser capaz de hablarle en aquel tono un tipo con el que había crecido en palomares con tejado de uralita y yendo a las galleras? Un individuo que jamás tuvo inquietud alguna hasta que dio con esa mujer de la que hablaba tan despectivamente. Sintió ganas de levantarlo por el pecho de la guayabera y decirle: «¿Tú te crees que yo soy gilipollas o qué?», pero se contuvo.

Roca notó que Santana evitaba hablar de su relación con Elda. Poco a poco fue intuyendo el porqué. A medida que el whisky soltaba la lengua del escritor, el policía iba descubriendo pequeños detalles de su propio pasado. Comprendió que no quería reconocer que cuando hicieron la apuesta y Santana lo esperaba en el bar de Chona con Tito Lemes, él ya había decidido abordarla.

Al final, Roca llegó a la conclusión de que Santana le había sonsacado a Elda todas aquellas cosas que ahora hacían su vida tan atractiva para editores y curiosos, y que él siempre había ignorado.

Al contrario que José Juan, Sindo Roca procuró beber sólo lo justo. Vació la copa en dos ocasiones en un espléndido e indefenso filodendro que se alzaba a su lado, aprovechando las excursiones de Santana al mueble bar *art decó*, según le explicó el propio escritor. Ante la creciente sorpresa del policía, un José Juan insospechado comentó anécdotas culinarias de celebridades para él desconocidas. Ahora señalaba una foto realizada en el hotel Santa Catalina con un eminente dramaturgo sueco que, al parecer, hacía unas paellas estupendas; después, unos versos dedicados por un poeta cubano recién fallecido. Se le ocurrió que los estudiantes y los jóvenes escritores locales debían de mirarle con veneración. Supuso que los muchachos lo idolatrarían con envidia infinita, porque una cosa era tener una foto con los maestros y otra una vida.

Fue en ese momento cuando Roca se acordó de Jesús Arenal. Muy pocos podrían definir mejor que aquel profesor de literatura la situación de los artistas insulares. Al llamarlo mataría dos pájaros del mismo tiro. Sonrió satisfecho. José Juan se relajó, lo suficiente como para que la siguiente pregunta de Roca lo cogiera desprevenido.

—¿Cuándo viste a Elda por última vez? —Roca notó que se sobresaltaba, extrañado porque su amena y desbordante conversación no había logrado apartarlo del objeto central de su visita.

—No sé, la verdad es que no lo recuerdo. —Pues alguien asegura que la veías muy a menudo —dijo recordando la referencia de Chona al *escarabajo*.

Santana tenía la cara fofa y enrojecida, una piel de cochinillo sudorosa se sobreponía al cuello prácticamente inexistente. Roca se preguntaba cómo un hombre que había sido el espíritu de la golosina podía haberse convertido en aquel cerdito blando y sonrosado que jadeaba, mientras su cabeza parecía a punto de desaparecer dentro de la guayabera.

—Bueno sí, pero eso fue hace años; hace mucho que ya no nos tratábamos como antes —dijo sacando con dificultad un arrugado pañuelo del bolsillo delantero del pantalón y pasándoselo por la frente—. Por eso que te digo, había dejado de interesarme. Era una relación enquistada. Además, ¿qué importancia puede tener? No tiene nada que ver con su suicidio.

—No estamos seguros de que fuera un suicidio.

Roca decidió que era el momento de irse. No sabía a ciencia cierta cuándo había visto Santana por última vez a Elda, porque Chona no había precisado su «en los últimos tiempos». Sólo le quedaba una pregunta, y la dejó para el final, como en algunas series policíacas americanas.

— ¡Ah!, por cierto, ¿sabes algo de Maribel?, ¿si ella veía a Elda?

—Creo que sí, que le compraba algunas esculturas, y las vendía o hacía que las vendía; ya sabes, para que pudiera seguir viviendo —dio un largo trago de un vaso de whisky, que Roca suponía que había dejado de saborear hacía rato. Entonces notó que el puro le temblaba ligeramente en la mano, y que su mirada se volvía vidriosa, inquieta pero sin mirar nada concreto.

—Oye, tú que estás al cabo de la calle de tanta vida internacional, sabrás que las esculturas de nuestra común y vieja amiga valían un pastón.

Por la expresión de su cara dedujo que no lo sabía. Al salir, Roca rozó con el codo un portarretratos que, tras tambalearse, cayó sobre la mesa. Era una foto de Santana junto a unos mascarones de proa en el interior de una casa.

—¡Bonito retrato!

—Ah sí, es en Chile, en la casa de Neruda, en Isla Negra. No te puedes imaginar cómo preparaba el maestro el *pisco sour*.

Roca no dijo *esta boca es mía*. Santana se dio cuenta de que había metido la pata. Y es que, en la época en que murió Neruda, allá por el golpe de estado de Pinochet, y eso sí lo recordaba Sindo Roca perfectamente, sólo sabían de Chile que había un tipo que cantaba de puta madre que se llamaba Víctor Jara; claro que, cuando oyeron por primera vez *Te recuerdo Amanda*, Jara, como tantos otros, ya estaba muerto.

Apenas puso los pies en la calle sacó la agenda y anotó que debía localizar a Jesús Arenal. Después, mientras se dirigía al coche, trató de averiguar qué recordaba, o si era capaz de conservar algo en la memoria que no fuera la tarde anterior, el bar de enfrente, las habituales carantoñas de Alicia, y el mismo expediente, a pesar de los datos variables, sobre su mesa. Fechas, nombres y rostros se sucedían sin orden.

Descubrió algo que había intuido la noche anterior en el Blues: le quedaba la música, se acordaba de las canciones, sobre todo aquellas de Leonard Cohen que Elda solía poner cuando estaban juntos, y encendía un sándalo o prendía unas cuantas velas...

Sindo Roca la contemplaba ir y venir descalza sobre el suelo de madera del altillo, desnuda bajo aquellas finas túnicas que insinuaban su cuerpo mientras se entretenía en unos preparativos deliciosamente tediosos. Un ritual que pasaba del sonido a la luz y terminaba recortando su silueta frente a la nevera abierta, de donde regresaría con una botella de champagne, cuando lo había, de cava o vino blanco muy frío que derramaba en su ombligo hasta colmarlo para absorber después cada hilillo que huía, y una cascada voz de hombre cantaba que alguien «ofrecía té y naranjas en una casa junto al río». A veces, aún le parece oír sus susurros cuando

escucha eso de «No puedo seguirte mi amor, tú no puedes seguirme. Soy la distancia que has puesto entre todos los momentos que seremos...»Y no es el inglés del canadiense lo que percibe sino la traducción de Elda apenas murmurada: «Cualquier cosa que me des me parecerá que necesito mucho más... A veces te necesito desnuda, a veces te necesito salvaje, te necesito para que lleves dentro a mis hijos y para matar a un niño».

Elda tenía un curioso aparato de música en el fondo de la troja, adaptado para que las cintas de jazz, o los montajes que realizaba, duraran toda la noche. Roca recuerda aún las melodías recuperadas en los duermevela, cuando sólo el mar sonaba al fondo, y él creía que aquellas trompetas, aquellas palabras y las sensaciones que le producía el cuerpo de la mujer no iban a desaparecer nunca.

Cuando llegó al coche descubrió que le habían puesto una multa por permanecer en zona azul más tiempo del permitido. Hizo con ella una pelotita y la lanzó a la papelera más próxima.

Antes de dejar la ciudad para dirigirse a casa de Ventura, Roca entró en la sección de librería de unos grandes almacenes en busca del libro de Santana. No lo había comprado cuando se publicó ni siquiera por morbo. Le interesaba bien poco lo que su viejo amigo pudiera sugerir en materia de erotismo, después de haberse iniciado juntos mano a mano en aquellas lides.

Sufrió una ligera confusión con el título de la obra y, para no parecer el indocumentado que era, terminó levándose, también, un volumen de Kafka de nombre parecido. Pagó la edición de tapas duras como quien disimula comprando aspirinas en la farmacia cuando sólo necesita una cosa, y la metió en la guantera del coche, donde seguiría muchos años después, a pesar de las veces que lo desvalijaron. Y es que, ya había tenido bastante con La Fugitiva de Proust y el Hermann Hesse aquel, que leían como lo hacían casi todo entonces.

Roca condujo hacia el Sur, hacia aquella atmósfera que percibía más despejada y que no dejaba de sorprenderle cada vez que dejaba atrás la capital. Sin embargo, el polvo continuaba en el ambiente. Rebasó el aeropuerto y los inmensos eriales donde los tomateros trepaban bajo los invernaderos a base de agua pagada a precio de oro y tecnología israelí. Un

paisaje canelo y uniforme se extendía hacia las montañas del centro de la isla. Parecía imposible que pocos kilómetros después fuera a toparse, entre dos montes de aquellos, con un barranco salpicado de vegetación.

El nombre de Ventura había sonado en más de una ocasión relacionado con actividades poco claras de la mafia inmobiliaria, la trata de blancas y el tráfico de drogas, aunque nunca pudo demostrarse nada contra él, a pesar de que su patrimonio resultara tan reciente como incalculable. El ex-comisario vivía retirado en uno de los barrancos más pintorescos de la isla, en medio de un palmeral.

Enormes muros encalados en los que resaltaba alguna que otra laja rodeaban la casa y el jardín. Lo recibió en un amplio balcón de madera cubierto, desde el que en los días despejados debía dominarse todo el barranco hasta que desaparecía en el horizonte, absorbido por los complejos turísticos. Buganvillas, Jacarandas, mangos y aguacateros producían una agradable sensación de frescor, intensificada por el gotear de la piedra de un tallero.

Ventura le ofreció algo de beber. Roca pidió una cerveza, que un camarero tipo “madelman” trajo al instante, sin que hubiera reparado en su presencia. El ex-comisario se acercó a la destiladera y, tras destapar el bernegal, se sirvió un gran vaso de agua.

Era un tipo curioso, rapaz. Enjuto y casi calvo, conservaba un bigote fino bien cuidado, que ocultaba unos labios demasiado delgados y ligeramente curvados hacia abajo. Tenía una memoria extraña, no recordaba la mayoría de las cosas; era impreciso, a veces cortante; aunque de maneras ladinas y exquisitas. De Elda sí se acordaba, sobre todo después de haber seguido atentamente el relato de las investigaciones de Roca. Cuando le preguntó por lo de su carné, sonrió y le dijo eso de “bueno, ya sabes cómo funcionaban las cosas antes; no es como ahora, con todo el despliegue informático... aunque ahora ¿quién sabe?, apretando la tecla adecuada uno puede hacer lo que quiera, llegar a donde quiera... ¿Te interesa la informática?”

—Nada en absoluto.

—Pues deberías aplicarte, chico —dijo con cierta condescendencia—, en poco tiempo, la profesión no será la misma. Y el que no se adapte a los

nuevos tiempos, malo.

Roca lo miró detenidamente; el sí que era un perfecto camaleón, fino, elegante, bien educado, pisando el suelo de madera centenario de aquella casa con una seguridad muy distinta a la torpeza arribista de Santana.

—Aunque parezca mentira, la recuerdo como si fuera hoy mismo; por lo del ojo, sabes, la había visto muchas veces antes, en las terrazas; pero nunca sin gafas de sol. Aquel día entró en la oficina, se quitó las gafas y me miró fijamente mientras me explicaba que le habían robado la cartera con la documentación. La impresión que me produjo aquel ojo de cristal en un rostro tan perfecto, y el desconcierto de no saber a cuál de los dos mirar, no me permitió prestarle demasiada atención a lo que decía. Creo que su madre era malagueña o algo así y que ella tenía la doble nacionalidad. Le hice unas certificaciones y la invité a cenar. Si después consiguió su carné es que debió llegarle la documentación que esperaba – concluyó con una sonrisa.

Después Ventura se levantó del balancín en el que se había acomodado mientras charlaban e inició la despedida con la disculpa de que tenía que ir a ver a sus pájaros. Roca sintió que lo dejaba con la palabra en la boca.

Ventura tenía un zoo de aves exóticas traídas de todo el mundo, muchas de ellas ejemplares casi únicos, que explotaba con enorme éxito.

—Un día tienes que venir al *Tropicana* con tus chicos —le dijo mientras se alejaba hacia la parte más frondosa del jardín.

Las guaguas y los turistas accedían a las instalaciones por el otro lado del barranco.

—Ya me dirás en qué queda toda esta historia. Me interesa mucho ese asunto del *Mercedes* —comentó. Después, cuando ya pensaba que se había despedido, volvió la cabeza y le dijo alzando ligeramente la voz: «Que tengas un buen día».

Dos muchachos jóvenes y cuadrados le franquearon la salida. Mientras dejaba el estrecho sendero que comunicaba la casa con la plaza del pueblo, Roca se dijo que Ventura parecía más interesado en la desaparición de Maribel que en la muerte de Elda. Después se detuvo un instante a la sombra de los laureles de indias, tan frecuentes en las plazas de los pueblos de las islas. Fue entonces cuando se fijó en un coche blanco, un pseudo-deportivo japonés, aparcado al lado de la iglesia. Cayó en la cuenta de que

lo había visto antes, el día anterior, cerca de la casa de Santana. Coincidir en aquel lugar le pareció demasiada casualidad. Decidió averiguar quién le escoltaba con tanto interés; sin embargo, no pudo comprobarlo porque cuando atravesaba la plaza en su dirección, el coche se puso en marcha y abandonó el pueblo. La próxima vez tendría más cuidado, se prometió, de momento había conseguido confirmar lo que sospechaba.

Durante el camino de vuelta se entretuvo en hacer un curioso recuento: Elda no era el primer caso que se encontraba de extranjeros con DNI, aunque confiaba que fuera el último, por eso de los adelantos de la informática. Los hijos de una conocida familia de la capital habían elegido la nacionalidad británica del padre para librarse de la *mili*, pero curiosamente tenían su carné, y uno de ellos, incluso, era funcionario de la administración local.

Algo aún más delirante le había pasado a un empresario palestino, casado con una isleña, a quien después de haber tenido su documento español en regla durante veinticinco años le comunicaron que el carné no podía ser renovado, porque él no era español, y sus hijos, que ya habían servido a la patria, tampoco; y lo curioso es que su mujer, nacida en La Vuelta de Arriba, había perdido la nacionalidad al casarse con él.

Llegó a la ciudad pasadas las seis de la tarde. La galería de Maribel acababa de abrir sus puertas a la exposición inaugurada a bombo y platillo la semana anterior: un video montaje que lo obligó a caminar por una curiosa maraña de falsos planos. La encargada del negocio era una chica joven, alta y guapa, aunque un poco plana, para su gusto, con más pinta de modelo que de entendida en arte. No parecía muy dispuesta a cooperar con él, así que le dijo que era necesario dar con Maribel porque creían que podía estar en peligro. Lo miró atónita cuando le explicó que Maribel había denunciado una serie de irregularidades que podrían traerle graves complicaciones. «Ya sabe», le dijo con cierta complicidad. Ella, como Roca con lo de Kafka, asintió y lo hizo pasar al despacho de la galerista. Sobre una enorme mesa de cristal perfectamente ordenada un contestador automático parpadeaba siete veces. La chica, al ver que se fijaba en él, le dijo que era la línea privada de Bel.

Roca presionó el *play* para escuchar los recados.

«Hola Bel —una voz de hombre con mucha pluma— cariño, recibí tu llamada dándome plantón esta noche, siento que no podamos vernos, ya te compensará lo que tienes entre manos... Te llamaré mañana. Un beso».

Susana habló en segundo lugar: «…Lo de esta mañana fue muy desagradable. Siento que tuvieras que enterarte así. No es culpa nuestra. Entenderemos cualquier decisión que tomes.»

Roca creyó comprender la actitud distante del senador, así como la escasa preocupación que parecía provocarle la desaparición de su esposa. Y sonrió al escuchar la confirmación de sus sospechas iniciales.

La siguiente llamada le hizo dar un respingo; un escalofrío le recorrió la espalda: era una voz de mujer modulada y profunda que conocía muy bien; no había olvidado sus matices, a pesar de los años que llevaba sin escucharla.

«Espero que no hayas olvidado nuestra cita. ¡Ah! creo que ya estás aquí». Era la voz de Elda.

—¿Sabe si la señora Pérez tenía una cita el martes con Elda Meyers?

—No lo sé, aunque ella llamó varias veces durante la tarde. Después doña Bel la llamó.

El resto de los mensajes carecía de relevancia, el del plantón llamó dos veces más, y un muchachito que quería volver a verla titubeó al despedirse. Antes de abandonar el despacho Roca echó una ojeada a las cartas que, junto al contestador, esperaban el regreso de Maribel. Correspondencia de su banco y algunas invitaciones a actos culturales.

De vuelta a la oficina, volvió a telefonear a Maribel, ya seguro de no encontrarla y confiando en que tampoco estuvieran el senador y Susana. Contestó la extranjera con voz insegura, le comunicó que la señora no estaba, que no sabría decirle cuando volvería… Roca le preguntó a qué hora salían el senador y su cuñada de casa por la mañana, le respondió que él había tenido que viajar urgentemente a la Península y que no sabía si volvería al día siguiente o al otro. Tras colgar marcó el número de Tomy *El Vaina* y quedó con él después de su actuación musical en la *Bodeguita de al lado*.

CAPÍTULO IV

A las diez y media de una nueva mañana oscura y asfixiante Roca volvía a llamar a la puerta de Bel. Esta vez con una ligera resaca que le producía dolor de cabeza y unas náuseas que acentuaban su sensación de ingravidez, de no lograr fundar los pies en el suelo, como si caminara en un sueño en el que el aire pesase.

La muchacha cubana pareció contrariada al verlo; le dijo que lo sentía mucho, que el senador no había regresado y que la señorita había salido hacia el gimnasio un cuarto de hora antes. Roca le comentó que lo había retrasado un imprevisto en la comisaría y que le gustaría hablar un instante con ella.

Tomy, *El Vaina*, le había puesto al corriente de cuanto necesitaba saber sobre ella mientras Roca tomaba un mojito detrás de otro; «eso es para los turistas y las mujeres —le comentó como cada noche que lo veía sorber el refrescante combinado—, donde esté un buen ron añejo que se quite todo lo demás». Entre canción y canción de la Nueva Trova Cubana y alguna nostalgia de Gloria Stefan, porque en el fondo la distancia lo igualaba todo, Roca descubrió que la historia de la empleada de Bel no era diferente de otras que había conocido en locales similares a la *Bodeguita de al lado*; bares de emigrantes o refugiados sentimentales en los que gente como Alicia y como él mismo terminaban por viajar sin un duro, conociendo los acontecimientos recientes y las callejuelas de ciudades como Montevideo, Buenos Aires o Santiago de Chile, las ilusiones de quienes habían querido reproducir, tan lejos, un pequeño rincón de sus pueblos; lugares que después traspasaban a medida que los países apostaban por la democracia. Historias de gentes que se reunían en locales de uruguayos o argentinos, y que regresaban a su tierra llenos de esperanza para ver que muy pocas cosas habían cambiado.

La muchacha se llamaba Petra Valle y el senador la había traído consigo en uno de los viajes que, por motivos de solidaridad, aunque también de negocios, realizaba con frecuencia al país caribeño.

Muchos empresarios de las islas habían desembarcado en La Habana con aviones repletos de gofio, leche en polvo, ropa y medicamentos, producto de colectas populares, para regresar bronceados y con algunas importantes concesiones, explotaciones hoteleras, negocios de fotografía... porque a cualquier cosa le llamaban «solidaridad con el pueblo cubano». También los vuelos cargaditos de cuarentones del campo, industriales cincuentones, empleados sin edad, que salían cada nada de todos los aeropuertos españoles con una sola idea en el cuerpo, eran solidarios.

Petra Valle, según le dijo *El Vaina*, era una mujer discreta que salía poco, solía reunirse con sus compatriotas los jueves por la tarde, y todo lo que ganaba lo ahorraba para mantener a su familia. Su situación en el país era absolutamente regular; no así la de una hermana menor que había traído de vacaciones cuatro meses antes con un visado de noventa días.

La mujer hizo entrar a Roca y cerró la puerta. El le dijo que no tenía por qué preocuparse, que su trabajo en la Policía Judicial consistía en confirmar suicidios, y poco más; «aunque, claro, uno siempre tiene amigos en la Brigada de Extranjeros cuando se trata de echar una mano en algún trámite». No necesitó ni una palabra más. Ella lo invitó a que la siguiera hasta la cocina.

—Una, después de lo del otro día, no puede estar segura de nada; y claro, se hará cargo de que sería muy violento para mí que volviera el senador y me encontrara hablando con usted.

La cocina era una estancia agradable, orientada al norte con buen criterio, como parecía haber sido proyectada toda la casa. Estaba forrada en madera y tenía una gran mesa central del mismo material. Se trataba de una de esas cocinas, tipo americano, para hacer media vida en ella, aunque Roca tuvo la sensación de que los dueños de la casa nunca la utilizaban.

—Desde aquí podremos estar al tanto, si llega algún coche —le ofreció un café y mientras lo preparaba, Roca reparó en que debía tener unos treinta años, era delgada y ágil; las piernas, a pesar de las zapatillas de cordones, prometían.

Tuvo la sensación de que en algún momento había olvidado su cuerpo, o que lo ocultaba de forma premeditada.

—¿No resulta extraño que la dueña de la casa lleve tres días fuera sin

dar señales de vida y que a nadie le preocupe? —aventuró.

—Bueno, según, porque después de que pasó lo que pasó, hasta normal me parece. Ya yo me lo estaba temiendo, sabe, porque esta casa es un relajo, pero como pagan bien, yo a lo mío. Cuando llegué doña Bel ya dormía sola en un cuarto distinto al del senador. Desde el mismito día que vino la hermana supe lo que iba a pasar. ¿Le gusta con azúcar...? el café, ¿que si le importa que le ponga el azúcar dentro?

Le dijo que no, de todas formas le daba igual; a Roca le sorprendió que levantara la tapa de la cafetera y le añadiera dos cucharadas soperas bien colmadas.

—Así, dulcito, está mucho mejor —dijo mientras le servía una taza. Estaba, para su gusto, algo más que dulcito; ella debió notarlo en el gesto de su cara—. Para amarguras ya ha tenido una bastante, sabe... Ella parecía no darse cuenta —continuó—, claro que, como es muy organizada, no era difícil pegársela; quiero decir que siempre hace lo mismo: se levanta todos los días a las ocho y media, no desayuna más que un café, y sale puntual, con el maletín y las cosas del gimnasio. Nunca almuerza en casa. A eso de la una y media se va al Club Náutico, hace su aerobic, se da la sauna y un masaje, y come allí o con algún conocido. Lo lleva todo apuntado. La agenda es como su cabeza.

—El lunes por la mañana se marchó como siempre, a eso de las nueve y diez; pero volvió un cuarto de hora después porque se le había olvidado el dietario, y como ella sin ese dichoso cuaderno no es nadie. Como le dije: allí está toda su vida, los teléfonos, las citas, el número de sus tarjetas de crédito; y eso, que cuando a mí me dieron la tarjeta en La Caja me dijeron que me aprendiera el número de memoria y que no lo apuntara en ningún sitio... Bueno, pues a lo que iba, yo que estaba en la cocina y sentí el coche, salí como un rayo, por miedo a que pasara lo que después pasó, y le dije que yo le bajaba la agenda de una carrerita; pero me contestó que no, que ella misma subía a buscarla, que volviera a lo mío. Lo que pasó después... para qué contarlo. Ya desde el descansillo se oía la fiestecita que se tenían el senador y la cuñada en el jacusi... Para qué le digo más. Los gritos y los insultos debieron oírse desde el Campo de Golf. Chilló que aquello no quedaría así, y se fue dando un portazo, después de llamarme de todo. No es

tan fina como parece, ni él tampoco, sabe usted.

Le contó que aguantaba aquello porque no le quedaba más remedio, que él ya sabría que en Cuba las cosas estaban muy mal; pero que su familia quería quedarse allí, por eso ella y su hermana se habían venido, para ayudar con algo de dinero a pasar la mala racha. «No hay nada de nada, pero mi padre luchó por la revolución, sabe, y ahora no queremos perder lo que tenemos, las escuelas, la medicina... El comandante está muy viejo, y parece que es él o los de enfrente, pero quién lo sabe si ya hay licenciadas en matemáticas siendo cariñosas con los extranjeros para poder dar de comer a los niños. Ya ve usted, salir de los americanos para volver a esto...» Roca se asomó a una de las ventanas de la cocina y vio el coche blanco, ya canelo por el polvo del siroco, en él aguardaba una figura que le resultaba ligeramente familiar.

—Verá usted, yo no sé qué va a pasar conmigo cuando la señora vuelva, porque ya me dijo lo que pensaba de mí cuando se fue. Así que comprenderá que prefiera seguir como en estos últimos días. Yo, si fuera ella, tampoco querría ver delante a ninguno de los dos; ahora, ella también se lo buscó porque era medio atravesada...

Roca se despidió pidiéndole, con cierto tono de complicidad, que lo mantuviera informado de las novedades; y que lo llamara si necesitaba cualquier cosa. No se había subido al coche cuando escuchó que el otro ponía el motor en marcha dispuesto a seguirlo. Evitó la carretera general y se metió por los viejos caminos reales para despistar al espía en el primer recoveco. Si era quien él se imaginaba le costaría volver a la ciudad.

Llegó a la comisaría pensando aún en Antidio Rodríguez, con una sonrisa de tonto en los labios que no se le borró hasta que escuchó la voz del senador al otro lado del teléfono. Por lo visto lo había llamado ya a primera hora; los gestos de algunos compañeros le hicieron sospechar que se acercaba una borrasca; pero no tuvo tiempo de saber por dónde.

—¿Qué me tiene que decir de lo del periódico? —le cogió totalmente fuera de juego.

—Perdone pero aún no he tenido tiempo de echarle una hojeada. No sé de qué me habla. Los periódicos —pidió en voz baja mientras el senador se envenenaba en un hotel de la capital a dos mil kilómetros de su casa, de

su cuñada y del polvo que los asfixiaba a todos—. Pues sigo sin saber a qué se refiere y eso que tengo los dos de hoy delante —contestó Roca después de haber saltado de las páginas locales a las de sucesos.

—Al periódico de ayer —seguramente, para él en aquel momento sólo existía la publicación que había logrado sacarlo de sus casillas.

—No vi nada extraño en las ediciones de ayer —el político se iba sulfurando mientras Roca notaba que cada respuesta incrementaba la tensión.

—¿No ha visto usted el *Archipiélago* de ayer tarde?

—Pues no, la verdad es que no he tenido ocasión —respondió midiendo las palabras.

Roca solía echar una mirada a los diarios por la mañana mientras tomaba el café por si traían alguna cosa de interés relacionada con su trabajo, pero ni siquiera hojeaba los periódicos vespertinos.

—Pues léalo y dígame qué es lo que tiene que decir.

Beltrán le había acercado ya la publicación. Entonces comprendió los gestos con los que lo recibieron. Aunque siguió haciéndose el imbécil, sólo por el gusto de cabrear al político.

No se había recobrado aún de la sorpresa de los titulares, cuando escuchó a Gómez Puerta repetir en alta voz la noticia que tanto le sulfuraba.

«**SOSPECHOSA DESAPARICIÓN DE LA MUJER DEL SENADOR GÓMEZ PUERTA**. Desde hace varios días no se tienen noticias de la galerista Bel Pérez, esposa del senador insularista Rogelio Gómez Puerta. El vehículo de la marchante ha sido localizado, tras permanecer dos días en un estacionamiento cercano al aeropuerto. Aunque conocidos de la pareja le quitan importancia a su desaparición alegando que ella suele viajar con frecuencia y sin previo aviso, se da la circunstancia de que Bel Pérez era amiga personal y representante de la escultora Elda Meyers, que falleció en la madrugada del pasado martes al arder su estudio por causas que aún no se han esclarecido».

—Bueno, hasta ahí no hay nada grave. Su mujer ha desaparecido; el coche llevaba varios días en el aeropuerto y era amiga de Elda Meyers —la

tensión resultaba evidente al otro lado del teléfono.

—Mi mujer no ha desaparecido, se ha marchado, por motivos personales que a nadie incumben. Y no me refiero a lo que dice, sino lo que insinúa. Además, está lo de la página de al lado. Esto no va a quedar así.

Rogelio Gómez Puerta colgó el teléfono sin darle opción a responder. A Roca también le hubiera gustado hacerle algunas preguntas.

Al repasar el artículo con calma pensó que Antidio Rodríguez debía estar muy satisfecho de sí mismo mientras buscaba el camino de vuelta al periódico.

«**LA ESCULTORA ELDA MEYERS NO SE SUICIDÓ.** Siguen sin esclarecerse las causas del incendio del antiguo almacén de la Compañía Platanera del Atlántico que costó la vida a la escultora Elda Meyers; aunque según fuentes cercanas a la investigación, se ha descartado un posible suicidio. Por otro lado, este periódico ha podido saber que existe un testigo ocular que podría identificar un vehículo que abandonó el lugar de los hechos pocos minutos antes de que el viejo almacén, que la escultora había habilitado como estudio y vivienda, se convirtiera en una tea ardiente. Según las mismas fuentes, la policía está a la espera de localizar a la persona que conducía el vehículo para someterla a una rueda de reconocimiento».

—¡Será mentiroso! —Después daba una serie de datos que permitían identificar al testigo sin lugar a dudas, reservándose, eso sí, su identidad para no entorpecer las actuaciones policiales.

«Esta vez Antidio Rodríguez se ha cubierto de gloria a costa de dejarme a mí con el culo al aire». Aún no se había hecho a la idea de lo que estaba leyendo y de las implicaciones que podía tener todo aquello cuando oyó al jefe chillar su nombre.

Fue como un corderito a su despacho, con aire de inocencia pero maldiciendo a Rodríguez y su ingenuidad. Su superior le puso de vuelta y media. No había terminado de decirle lo harto que estaba de él y lo imbécil que era, cuando una nueva llamada interrumpió el rosario de descalificaciones.

—Sí... bien, entiendo... hace mucho... ¿quién lo encontró? ¿lo han identificado ya?... Sí, yo mismo voy para allá.

El jefe salió del despacho y se fue en busca de Artiles y Beltrán, que al parecer ya estaban al tanto de lo ocurrido.

Roca pensó que lo había salvado la campana. Después iba a desear que ese *gong* no hubiera sonado nunca; habría preferido que lo hubieran suspendido de empleo y sueldo por las indiscreciones no cometidas, antes que enfrentarse con lo que diez minutos más tarde les aguardaba en un contenedor de basura.

— ¡Ven conmigo, Roca, que tú y yo no hemos terminado todavía!

No le explicó de qué se trataba y Roca no se atrevió a preguntarle.

El coche tomó la dirección del puerto y dejó atrás las últimas casas de la ciudad para aventurarse en la zona de nadie que comunicaba con el barrio de chabolas, aquella tarde difuminado por el polvo. Pero no llegaron tan lejos. Se detuvieron a unos metros de *El Ancla*, donde un grupo de personas se arremolinaba en torno a unos contenedores de basura, mientras los municipales trataban de alejar a los curiosos acordonando la zona.

Tampoco tuvieron la suerte de llegar lo suficientemente tarde. Por lo general lo bueno que tenía estar en la Policía Judicial es que los que se topaban con todo eran las patrullas, aguantaban los gritos y la sangre y los insultos. Se encontraban con las desgracias o los espectáculos donde menos lo esperaban y tenían que hacerse a la idea. Roca reconocía que ellos casi siempre sabían lo que pasaba al enfrentarse con la historia, que no tenían que averiguar si había un cadáver o dos, ir descubriendo la desolación y la miseria.

Llegaron al mismo tiempo que el juez y la forense de guardia para identificar el cuerpo de un hombre joven, casi un chiquillo, hecho un ocho, con una terrible cara de sorpresa, en el interior de un enroñecido y pestilente contenedor de basura.

Ninguno de los que estaba alrededor o miraba discretamente distanciado se atrevió a reconocer el cuerpo; casi todos tenían miedo de entrar en la comisaría y no salir; preferían no tener nada que ver con la policía, aunque fuera para bien. A Roca no le quedó más remedio que adelantarse y decirle al jefe que el muchacho era el *supuesto* testigo de

Antidio Rodríguez. Este lo miró con los ojos hechos cuadros y lanzó un juramento. Minutos después llegó el periodista con su cara de hurón infecto, pero no le dio tiempo a preguntar nada, ni siquiera de ver nada, y eso es lo que Roca más lamentaría, porque le lanzó un puñetazo en plena cara que lo dejó sentado en el suelo, después de arrastrar en la caída a dos miembros de la Cruz Roja que tenía detrás.

—Coño, casi le saca un ojo —dijo uno de ellos que se apresuró a reconocer la cara ensangrentada de Antidio; las gafas rotas se sujetaban sólo en una oreja y el puente se le había clavado en la nariz, muy cerca del ojo izquierdo.

—Es lo menos que podía haberle pasado —murmuró Roca mientras aún lo sujetaban por detrás. Un silencio tenso siguió a su comentario.

Sólo cuando se dirigía hacia el bar de Chona notó el viento; tuvo que entornar los ojos y buscar las gafas de sol a tientas. Algunos papeles y plásticos se enredaron en sus piernas mientras avanzaba, sin saber cómo iba a explicarle a la mujer lo sucedido.

Estaba sola en el bar, sentada a una mesa con una expresión ausente en el rostro, la bata de trabajo mal abrochada y la cabeza aún con los rulos puestos. Su cara no parecía la misma sin maquillaje, unos rasgos indefinidos, los ojillos muertos bajo el peso arrugado de los párpados y una apertura lívida, casi sin labios, bajo la nariz pequeña. Levantó la mirada de la mesa mucho después de que las cortinas plásticas sonaran al paso de Roca y volvió a bajarla sin decir palabra. El acercó la mano a su hombro tratando de trasmitirle algo que no se sentía capaz de expresar con palabras. Ella le demostró con un solo gesto de cansancio que no era necesario. Después se sentó a su lado y aguardó. Parecía muy vieja; con el tiempo Roca cayó en la cuenta de que no esperaba nada. No debía de quedarle nada que no fuera aquella ruina de local, vacío y polvoriento. Afuera la tierra del Sahara volaba a ráfagas que parecían traer amortiguados sonidos de coches y sirenas.

—Es él, ¿verdad? —dijo al cabo de unos minutos.

Roca la miró sin comprender. Descubrió entonces que no lo sabía, que no estaba como estaba porque alguien se lo hubiera contado o ella misma hubiese corrido a ver lo que sucedía. No había sido necesario.

—Al despertarme noté un silencio extraño, no se oían botellas ni ruido de muebles al ser arrastrados ni siquiera esa música horrible que suele escuchar cuando piensa que ya no duermo. Al no encontrarlo tampoco en su dormitorio, supe que había sucedido algo. Siempre lo sé, sabes Roca, me pasó lo mismo la noche que desapareció Pedro en el mar...

Roca se sentía cada vez más incómodo, menos seguro, más torpe; a pesar de todos los años que llevaba asistiendo como espectador al sufrimiento ajeno. Buscó desesperadamente en sus bolsillos y encontró una factura de la compra. Puso el papel sobre la mesa y lo alisó. No podía mirarle a los ojos; ella siguió hablando sin reparar en sus manos.

—Después cuando la gente se arremolinó allá abajo y los morenos pasaron de largo y empezaron a llegar los coches... Te preguntarás por qué no salí, qué clase de sangre me corre por las venas para esperar aquí. Ya he visto demasiado, Roca. No tenía que ir a ningún sitio para sentir este dolor.

Hablaba sin gesticular, sin mover el rostro, sin cambiar el tono ni transmitir ninguna emoción en la voz, de forma maquinal.

—¿Echaste algo de menos en el bar —le preguntó por tratar de quitarle tensión al momento—, en la caja, en las máquinas, en su habitación? —se detuvo antes de repetir la operación de doblar todas las puntas sobre sí mismas.

—No sé, creo que no. No noté nada raro mientras lo buscaba.

—No debió ver a su atacante; tampoco se resistió. Ni siquiera lo sospechó. No creo que sufriera, Chona, no sirve de consuelo, pero tenía cara de sorpresa.

Parecía no escucharlo. Él le puso de nuevo la mano sobre el hombro y le dijo que subiera a arreglarse un poco, porque no iba a tener más remedio que acompañarlo al depósito. Cuando lo dejó, eligió la mejor de las cuatro puntas para la cabeza y desdobló la de enfrente hacia el otro lado convirtiéndola en cola. Metió la uña bajo la primera, presionó y terminó la cabeza; después cogió los dos extremos desechados, uno con cada mano y con un ligero toque de muñeca hinchó la pajarita. Le había quedado horrible. Hizo con ella una pelotita y se levantó.

Mientras Chona estaba en su cuarto salió a caminar, la atmósfera del local, solitario y decrépito, le agobiaba; lo cierto es que en aquellos días le

agobiaba todo lo que no fuese un movimiento continuo. Una langosta de alas purpúreas agonizaba entre el cristal y el marco de la ventana. Tenían razón los viejos: comenzaba el desembarco. Desde donde se encontraba apenas se distinguían los restos del almacén de Elda.

El sudor se solidificaba sobre la piel, mezclado con una arenilla tan fina como el yeso. Roca volvió al local, que continuaba vacío, y llamó a un coche para que viniera a buscarlos. Chona se había puesto unos pantalones sujetos al pie por una tira y una amplia blusa blanca y negra. Llevaba el pelo ralo bajo una peluca oscura y gafas de sol ocultándole más de media cara. No abrió la boca en todo el trayecto.

La explanada exterior del cementerio estaba desierta; aquella ventosa mañana de febrero los puestos de flores no habían sacado su mercancía. Avanzaron hacia la verja a través de la breve alameda, en la que una veintena de polvorientos laureles de Indias pretendía dar cierto aire de solemnidad al trayecto, desligarlo de las fábricas y polígonos de viviendas sociales de alrededor.

Tras identificar el cuerpo de Iván, Chona le dijo que le gustaría estar sola unos minutos. Mientras ella se dirigía hacia la entrada del cementerio, Roca regresó en busca de la forense; una mujer discreta, que asumió su petición de urgencia sin preguntas y con una sonrisa tranquilizadora. Le dijo que el chico había muerto estrangulado.

—Casi no ofreció resistencia. Eso limita mucho las posibilidades de la investigación, ya sabes... Además, su tamaño y escasa fuerza tampoco contribuyen a determinar el tipo de atacante.

Detuvo sus ojos oscuros un instante en los de Roca, y no necesitó añadir nada más. Estaba segura de que este sería otro caso en la lista de los asuntos que quedaban sin resolver: muertes fortuitas, sin móvil aparente, encuentros casuales, en los que víctima y verdugo sólo tenían en común haber coincidido en el peor de los momentos. La mirada de la forense, chispeante e inteligente, no casaba bien con el resto de su rostro poco expresivo. Era una mujer agradable, regordeta, de treinta y pocos años, bastante conformista. «Las cosas hay que tomarlas como vienen, Roca» —le había contestado algún tiempo atrás cuando le preguntó por qué había elegido aquella especialidad. «Salió la oposición y yo estaba en paro; y al

final a todo se acostumbra una; incluso a esto», dijo mirando a su alrededor. Las instalaciones tenían un aspecto lamentable, y en lo que a instrumental y medios se refería, todo el mundo pudo comprobar las carencias, gracias a los reportajes realizados un par de años atrás, con motivo de la muerte, en aguas del archipiélago, de un magnate de la prensa británica. Desde entonces, y a pesar de la vergüenza institucional y sus fervientes promesas, las cosas habían cambiado muy poco.

—Miraré con calma a ver qué encuentro.

Roca buscó a Chona por todo el recinto sin dar con ella; a pesar de la agobiante atmósfera, el siroco parecía menos presente allí, entre las callejuelas de nichos y panteones rodeados de flores, que en la ciudad, sordamente presentida, un par de kilómetros más abajo. Uno de los religiosos que cuidaban del lugar se acercó para preguntar si podía ayudarle en algo; vestía un hábito marrón, ajustado con un cordón a la cintura. Le dijo que Chona podría estar en el edificio, en las salas acondicionadas para los velatorios.

La encontró sentada en una habitación de techos altísimos, decorada con sillones tapizados en plástico y un gran póster que representaba un lago bordeado por árboles y montañas en esplendoroso tecnicolor. Cuando por fin logró arrancarla de aquel lugar ella le pidió que la dejara en una funeraria. Tampoco despegó los labios en el camino de vuelta.

Roca volvió a la brigada con una extraña sensación de vacío, preguntándose si él tendría una Chona que lo acompañara un día o si iba a terminar igual de solo. El contestador de su casa hacía semanas que únicamente registraba los recados del trabajo, cada vez menos porque se pasaba el día de servicio. Levantó el teléfono y pulsó el número de Alicia. Colgó antes de terminar de marcar. Después pensó que escribir una relación de los hechos le ayudaría a ver las cosas con más claridad. A eso de las ocho y media, mientras rellenaba con bolígrafo los espacios de las letras que la prehistórica máquina había ido perdiendo con los años, apareció el jefe.

Roca percibió un ligero cambio de actitud, pero seguía inflexible en todo lo referente al senador.

Le explicó que la desaparición de la mujer de Gómez Puerta no

guardaba ninguna relación con el caso. Que habían tenido un grave problema de carácter conyugal.

—Es un asunto delicado que evitaremos airear.

Sabía que era inútil tratar de explicárselo pero lo intentó.

—El muchacho que está en el Anatómico la había señalado como sospechosa. Estoy seguro de que está directamente relacionada con el asunto —continuó al comprobar que le escuchaba—. Al principio carecía de móvil, pero ahora, después de saber cómo se cotizaban las obras de la escultora en el extranjero —titubeó al nombrar a Elda de aquel modo—, tenía muchos millones de razones para hacerla desaparecer.

—No me parece lógico montárselo tan mal, Roca. No me cuadra —dijo mientras consultaba distintos expedientes—. Necesito pruebas. Y mientras no las encuentres no quiero volver a oír hablar de este asunto. Su última recomendación lo cogió en la puerta del despacho.

—Otra cosa, tampoco quiero tener que recibir más llamadas del senador.

Roca pasó por la galería de Bel. Había media docena de personas contemplando la exposición; hacían comentarios y sorteaban los obstáculos con deleite. La encargada estaba sentada tras su mesa. Se disculpó antes de pedirle por favor que no volviera. «El señor Gómez Puerta lo había dejado muy claro». Le dio las gracias y se despidió.

—Espere un minuto —le escuchó decir cuando estaba a punto de salir.

Roca supuso que ella había pensado que se lo pondría más difícil. Cuando se volvió, estaba de pie junto a la mesa con un papel azul en la mano que le tendía. Le echó una ojeada.

—No se preocupe, no volveré a ponerla en un compromiso —le dijo con una sonrisa resignada.

En Correos una pareja de coreanos ponía un giro urgente. El funcionario le miró con cara de fastidio, que se acentuó cuando se identificó. Estaban a punto de cerrar. Le dijo que podía averiguar la procedencia del telegrama pero que si quería más información tendría que pedirla al día siguiente, porque la máquina de la Península ya estaba cerrada.

Aquella noche el viento arreció; tenía una consistencia extraña,

seguramente a causa del polvo. Se quedó en el apartamento, hizo un esfuerzo y comenzó el libro de Santana. Muy pronto descubrió que tenía poco misterio y escaso interés. En todos los cuentos sucedía lo mismo, aunque las situaciones y los personajes fueran diferentes en apariencia; en cuanto se enrollaban todo terminaba en lo mismo: la pareja se convertía en arena, en duna, en alga, en agua, mientras «los dedos perdían la noción de piel, de límite, de cuerpo». Todo aquello le sonaba. Le sonaba demasiado.

Despertó de madrugada. El viento había cesado. Abrió la puerta corredera del balcón, convencido de que el temporal habría disipado el polvo; pero no era así. Regresó a la cama revuelta, y al libro de Santana con la sensación de que algo extraño sucedía. Tardó unos minutos en descubrirlo: no se oía el mar. Recordó entonces que aquella primera noche en el almacén de plátanos, cuando Elda le habló de Proust, tampoco se escuchaba el mar, y un pesado manto de polvo, inmune a la lluvia artificial que entonces se ensayaba, lo presidía todo.

CAPÍTULO V

Chona no llegó a asistir al entierro de Iván. El sábado el viento había desaparecido dejando tras de sí un cielo amenazador; tanto que cuando Roca salió de Correos, bien entrada la mañana, las farolas aún continuaban encendidas. El polvo caía mansamente como la lluvia incansable en algunos lugares del Norte. Comenzó a preocuparse cuando en el Anatómico le dijeron que sólo el personal de la funeraria se había interesado por el cuerpo de Iván. Habían colocado el ataúd negro en una de aquellas salas horribles, flanqueado por dos enormes cirios eléctricos. A los pies de la caja, una corona de flores grande, en tonos malvas y rosas, llevaba en una cinta el nombre de la mujer. A frente, un paisaje con cascadas y bosques ocupaba todo el paño de la pared. Roca se sentó en uno de los ajados sillones de skay que rodeaban el féretro y aguardó. A medida que los minutos pasaban se iba poniendo más nervioso.

Dos hombres mayores con pinta de pescadores con traje de domingo, asomaron la cabeza, y permanecieron en la antesala fumando y conversando en un susurro. El rumor de un motor cascado sonó afuera precediendo la entrada de cuatro jóvenes con aretes en las orejas, pelo largo y camisetas sin mangas sobre vaqueros muy ajustados. Ninguno superaba los quince años. Finalmente un hombre negro se unió al cortejo. Al cabo de unos minutos el silencio resultaba tenso; Roca miró el reloj y supo que ya no iba a venir nadie más. Decidió ir en busca de Chona, eso sí, acompañado por la peor de las premoniciones.

Los quince minutos de trayecto hasta *El Ancla* le parecieron los más largos de su vida. El bar estaba cerrado. Miró a través de los cristales y sólo pudo ver una botella y un vaso en la misma mesa que había ocupado Chona la mañana anterior. Rodeó la casa hasta llegar al patio trasero. La salida de emergencia estaba bloqueada por las cajas que había visto trasladar a Iván la mañana de su encuentro. Regresó a la puerta principal y probó la manilla. Cedió. El local estaba en silencio, iluminado únicamente con la luz que se filtraba a través de los cristales polvorientos. Al otro lado de la mesa

descubrió una silla tirada en el suelo; parecía el único signo de violencia. Llamó a la mujer. Nadie contestó. Se dirigió entonces a la escalera que, en un extremo del bar, conducía hasta la vivienda del piso superior; la habitación, salita y dormitorio a la vez, estaba vacía. Todo parecía en orden. La cama, aún sin deshacer, formaba parte de una alcoba de madera, junto con un armario de tres cuerpos y una cómoda con retratos de Chona y Pedro en tiempos mejores.

Un biombo lacado separaba en dos ambientes la estancia; al otro lado un sofá, una mesa camilla, el televisor y las puertas de acceso a la cocina y al baño. El bolso de Chona estaba sobre el sillón. En la cartera encontró algunos billetes y una factura de la funeraria *La Soledad*.

Fue al bajar de nuevo al local cuando la descubrió. Estaba detrás de la barra, de bruces contra el suelo; vestía la blusa blanca y negra y el pantalón de la mañana anterior. Al caer había arrastrado consigo la pequeña vitrina de las pajaritas que, con el resto de las figuras de papel, ranas, bailarinas, incluida la monja de Roca, se esparcían por el suelo.

Permaneció unos segundos paralizado. Esperaba algo similar desde que salió del cementerio en su busca; sin embargo, sabía que nunca se está suficientemente prevenido. Se acercó con cautela tratando de retrasar el momento de confirmar lo inevitable. Su indumentaria y el hecho de que la cama no se hubiera utilizado sugerían que debía llevar muchas horas muerta; por eso tuvo que comprobar dos veces la sensación de tibieza que notó en su cuerpo. Le costó hallar el pulso pero, aunque débil, dio con él. Roca corrió al teléfono para pedir una ambulancia. A simple vista no presentaba ninguna herida. Cuando llegó la UVI móvil y la levantaron comprobaron que había vomitado.

—Ha sido una suerte que cayera en esta posición, de otro modo podía haberse ahogado —comentó uno de los sanitarios.

—Parece una subida de tensión —aventuró el otro.

Le dijeron que la llevaban al Hospital General. Minutos después llegó Beltrán con uno de los nuevos. Roca le pidió al chico que llevara el vaso y la botella a la Policía Científica y que preguntara por López, que le dijera que iba de su parte y que era urgente.

Acababa de entrar en el hospital cuando sonó el busca. Era sábado y

en la Científica no había nadie. Localizó a López en su casa. Apenas podían entenderse a causa del escándalo de música y voces que rodeaba al químico. Unos instantes después el ruido se amortiguó. Supo que era el cumpleaños de uno de sus hijos, y que la fiesta, que habían previsto hacer en la terraza, se desarrollaba en el interior por culpa del polvo. Roca comprendió que, a pesar de todos los disparates que habían salido de su boca, López le agradecía que su llamada le permitiera salir de allí.

Roca le dijo que estaba seguro de que había algo en aquella botella; que los de la ambulancia habían dicho que parecía una subida de tensión. Le preguntó, a continuación, si algún producto podía causar ese efecto en alguien de las características de Chona. El otro asintió. Fue entonces, mientras López le obsequiaba con una documentadísima respuesta, cuando recordó el entierro. Tras despedirse apresuradamente llamó a la funeraria. Le dijeron que los dos ancianos y el extranjero continuaban esperando y que el cura había amenazado con irse. Les pidió que empezaran sin él.

Llegó al cementerio cuando estaban terminando de tapiar la entrada del nicho. El albañil concluyó su trabajo en silencio; clavó una cuña y colgó en ella la corona.

Tras el entierro supo que Chona seguía inconsciente pero, según dijeron, estabilizada dentro de la gravedad. Roca se encontraba fatal, tenía una sensación terrible de vacío en el estómago y unas ganas locas de desaparecer, como hacía de niño, hasta que todo pasara; hasta que terminaran las discusiones entre sus padres o las quejas de la abuela o los gritos histéricos de sus dos hermanas peleándose por un bolso para salir el domingo.

Mientras conducía de vuelta a su apartamento estuvo a punto de provocar un accidente al saltarse un stop. Paró el coche y se bajó a caminar. El polvo en suspensión, como solían llamarlo en los partes meteorológicos, seguía cayendo sin pausa. Se sorprendió al comprobar que la gente continuaba viviendo al margen del siroco, sin otra preocupación aparente que ultimar los detalles del carnaval que se acercaba. En el Parque, los operarios del Ayuntamiento colgaban figuras de los árboles y engalanaban las farolas; de algunos garajes se escapaba el inconfundible sonido de las murgas y comparsas, que contribuían a acentuar aquella sensación de

pérdida.

Hacía mucho que su afición por el Carnaval había desaparecido. Quizás porque la imagen del único que compartió con Elda se imponía a todos los demás. Recordó que en una ocasión se habían disfrazado de *las mil y una noches*. Al despertar a la mañana siguiente, la media luna y las estrellas que Maribel había pintado con un lápiz azul sobre su cara tatuaban los pechos, el vientre y los muslos blancos y poderosos de Elda. Una pareja se le quedó mirando, y sintió cómo se le desdibujaba la sonrisa. La misma sonrisa que Chona había sorprendido años atrás, cuando, exhausto tras aquella noche y con la media luna apenas esbozada, paró a tomarse un bocadillo con una cerveza en su bar.

En la ciudad el carnaval seguía despertando el mismo entusiasmo de entonces, cuando aún estaba prohibido; tal vez, incluso, más. Continuaba siendo lo mismo para la mayoría, aunque aquella tarde de sábado Roca tuviera veinte años más, Elda e Iván hubiesen muerto, y Chona se encontrara en tierra de nadie, conectada a las máquinas de un hospital.

Entró en un bar y pidió un cubalibre. Lo apuró deprisa, convencido de que en combinación con el ayuno y el partido que, a todo volumen, retransmitía la televisión lograría aturdirlo. Trató de prestar atención al juego, a las conversaciones de los parroquianos, a las peripecias de un ama de casa frente a la máquina tragaperras; sin embargo, lo único que consiguió fue un fuerte dolor de cabeza. Aquella mezcla de ruidos terminó por expulsarlo del local. Entonces entró en otro, y después en otro, y así hasta que perdió la cuenta. Cuando desembocó por primera vez en la Avenida ya llevaba más copas de las que podía recordar. Fue entonces cuando aquella idea loca se impuso al resto de sus confusos pensamientos. Mientras caminaba tratando de no abandonar la franja blanca que dividía las losetas, una sirena sonó a lo lejos y, quizás porque el siroco, como la niebla, distorsiona los sonidos, durante un segundo volvió a ser la misma de aquella madrugada de su cuarenta y cuatro cumpleaños, cuando ardió el almacén de Elda Meyers y él no tuvo más remedio que volver a *El Ancla*.

Tras salir de la churrería volvió a caminar sin rumbo buscando en los extremos más ventosos de la Avenida aquella ráfaga imposible que lo refrescara. No lo consiguió. El bochorno no había cedido durante la noche.

Resultaba contundente, como ese olor de la comisaría pesado y peculiar; un olor que no se olvida, asimilado al miedo, a la desesperación o el abandono, a las grapadoras defectuosas, a las máquinas de escribir sin letras, a los informes en papeles diversos, llenos de faltas de ortografía, a los atestados, a las pruebas olvidadas que convierten el techo de los armarios en curiosos trasteros; ese rastro a desinfectante incapaz, como en el almacén de Elda, de borrar los viejos olores impregnados en las puertas, en las paredes, en sus propias narices: la mugre.

Las langostas seguían su avance. Encontró algunas supervivientes correteando desconcertadas por el asfalto como enormes gotas de sangre. Pensó que era curiosa la limpieza de los casos que le ocupaban; y volvió por un instante a sus suicidas. Hombres y mujeres elegían distintos caminos para marcharse, pero sólo ellas se cortaban las venas. Afortunadamente hacía tiempo que no sucedía.

Las langostas que habían aterrizado en la arena de la playa parecían tomarse un respiro, creer, como sucede a veces con los humanos, que la travesía no había empezado y que seguían en alguna parte del continente. Algunos niños de las casas vecinas jugaban a recogerlas, descalzos y en pijama, mientras las voces de sus madres salían de las ventanas llamándolos a desayunar. La Avenida estaba desierta. Los habituales deportistas y las señoras que solían pasear por la orilla también huían del polvo.

El nombre le vino de nuevo a la cabeza. Lo rechazó una vez más pensando que estaba loco. Se sentó en una terraza que aún no habían terminado de montar y pidió un café. El camarero señaló el cielo con un gesto y le preguntó si no estaría mejor dentro, con lo que estaba cayendo. Roca le respondió que no, así que volvió al cabo de un rato con una taza humeante y el gesto resignado. Encendió un cigarrillo que tuvo que apagar porque le dio un ataque de tos. Encargó un nuevo café convencido de que la cafeína le induciría a desistir de aquella idea absurda que le daba vueltas en la cabeza. Sólo consiguió un ardor de estómago. Finalmente tomó una decisión, se levantó, entró en el local y tras localizar el teléfono realizó un par de llamadas.

Media hora después tocaba a la puerta de un piso once en un bloque de viviendas como un avispero, al otro lado de la ciudad. Le abrió una niña de

unos siete años, todavía en camisón.

—Demelsa, ¿cuántas veces tengo que repetirte que no quiero que abras la puerta? —dijo la voz de una mujer, que apareció segundos después en el diminuto recibidor. Vestía una camiseta larga que acentuaba su delgadez; Roca le calculó treinta y pocos años, aunque aparentara más.

Cuando se identificó lo miró con desconfianza y trató de cerrar la fina puerta de contrachapado. El se lo impidió con la mano.

La mujer lo hizo pasar a la sala, que daba a un minúsculo balcón. El edificio de enfrente, pese a su cercanía, apenas se divisaba a través de las sofisticadas cortinas. Aquellas cortinas de color rosa, con dosel y visillos recogidos en pliegues que recordaban una enorme tarta de merengue, poco tenían que ver con el resto de la decoración: un sofá con funda de algodón, dos sillones, una mesita de centro y otra mayor, rodeada por cuatro sillas, que debía hacer las veces de comedor y mesa de trabajo; un ordenador portátil enchufado a la línea telefónica y, bajo el cable, un suelo lleno de migas de pan y de juguetes completaba la escena. Un niño apareció gateando por la puerta que la mujer había dejado entreabierta al salir. Tras él llegó Antidio Rodríguez en pantalón de deporte con el pelo revuelto y la cara hinchada.

La mujer regresó para llevarse a los niños hacia las habitaciones. Roca conocía bien aquel tipo de piso. Había vivido en una casa similar cuando se casó. Torres demasiado altas en medio de ninguna parte, rodeadas por solares que, cuando el viento sopla, casi siempre, dejan la carretera de acceso y los diminutos árboles de los parterres llenos de tierra; edificios en las afueras que, con el tiempo, formarán un barrio, con vecinos atribulados por las letras del coche de oferta, la lavadora o el crédito de esa boda que no se podían permitir, y que pagan cada mes, algunos, incluso, después de haberse separado. Un vecindario de mujeres embarazadas y niños que lloran día y noche, familias que, si prosperan, se mudan a un edificio más céntrico, lleno de parejas de mediana edad con más niños y coches con air-bag, ABS y aire acondicionado. Antidio estaba a punto de dar el salto, pero directamente a un chalet adosado en una urbanización con piscina.

Roca lo miraba mientras pensaba todo aquello, y tuvo la sensación de contemplar por primera vez a aquel tío *enrollao* y *chachi* que usaba

corbatilla de cuero y calcetines de deporte. El también había llevado calcetines blancos hasta que Alicia le quitó la costumbre.

Pensó en que, dadas las circunstancias, la cortesía de un preámbulo estaba de más y fue directamente al grano.

—Tienes que echarme una mano. Me lo debes. Si no a mí, al chico.

—El asunto de la mujer del senador es tabú —dijo con una voz pastosa. El tono, ligeramente más grave, se iría afinando a medida que la conversación transcurriera—. Me ha caído una buena, como si tuviera poco encima. Ya sabes, el Consejo de Administración... Y después de lo del nuevo pacto político —hablaba entrecortadamente como si le faltara el aire. Se dejó caer en una de las butacas.

En el fondo Roca no lo sabía, pero le daba igual; allá cada uno con sus alianzas políticas, económicas o lo que quiera que fuesen.

Roca introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y le tendió la copia del telegrama y la información de correos. Inmediatamente se arrepintió; «Ahora tendrás que explicarle lo de las esculturas, el engaño...», pensó. Antidio Rodríguez terminó de leer, dobló el papel y se lo devolvió.

—¿Para qué quieres más? La señora está en Cuenca. Se va a tomar unos días, y aquí un lío de faldas es lo mismo que dos de pantalones. Esto no es los EE.UU.

—Yo creo que no está donde dice. Es una maniobra de lo más torpe. El telegrama lo puso desde su teléfono móvil.

—No querría hablar con el marido.

—Ya nadie pone telegramas.

—Esto se nos ha ido de las manos.

El «nos» le sonó extraño; pero Antidio estaba en lo cierto, bien a su pesar, estaban los dos en ello. No había elección posible, ni capacidad de desasirse, por mucho que el director del periódico obviara la historia con la pretensión de que lo que no se publica no existe. Roca le habló del asunto de las esculturas.

—Lo que daría Ventura por una información así —comentó el periodista con una sonrisa.

Roca siguió con su plan. Insistió en que necesitaba su ayuda. Le dijo que era sólo una pequeña alusión, una maniobra que indujera al culpable a

ponerse al descubierto. Tuvo la sensación de que no le escuchaba.

—Está fuera de sí. Embestirá contra quién se interponga en su camino. Se ha hecho muchas veces y casi siempre funciona.

—Tú ves mucho telefilm americano, tío. Si va a ir a por Chona lo hará en cuanto se entere de que no ha muerto. Lo que me pides es un esfuerzo inútil —dijo con un esbozo de sonrisa que no llegó a concluir.

Ya estaba a punto de marcharse cuando le dijo que esperara un momento. Desapareció tras la puerta que comunicaba con el resto de la casa para volver al cabo de unos minutos con una carpeta.

—Si necesitas algo de Ventura, úsala —dijo mientras se la tendía—. Él sabrá apreciar la información que contiene.

Mientras bajaba en el ascensor le echó una ojeada: contenía notas del registro mercantil, fotocopias de escrituras de compraventa, etc..

De regreso a su casa, encontró en el contestador un solo recado que terminó por desconcertarle completamente. López, de la Policía Científica, había trabajado rápido y bien. La botella de Chona estaba limpia, no tenía más huellas que las suyas y el único veneno que encontró en el interior fue la propia graduación del ron. Atónito, le escuchó decir que estaban en paz... Hacerle perder el fin de semana de esa forma —apenas le prestó atención al resto del mensaje porque sus desquiciados pensamientos discurrían ya por otros derroteros...—, que si se pensaba que aquello era Chicago, que se diera un aire y no sabe qué vainas más. Colgó y marcó el número del Hospital. La espera se le hizo eterna. El médico que había tratado a Chona durante la noche había salido de guardia. Le dijeron que no podían darle la información por teléfono, que lo sentían mucho. Cortó y volvió a llamar. Por fin, se enteró de que Chona había pasado tranquila las últimas horas y ya estaba en planta.

—Una subida de tensión.

—¿Nada más? —preguntó extrañado.

—*Nada más y nada menos*.

Lo asaltó una carcajada; su interlocutora pareció contrariada. Quiso saber si se encontraba bien. Le dijo que sí, pero no se quedó muy convencida. Después de colgar pensó que quizás tuviera razón. No estaba bien. Estaba perdiendo la noción de la realidad, desorientado y confuso. Se

dio una ducha fría. Puso el despertador a la una y media, y tras tirar de las sábanas hasta dejarlas en el suelo, se tendió sobre la funda del colchón. Tenía la garganta seca y náuseas; un vacío profundo en el estómago y una inquietud concentrada en las piernas que, a pesar de estar tumbado, no dejaban de moverse. Se sentía realmente mal. No podía dejar de darle vueltas a todo aquello. «Un accidente vascular», una jodida coincidencia.

De pronto la angustia cesó; el nudo del estómago pareció aflojarse, creyó que se relajaba, pero fue sólo un instante. Una náusea repentina lo hizo correr hasta el baño dejándolo ridículamente doblado sobre el retrete. Cuando regresó a la cama temblaba y un sudor frío le empapaba la frente. Apenas se había reconocido en el espejo del baño. Se tapó con el albornoz y una sensación de quietud lo invadió lentamente; después notó un apagón y cómo comenzaba a caer desde un taburete mientras el cubalibre, que hasta ese instante había estado sobre la barra frente a él, se derramaba del mismo modo. Su contenido lo fundió todo en negro.

Al despertar caminaba descalzo por una de las playas del Sur. El viento del noroeste, que arrastraba el siroco de vuelta a África, arreció. Comenzaron a volar los sombreros mientras las hamacas rodaban por la playa como si las telas que las cubrían fuesen velas. Las pesadas sombrillas de la explotación municipal se elevaron en todas direcciones y comenzaron a caer igual que jabalinas en un fuego cruzado, que ensartaba a su paso bolsas y turistas rebozados de arena que corrían en medio del desconcierto. Era un tornado. Las dunas que le separaban de la avenida crecían a medida que pretendía escalarlas; los pies se le enterraban. Cayó hasta la base de una de ellas que formaba un valle con la siguiente. La arena comenzó a cubrirlo lentamente y yo no podía hacer nada por evitarlo. Le caía sobre la cara, los ojos, la nariz y la boca; apenas podía respirar.

Despertó boca abajo, con la cabeza apretada contra el colchón, a eso del mediodía. Hacía años que creía haber olvidado aquella terrible experiencia de su juventud, y cuando menos lo esperaba, aparecía tan cierta en el sueño como lo había sido en la realidad. Sin embargo, había algo más, en ese instante fronterizo del duermevela los rostros de Elda y Santana lo miraban convertidos en arena. Entonces comprendió lo que había intuido desde que la noche antes comenzara a leer el libro de Santana. La alarma

del despertador le devolvió a la realidad: había quedado para comer con Jesús Arenal y llegaba tarde.

Jesús era profesor de Literatura en la Universidad. Un hombre alto, delgado, de aspecto distante, facciones regulares y un magnífico y cuidado bigote entrecano. Rondaba los sesenta. Lo había conocido en 1986 a raíz de un caso que escandalizó al sector educativo y le hizo perder su puesto como profesor en un colegio femenino. La relación con Jesús le abrió a Roca las puertas de un mundo hasta entonces incomprensible para él; algo que iba más allá de la anécdota, de tramas e influencias sutiles y de grandes amores y pasiones. Cuando lo llamó pareció sorprendido pero un soltero a su edad no tenía demasiados planes para un domingo por la tarde. Habían quedado citados en el *Derby*. Así que, Arenal ese mediodía no tuvo más que pasar la línea imaginaria que separaba la terraza de este local de la de *El Río* del que era asiduo cliente. Lo miró con curiosidad e hizo un gesto elocuente cuando sus ojos se detuvieron en el estómago del policía. Roca no había llegado a entenderlo, porque estaba seguro de que había cosas que nunca comprendería, pero lo respetaba; incluso, en cierta ocasión le halagó una frase que le había dicho allí mismo, algunos meses después de que el caso que los había reunido concluyera. Aquella noche Roca tenía unas cuantas copas de más y un ser andrógino, que aún vestía de hombre, pasó ante ellos.

—¿Te gusta? —le preguntó con cierto descaro.

—No —respondió sin inmutarse—. Me gustas tú.

Jesús Arenal vestía impecablemente a pesar del calor. Muy inglés, tanto que se ahorró la referencia al tiempo. Lo esperaba con un whisky en vaso ancho en la mano.

Roca pidió una cerveza; pero Arenal detuvo al camarero antes de que enfilara el camino de la barra.

—Un Bloody Mary, le vendrá mejor —el camarero miró a Roca y éste asintió con un gesto de resignación. Los síntomas de su resaca resultaban demasiado evidentes.

A la hora de elegir restaurante, Jesús Arenal dudó; decidió, por fin, que una buena sopa de pescado y una vieja guisada con papas arrugadas eran lo que le hacia falta a Roca. El *Bar Julio* era el lugar. Pidió Jo mismo para él y una botella de un blanco seco de una bodega de Lanzarote, *El*

Grifo, que Roca, a pesar de no ser muy aficionado al vino, no tuvo más remedio que elogiar.

—Tú dirás, mi niño —le dijo al cabo de un rato, cuando comprobó que el caldo le había devuelto a un estado de relativa normalidad.

—Verás, es José Juan Santana...

—Ay por Dios, qué desagradable. Podría haberme imaginado cualquier cosa; incluso que tuvieras una amiguita en alguno de mis cursos, por eso de la autoafirmación después de los cuarenta... Hasta que hubieras reconsiderado ciertas propuestas, cualquier cosa, pero salirme por ahí —sonrió bajo el bigote espeso—. Es un chico de barrio que pretende haberlo olvidado.

—Los inicios puedes ahorrártelos. Soy un chico del mismo barrio, que todavía ejerce.

—Quizás por eso me gustas... —apostilló provocadoramente—. Sus primeros relatos cayeron bien. Había comenzado a frecuentar uno de esos bares donde se leía poesía como si el espíritu de las primitivas tertulias pudiera rescatarse. Los acontecimientos políticos y sociales le fueron propicios. Eligió el sexo y acertó.

—¿Te gusta lo que escribe?

—Una escritura correcta, ligeramente manierista, pero sin otro gancho que el de responder a la demanda. Era el momento del boom erótico. Tras publicar un avance en una revista, recopiló los relatos en un volumen. Poco después, cuando los periódicos comenzaron a tirar de los colaboradores que no cobraban, se aferró a la columna que le cedieron y la utilizó para su autobombo: que si citas de uno, que si cenas con otro, hasta crearse una fama, duramente trabajada, de estar bien relacionado. Iba a los congresos, salía en todas las fotos, y aprovechaba cualquier insinuación para publicar en las revistas. En poco tiempo estaba en todas las salsas.

Jesús hizo una pausa para sacar, entera, la espina de la vieja que había limpiado con maestría. Se sirvió un poco más de vino, tras comprobar que la copa de Roca seguía intacta, y retomó su exposición.

—Hace años que vive con el cuento de que está preparando un libro, pero la gente ya se ha empezado a olvidar y eso es malo. Tiene un par de compromisos editoriales locales que no ha podido cumplir y muy poco

aguante con el whisky. Tengo entendido que el Gobierno le ha encargado una guía turística. Tendría que reconocerlo: está listo, me oyes, listo; haga lo que haga, le meta la Administración en todos los ciclos de conferencias o le nombren coordinador del centenario que sea.

—¿Y él lo sabe?

—Si no lo sabe debe estar a punto de enterarse. En estas cosas de la literatura pasa lo mismo que con los cuernos, el interesado es el último en descubrirlo.

Cuando Roca le preguntó por su situación económica, Arenal le dijo que no era tan holgada como parecía. Le explicó que se había adjudicado la casa en una subasta con todo lo que tenía dentro, y que vivía a salto de mata.

—¿Dedicado a qué? —le preguntó Roca sorprendido, porque que él supiera Santana había hecho sexto y reválida para empezar después perito mercantil. Jesús se encogió de hombros y se concentró en la carta de postres —. Creo que tomaré bienmesabe con helado. ¿Y tú?

—No tomo postre; y para que veas que a veces soy capaz de corresponder, voy a contarte algo sobre nuestro amigo que seguramente no sabrás.

Roca le habló de Elda Meyers. Le explicó cómo la habían conocido y la relación que se había establecido entre todos ellos. Le hizo mucha gracia que ella leyera a Proust para olvidar. No pareció sorprenderle que las fantasías de Elda estuvieran plasmadas palabra por palabra en Las Metamorfosis de Santana.

—¿Cómo crees que se las arreglaba, pondría una grabadora en algún lugar discreto o tomaría notas directamente?

Sindo Roca se echó a reír. Todo aquello resultaba patético. Imaginó a Santana tratando de recuperar los favores de Elda tantos años después. No había más que fijarse en su aspecto para comprender que una mujer como ella no lo recibiría en su cama. Rectificó, muy pocas lo harían.

Cuando era más joven, mantenía, como muchos, que no entendía de hombres. Pero no tardó en descubrir que se engañaba; para reconocer algo después, y a modo de disculpa, que hay que saber dónde está la competencia. Santana también debió intuir que todo había terminado, como

le sucedió a él.

Roca lo había sabido mucho antes de que ella retomara por inercia la lectura de Proust. «Nada mejor contra la ausencia que ella misma» le había dicho cuando se conocieron, aquella noche de la apuesta:

«Mademoiselle Albertina se ha marchado, ¿ves? Juan se ha marchado, Pedro se ha marchado... y cuando ella muere es como si también lo hicieran ellos... un poco yo. ¡En fin!, tonterías. Esto y atiborrarme de chocolates es cuanto me queda de antes».

Antes era para Elda el tiempo de su mirada completa. Su territorio, un territorio que la muerte había contribuido a desvelar en parte y que Roca le descubría a Jesús Arenal.

—¿Sigues jugando a médicos y enfermeras? —le preguntó, ya en el café, dando el tema de Santana por terminado—, pues aprovecha que los años se notan y no sabes cómo —concluyó sin esperar su respuesta. Después alzó el vaso de whisky a modo de brindis y bebió.

Había en su voz un rastro de amargura. Roca sabía que a Jesús Arenal le pesaba algo más que los años. Desde la muerte de Javier no había vuelto a ser el mismo; parecía estar por encima del bien y del mal. Nada le afectaba; ni siquiera las murmuraciones. «Los cotilleos son lo de menos —le había dicho un par de años después de que el muchacho se suicidara—, a todo se acostumbra uno, la gente también. Con el tiempo dejas de parecerles interesante». Entonces le habló por primera vez del tema: «Lo verdaderamente duro es envejecer, ver cómo pasan ante ti todos esos seres que deseas y que únicamente podrás conseguir, a veces, con la cartera por delante. La vejez, como el deseo, es un muro, Sindo, un muro frente al cual estamos solos. Maldito Cernuda —esta última frase la había dicho en un susurro—, a continuación le obsequió con uno de sus silencios».

Jesús Arenal se tomó el resto del whisky de un largo trago y pidió la cuenta. Roca inició una protesta pero el otro le dijo que no insistiera. Roca no discutió. Estaba en las últimas y aquellas siete mil pesetas significaban mucho. La pensión compensatoria que le pasaba a su ex-mujer no lo dejaba precisamente en una posición desahogada. También en lo económico comenzaba a notar la ausencia de Alicia.

Los alrededores del Hospital General parecían una verbena aquel

domingo por la tarde. Como todos los días de fiesta, visitas procedentes de cualquier punto de la isla se arremolinaban en torno a la plaza, donde algunos puestos vendían flores y detalles diversos para los menos previsores. A pesar del calor y de lo agobiante de la atmósfera, aquel parecía el único punto realmente vivo de la ciudad. En las avenidas que rodeaban el centro los coches pasaban muy de cuando en cuando.

Encontró a Chona en una habitación que compartía con otra mujer desde hacía varias horas. La habían trasladado de la UCI, aunque aún conservaba el respirador y una sonda conectaba su brazo con el gotero cercano. Cuando sintió su presencia, parpadeó y se apartó la mascarilla.

—Todo ha salido mal, Roca —estaba muy excitada—. Tenía que habértelo dicho antes, pero... así pensé que le protegía, y por callar ya ves... —hablaba de forma entrecortada y con gran dificultad.

Una enfermera se asomó y le dijo que no le convenía hacer esfuerzos, que tenía que descansar.

—Esto ya es lo último —murmuró Chona con un tono de voz apenas audible—. ¿Te acuerdas de la mañana del incendio, cuando me preguntaste si habíamos visto algo?, te dije la verdad sólo a medias, yo no vi nada, pero... Iván sí... Le pedí que callara, que no se lo contara a nadie... Lo hice tratando de protegerle, y mira tú por dónde...

Chona volvió a asfixiarse, Roca le sonrió tratando de calmarla, pero no lo consiguió. Se asomó al pasillo y pidió ayuda. Primero llegó la enfermera y a continuación un médico que salió corriendo en busca de algo. Le dijo que no se preocupara que él había conseguido hablar con el chico, y que le había comentado lo del coche. Ella lo miró extrañada... Un celador condujo a Roca hasta el pasillo y después regresó a la habitación.

Esperó fuera. Estaba convencido de que Maribel seguía en la isla. Y, en cuanto Chona se recuperara, le daría la razón.

— ¿Es usted Santana? —le preguntó un médico que acababa de salir de la habitación de Chona.

—¿Santana? —repitió Roca confuso.

—Sí, fue lo que dijo antes de volver a perder el conocimiento. Tiene una complicación pericardial. Está demasiado gruesa y aunque controlamos la tensión, el corazón parece débil.

—¿Ha dicho algo más?

—No, y sea lo que sea tendrá que esperar. Hay que procurar que no se excite.

Roca estuvo un rato dando vueltas por el pasillo. Sacaron la camilla de Chona y volvieron a llevársela a la UCI. Se dijo que Santana debía saber algo, que aquello, no tenía ni pies ni cabeza, y que su obsesión terminaría por complicarlo mucho más. Decidió darse un respiro y esperar hasta el día siguiente.

Mientras se dirigía hacia la salida volvió a pensar en Alicia. Ella estaba tan lejos de todo aquel mundo al que la muerte de Elda Meyers le había devuelto. No había tenido tiempo para nada, y menos aún para «la cortesía del intercambio burgués», como había dicho en una de tantas ocasiones en las que se quejaba de su pasividad. Lo cierto es que siempre había estado muy por encima o, más bien, muy por debajo de ese asunto. La expresión le había hecho gracia, podría haber salido de la boca de Elda, incluso de la de Maribel; pero a Alicia le iba más un «estoy harta de ser yo la que llama. La que propone. ¿Sabes?, de vez en cuando sentirse deseada, importante para el otro, no está nada mal; no es tan difícil coger el teléfono un día y decir ¡hola soy yo!, y cuando crea que el terrible esfuerzo de levantar el auricular y marcar los números se debe a un nuevo aplazamiento de nuestro prometido fin de semana, me digas que no, que sólo llamas para ver cómo estoy, o porque te apetece escuchar mi voz».

— ¿Me equivoco al pensar que has leído la frasecita en una de tus revistas? —le preguntó con cierta sorna.

Ella no le contestó. Alicia solía leer revistas femeninas, de esas que, entre los consejos para el cuidado de la piel o el pelo, ofrecen las últimas tendencias de la moda y explican cómo lograr una relación más placentera con la pareja.

Lo cierto es que al margen de cualquier tipo de intercambios, que también, Roca tenía ganas de volver a verla. Se dijo que era muy poco probable encontrarla en el hospital un domingo por la tarde, aún así, permaneció en el ascensor cuando llegó a la planta baja y pulsó el botón del séptimo piso.

No necesitó preguntar por ella. Estaba sentada tras el mostrador

charlando con una compañera; llevaba el pelo rizado castaño claro recogido en una cola que la hacía mucho más joven. Iba sin pintar y parecía cansada, a pesar del tono deportivo y saludable de su piel. Le sentaba muy bien el blanco del uniforme. Cuando lo descubrió, Roca sorprendió un ligero gesto de contrariedad en su cara, apenas un parpadeo. Se recuperó muy pronto.

—Vaya, hombre, esto sí es todo un detalle por tu parte. Su compañera murmuró una disculpa y se alejó por el pasillo hacia el interior de la planta.

—No te imaginas cuánto me alegro de haberte encontrado.

—Pues, la verdad, no. —Estaba molesta y esta vez tenía razón: hacía más de dos semanas que no se veían. Sin embargo, no recordaba que hubiera sucedido nada que pudiera haber provocado el distanciamiento. Mucho después comprendería que tal vez fuera ahí donde estaba el problema, en que no había sucedido nada.

Roca sonrió y se encogió de hombros. La expresión del rostro de Alicia se suavizó. Siempre daba resultado. Aquella sonrisa había sido desde niño su única arma; pero el efecto bálsamo fue neutralizado muy pronto por sus palabras. Se sorprendió explicándole que tenía un testigo de un caso importante en la UCI.

—Pues me encuentras de milagro —sus ojos castaños le miraban con dureza—. Estoy doblando turnos para coger unos días de vacaciones —hizo un breve alto y continuó—. No te preocupes, hablaré con la supervisora y te tendrán informado...

Roca se quedó callado. Sabía que tenía que decir algo, pero no encontraba qué. Volvió a probar con la sonrisa pero esta vez no le salió, se quedó en una mueca ridícula.

—Perdona, pero tengo que dejarte, es la hora de mi ronda.

Roca se despidió por inercia, mientras ella desaparecía, menuda y con su andar erguido, en una de las dependencias reservadas al personal de la planta. Comenzó a sentirse enfadado sin alcanzar el ascensor, pero sólo después de haber abandonado el hospital y el bullicio que lo rodeaba, se dio cuenta de lo imbécil que podía llegar a ser. Había subido hasta allí con la esperanza de verla, y tras conseguir lo más difícil no había sido capaz de reconocerlo.

CAPÍTULO VI

José Juan Santana lo recibió mal. Roca no sabría decir si el estado del escritor era producto de una larga noche en vela o de una madrugadora tentación. Santana atravesó el brazo en la puerta y le impidió la entrada al zaguán. No se anduvo con rodeos. Le dijo que sentía no poder atenderle, que estaba trabajando y necesitaba concentrarse. Su aliento apestaba a alcohol.

Roca le dijo que tenía algunas preguntas relacionadas con sus visitas a Elda que no podían esperar. Santana respondió que aquello era lo que menos le convenía, que estaba pasando un momento difícil, que tenía que cumplir varios compromisos editoriales y no podía descentrarse.

Roca recordó que había olvidado que en la vida de Santana nunca existió otra prioridad que no fuera él. Parecían afectarle más el desconcierto y las posibles consecuencias de verse implicado en una declaración que las muertes de Elda y de Iván.

—Lo siento, Chona nos ha dado tu nombre; tendrás que acompañarme a la comisaría para que te tomemos declaración. Es sólo un trámite —le comunicó con sequedad.

Santana no le respondió. Llevaba un pijama celeste muy arrugado. Estaba pálido y sudaba. Roca empujó la puerta y él se apartó.

—Está bien —dijo por fin—, espero que sea rápido. Voy a vestirme.

Mientras hablaba, Roca comprobó que el portal necesitaba una mano de pintura y que nadie había barrido el patio en los últimos días. La cancela emitió un leve chirrido, Santana dejó que le siguiera. En ese momento sonó el busca. Roca le comunicó que iba a utilizar su teléfono y Santana no respondió. Marcó el número del Anatómico Forense que figuraba en la pantalla del localizador.

—¿Roca?, por fin. Te he llamado a la comisaría —por el tono de su voz la forense parecía estar de buen humor—. He encontrado algo, no es mucho pero sí podría dar alguna pista —calló un instante. Roca supuso que para saborear su descubrimiento; debía resultarle extraño formular un

diagnóstico que no fuera parada cardio-respiratoria o derrame cerebral.

—¿Qué has descubierto?

—Nicotina.

— ¿Nicotina? ¿Envenenamiento?

—No, por Dios, vaya derroche matar de dos formas. Encontré restos de nicotina en el cuello. La persona que lo estranguló fuma, y mucho.

No podía salir de su asombro.

—¿Se podría averiguar de qué tipo de tabaco procede? —era consciente de que estaba yendo demasiado lejos pero esperó su respuesta.

—Poderse se podría, pero no aquí. Ya sabes cómo funcionamos. A lo mejor cuando inauguren las tan prometidas instalaciones pero, de momento, eso es todo lo que puedo ofrecerte.

Roca le dio las gracias y se sentó en el sillón que días atrás había ocupado Santana. Entonces reparó en el cenicero, repleto de colillas de puro. No sabe qué recordó primero, si las palabras de Chona o que Maribel no fumaba. Se levantó como impulsado por un resorte y salió al corredor. Roca abrió una puerta detrás de otra hasta que dio con el dormitorio. Encontró la cama revuelta, el pijama en el suelo y el armario abierto. Todo lo demás estaba perfectamente ordenado. En la habitación contigua sonaba una ducha. Llamó pero nadie respondió. Esperó unos segundos antes de abalanzarse contra la puerta de dos hojas que cedió sin oponer resistencia. Santana había desaparecido.

El garaje estaba cerrado con llave y los coches dentro. Roca corrió hacia la primera ventana que encontró, al otro lado de las rejas, sólo una mujer cargada con el carro de la compra caminaba por la calle. Comprobó que el único teléfono de la casa se encontraba en el salón. Llamó a la comisaría y a la juez; seguidamente hizo una descripción de Santana a la Guardia Civil para los controles del puerto y del aeropuerto. A partir de aquel momento, todo era cuestión de tiempo.

Estaba agotado, confuso, perdido. Se sentía ridículo. No tenía una sola idea en la cabeza. Todo se había venido abajo en un minuto; no era capaz de encontrar un móvil y sin embargo, tenía un culpable. Al cabo de un rato, tuvo la sensación de que llevaba horas allí de pie con la mente en blanco; pero eran tan sólo las once y cuarto de la mañana. El ciclo seguía

encapotado por el polvo.

Roca cogió un retrato reciente de Santana, un plano corto en el que se le veía con alguna celebridad, lo sacó del marco y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Al salir reparó en una vieja fotografía de José Juan frente a una casa-cueva. Decidió llevársela. En ese instante aún ignoraba que Santana habría de darle más de una sorpresa. La primera le aguardaba en la entrada: José Juan se había asegurado de que no lo siguiera cerrando también con llave la puerta principal. Debió hacerlo desde fuera porque si no habría oído chirriar la cancela. Roca comprobó las ventanas una por una, todas las que daban a la calle tenían rejas. Podía hacer dos cosas: esperar a sus compañeros, que no tardarían en llegar con la orden de registro, lo que podía resultar muy embarazoso, o tratar de salir como fuera de allí. Subió a la azotea. La casa contigua estaba deshabitada. Tuvo que continuar saltando de tejado en tejado, entre cagadas de paloma y techos en ruinas, hasta que encontró una salida.

Cuando llegó a la comisaría su jefe no cabía en sí y en un gesto que le honraba, evitó hacer comentario alguno referido a Maribel. Al fin y al cabo, el mismo Roca se había dado cuenta del error y lo había enmendado. Le propuso que fuera Beltrán quien le tomara declaración a Chona en el hospital. A Roca le pareció razonable. No podían arriesgarse a que se volviera a emocionar.

Después de darle varias vueltas a la foto de la cueva Roca recordó que la familia de Santana procedía de la zona centro de la isla. Llamó a dos ayuntamientos y en el segundo le confirmaron que la madre del escritor tenía una pequeña propiedad en el municipio. Pidió la colaboración de la Policía Local para tratar de localizarle. Poco después de las dos le comunicaron que seguían vigilando sin novedad. Para entonces Santana había tenido tiempo suficiente de darle la vuelta a la isla.

Le sorprendió comprobar que el Risco apenas había cambiado en todos aquellos años de ausencia. Las casas terreras pintadas de colores, algunas sin albear, seguían encaramándose de manera imprevisible montaña arriba. No había vuelto al barrio desde la muerte de su madre, cinco años atrás. Tampoco tenía por qué: la casa se vendió, la mayor de sus hermanas emigró a Venezuela con su marido, y poco después la siguió la pequeña. Al

parecer habían montado una pequeña ferretería en La Guaira y les iba bien. Solían escribirle una felicitación por Navidad.

Acompañado por Beltrán, dejó atrás la calle principal y se adentraron en el laberinto de callejas y escaleras que conducían a la casa de la madre de Santana.

La puerta pintada de verde estaba entreabierta, trabada por un gancho, como siempre. Roca llamó a la mujer por su nombre, tras soltar la aldaba. En otros tiempos entraba directamente, pero esta vez no quería asustarla, cabía la posibilidad de que no le reconociera. Nadie contestó. En el recibidor el taquilloncito de fórmica seguía como Roca lo recordaba: con un tapete de ganchillo el pequeño jarrón con rosas artificiales y los perritos de porcelana. Volvió a llamarla un poco más alto. Doña Juana salió de la cocina secándose las manos en un paño. Era una mujer de campo, flaca y encorvada, que cosía para afuera. Siempre la había conocido vestida de negro. Le cayó el primer luto a los dieciocho años, a la muerte de su madre, y fue encadenando uno con otro hasta que enviudó a los treinta y cinco. Desde entonces su apariencia había cambiado poco. Le dijo que estaba algo sorda, que se alegraba mucho de verle, que le agradecía mucho la visita, que su hijo hacía años que no pasaba por allí.

—Ahora que es importante y sale en los papeles, ya ves. Es como si se avergonzara de su madre —lo dijo en un tono cotidiano; sin un resquicio de queja; seguramente lo había repetido muchas veces, hasta perder la emoción —. ¿Y a ti cómo te va, mi niño? ¿Les apetece un pisco de café?

Beltrán se mostraba contrariado. Roca aceptó la invitación. Le parecía una falta de delicadeza preguntarle cuánto hacía que no veía a su hijo, de verdad. Su compañero le dio con el codo cuando ella regresó a la cocina. —Tranquilo, vale. Sé lo que hago. Después de tomar el café le preguntó que si le importaba que subiera al palomar. Ella le miró extrañada, y le dijo que no.

—No sé cómo estará, Sindito, ya yo no subo a la azotea ni para tender; por las piernas, sabes; he puesto un tendedero aquí en el patio. Para mí sola, bastante.

El palomar del padre de Santana había sido uno de los mejores de la ciudad. Cuando el hombre falleció, su hijo y Roca debían tener cerca de

quince años, las palomas enfermaron y se fueron muriendo, finalmente la viuda terminó por regalar las supervivientes. Entonces los chicos limpiaron el recinto, construido con bloques de hormigón y tejado de uralita, lo albearon y lo convirtieron en el cuartel general de sus actividades. En aquel lugar, que conservó siempre cierto olor a gallinero, fumaron los primeros cigarros, escuchaban a los *Beatles* y a los *Rolling*, se hacían confidencias sobre conquistas siempre exageradas.

Allí encontraron a Santana en un estado lamentable: completamente borracho y desplomado sobre un sucio y viejo camastro. La impresión sufrida por su madre afectó a Roca más que la satisfacción por atraparlo. Se arrepintió inmediatamente de no haberla advertido. Había sido una corazonada. Sólo pudo balbucear un «lo siento» mientras la mujer se quedaba llorando.

Santana apenas podía articular palabra. En el trayecto hasta la comisaría sólo acertó a repetir con voz pastosa que «únicamente hablaría en presencia de su abogado».

—Otro aficionado al cine americano; pues sí que estamos listos —comentó Beltrán—. Esta mañana en un juicio una de las testigos levantó la mano derecha, lo que hay que ver.

Tardaron bastante tiempo en lograr que se recuperase; aunque Roca hubiera preferido entrevistarle en aquellas circunstancias. Siempre cabía la posibilidad de sorprenderlo con las defensas bajas. Le dieron café y lo vomitó. Después se enteró de que Beltrán le había hecho beber el café con sal.

Un par de horas después Santana estaba hecho un guiñapo, decía que le dolía la cabeza y que no se acordaba de nada. En su declaración reconoció que era amigo de Elda desde hacía muchos años. Seguidamente, parece que lo pensó mejor y optó por poner en práctica ese viejo tópico de la mejor defensa.

—Sabía que tarde o temprano vendrías a buscarme. Nunca has podido soportar que ella me prefiriera, que te dejara por mí —dijo volviéndose hacia donde se encontraba Roca. Parecía indignado—. ¿Eso es lo que querías oír, no?, pues ya lo sabes.

La sorpresa provocó un silencio tenso. El jefe miró a Roca con cara de

asesino mientras Santana, visiblemente satisfecho y más relajado, seguía su perorata.

—No tenía ningún inconveniente en venir a declarar. Pero no con él. Se presentó esta mañana en mi casa; y por eso me marché... Estoy pasando una mala racha profesional, eso es todo; por lo demás, ella me importaba bien poco. Consiguió lo que se proponía. El comisario le hizo una discreta seña a Roca para que lo acompañara.

Roca tuvo que explicarle de principio a fin su relación con Elda y con la pandilla del Parque. En unos instantes había pasado de acusador a acusado. Mientras charlaban en el pasillo podían ver a Santana al otro lado de la mampara. Parecía más seguro. Cogió la platina de un chicle del cenicero, cuadró el papel, dejando marcada la diagonal en el centro, y desde uno de los vértices hizo coincidir ambos lados con el eje central. En ese instante Roca entendió por qué Chona se había dirigido hacia la vitrina al encontrarse mal; claro que podría haber hecho lo mismo tratándose de Maribel, incluso de él. Después lo dobló siguiendo la diagonal pero dejando las solapas hacia afuera; metió la punta hacia adentro y la levantó haciendo lo mismo en el extremo. Ya tenía el cuello y el pico. Alzó la parte sencilla del mismo modo hacia arriba y consiguió la cola. Con otra platina hizo una monja igual que la de Roca para que acompañara a su pato.

—Los conocí hace veinte años —dijo Roca a punto de renunciar—. En esta ciudad tarde o temprano terminas por encontrarte con la gente. No hay nada personal en esto. Se lo juro. Es sólo una maniobra para ganar tiempo. Para enfrentarnos. Tenemos el testimonio de Chona. El análisis de la forense.

—No son pruebas sólidas, Roca.

Los interrumpió una llamada de la Policía Científica, En el coche de Santana habían encontrado restos que confirmaban su presencia en el almacén la noche del incendio.

—Lo siento, has trabajado mucho, pero no me queda más remedio que pedirte que te mantengas al margen de este interrogatorio —le dio una palmadita en la espalda—. Tenemos que conseguir una confesión antes de las setenta y dos horas, así que a trabajar... Entre las parejitas que van a la fábrica por las tardes tiene que haber alguna que le haya visto —dijo

mientras volvía junto a Santana.

Roca pensó que no era necesario esperar a la noche y aterrorizar a los enamorados con sus preguntas. Las pruebas encontradas en el coche eran suficientes como para situarle en el lugar de los hechos. Eso sí, se le ocurrió que someterle a una rueda de reconocimiento, aunque fuera simulada, podría contribuir a que se animara a declarar.

Al cabo de unas horas, Santana comenzó a agotarse. En una de las escasas pausas Roca coincidió con Beltrán en el baño. Le contó que Santana le había escuchado hablar con la forense; pero que no podía saber lo que ella respondía a sus preguntas.

—Es sólo cuestión de tiempo, señor Santana —le dijo Beltrán al reanudar el interrogatorio—. En nada tendremos los resultados del análisis de los restos de nicotina hallados en el cuerpo de Iván Bermúdez. Y... ¿qué vamos a descubrir entonces? Se lo voy a decir, que esa nicotina procede de un tipo de tabaco, puro, que casualmente es el que usted fuma; y aún sabremos más, porque las pruebas de ADN nunca mienten, son unas letras condenadamente chivatas —calló unos segundos—. Pero, en fin, si usted quiere seguir esperando y confundiéndonos está en su derecho. Nos da igual estar aquí un día que dos. Es nuestro trabajo.

La intervención de Beltrán sorprendió a Roca. No imaginaba que tuviera tantas tablas. Poco después Santana se vino abajo. Roca reconocía que habrían preferido una confesión del tipo «sí, lo hice yo», que es lo habitual, pero no hubo suerte. La declaración fue larga y confusa. José Juan debió pensar que ya que se había decidido a hablar, iba a contarlo todo: lo que había sucedido y lo que le pasaba a él mientras aquello ocurría.

Beltrán levantó el teléfono y preguntó por qué seguía sin aparecer el abogado de Santana, añadiendo, en un tono no demasiado convincente, que parecía mentira que aún no lo hubieran localizado; le contestaron que en ese momento, casualmente, llegaba el de oficio. José Juan aceptó su asistencia.

El muchacho entró en la brigada pidiendo disculpas por el retraso, «había tenido un día de locos». Le hizo a Santana los comentarios de rigor y se sentó en un extremo de la mesa. Tras asentir en silencio, José Juan pidió ir al servicio. Cuando regresó se había lavado la cara y recompuesto el tupé.

—No podía resistirlo más —le escuchó decir Roca—, después de que

se aburriera de mí, me torturaba pensando qué sucedería si ella hablaba. Todo lo que había conseguido, mi posición, mi trabajo, podría venirse abajo.

En aquel momento sólo Roca sabía a qué se refería, anotó en un papel que Elda había inventado la *obra* de Santana y se lo hizo llegar a los demás. José Juan pareció no reparar en ello.

—Aquello me impedía escribir —prosiguió Santana, con un tono de voz que no expresaba ninguna emoción—. No me concentraba. Estaba viviendo mi vida de prestado. Ella lo sabía y se burlaba de mí —levantó la vista de sus manos, que no habían permanecido quietas ni un minuto, y miró desafiante a Beltrán—. Tenía motivos para haber incendiado el almacén con ella dentro. Pero no lo hice. No recuerdo demasiado bien lo que sucedió; pero juro que si no fue un accidente, yo no tuve nada que ver.

Pidió un vaso de agua y preguntó si podía fumar. Beltrán empujó su cajetilla hacia él. Santana negó con un gesto y sacó un puro, bastante maltrecho del bolsillo superior de su guayabera. Mordió la base y lo encendió con un mechero sin ningún miramiento.

—Aquella tarde hacía calor. El siroco me sienta mal, sobre todo desde que subí de peso, antes era igual, por lo de la alergia —Beltrán estaba a punto de interrumpirle, seguramente para que fuera al grano, cuando el jefe que se encontraba al otro lado de la sala, junto a la mesa de Roca, le hizo una seña con la mano para que le dejara hablar—. Llevaba varios días sin dormir, obsesionado con una idea que se disipaba en cuanto me sentaba al ordenador. Era como un martirio: cuando estaba a punto de quedarme dormido se me ocurrían cosas, pero ella siempre estaba ahí en medio, como un fantasma que debía conjurar. Hacía meses que rondaba su casa sin tener el valor de enfrentarme con ella. Sólo tenía que demostrarme eso, verla como estaba, como lo que era, una cuarentona amargada, nada más; pero no me atrevía.

Santana volvió a beber agua, esta vez a pequeños sorbos, y continuó con su relato.

—Solía aparcar el coche en la fábrica y me acercaba caminando. Aquel día decidí que tenía que ser el último, que no podía continuar así. Había tomado un estimulante y por el camino un par de copas para armarme

del valor que me había faltado tantas veces. No crean que esto me pasa a menudo. Sólo me sucedía con ella. Quizás porque me había ayudado a llegar a donde estaba y con una sola palabra podía hundirme en la miseria —titubeó, hablaba como un autómata. Respiró profundamente y continuó —. Llegué a la explanada a eso de las ocho. Aparqué el coche y me dirigí hacia el almacén. Me costaba caminar, se me frotan los muslos y me salen ronchas y encima el sudor lo hacía penoso. Después de dudar unos minutos ante la entrada, me decidí, por fin, y empujé la puerta. Tras el chirrido de las bisagras me recibió la voz de Elda, desde el altillo; «pasa, llevo todo el día esperándote», gritó. Estaba alucinado. Había llegado hasta allí porque ella me esperaba. Creí que me estaba volviendo loco.

Santana enterró la cabeza entre las manos. Después dio una larga calada al puro y terminó de relatar su conversación con Elda.

—No tardé en comprender, por el tono de su voz, que no era a mí a quien esperaba: «¡Ah, eres tú! —comentó con desprecio—. ¿Cómo te atreves a venir en esas condiciones? No estoy para visitas. Así que dime lo que quieres y lárgate».

Le dije que no podía seguir así, que estaba consumido, que tenía que echarme una mano. Todo lo contrario de lo que había pensado. Me humilló. A mí, que he conocido a los más grandes escritores de este mundo... Me respondió que no estaba para historias, que tenía que solucionar un asunto importante y que me fuera. Al final, sin saber qué decir, le contesté que no me iría sin tomar una copa. Me respondió que ya sabía donde estaban, que la tomara y que me largara con viento fresco. Con la misma, se dio la vuelta y subió al altillo. Fui al fondo, a la cocina, y me serví primero una copa y luego otra. Lo último que recuerdo, antes de verme rodeado de humo y llamas por todos lados, es que sonaba BB King y que me dejé caer sobre la colchoneta de uno de los bancos de mampostería de la cocina.

Me desperté tosiendo, no podía respirar. Tampoco sabía dónde estaba —continuó Santana al cabo de unos segundos—. Cuando, por fin, logré alcanzar la calle tropecé y me caí. Al levantarme del suelo fue cuando lo vi. Estaba a unos metros, iluminado por las llamas, con sus penetrantes ojos fijos en mí. En ese momento no tuve tiempo para pensar en otra cosa que no fuera llegar al coche y volver a mi casa. Estaba confuso y muy asustado.

Después me enteré por los periódicos de que Elda había muerto en el incendio. Al leer que se barajaba la posibilidad de un suicidio me quedé tranquilo. Su vida tampoco era envidiable. Yo, por muy mal que estuviera, no habría sido capaz de hacer lo mismo. Sin embargo, esto duró poco. Empecé a preocuparme cuando Roca dijo que podía haber sido un homicidio. Después cuando ese periodista publicó que había un testigo decidí que debía ir a hablar con el chico: explicarle que yo no había tenido nada que ver con aquello.

Santana parecía más relajado; llegó un momento en su declaración en el que parecía estar narrando un suceso que alguien le hubiera contado.

—...Llegué al bar muy temprano y esperé a que se levantara. Suponía que madrugaría más que Chona —ella solía tener a gala no despertarse nunca antes de las doce—, aún no había amanecido cuando vi encenderse la luz de su cuartucho. Esperé junto a la puerta a que saliera, pero al verme se asustó. Entonces lo cogí de un brazo y le tapé la boca para que no chillara. No quería hacerle daño, sólo explicarle que yo estaba allí por casualidad, que no tenía nada que ver con el incendio y con la muerte de Elda. Pero él parecía no escucharme. No sé qué me pasó, «Tú no dirás nada ¿verdad?», repetí una y otra vez. Él movía la cabeza y trataba de zafarse, pero yo lo tenía acorralado entre mi cuerpo y la pared. De pronto caí en la cuenta de que mis manos estaban alrededor de su cuello y él había dejado de moverse. En ese momento no sentí nada. Fue como un apagón. Después hice lo primero que se me ocurrió: dejarlo en el contenedor.

La declaración de Chona, tomada por Beltrán aquel mediodía en el hospital, confirmaba la versión de Santana. La mujer decía que la noche del incendio su sobrino Iván le comentó que había visto a José Juan salir corriendo del almacén. Reconoció haberle aconsejado que callara y que no se lo dijera a nadie, pensando que así le protegía. Después se echó a llorar.

El jefe parecía satisfecho, después de comprobar que Santana firmaba, le dio a Roca una palmadita en la espalda. Para él, su trabajo concluía en aquel preciso momento, las diez y dos minutos de la noche. Al día siguiente José Juan pasaría a disposición judicial y Roca podría volver a sus suicidas o irse de vacaciones, lo que prefiriera.

En un alarde de generosidad el jefe los invitó a tomar una cerveza en

la taberna del cordobés. Estaba realmente contento.

—Me parece que ha sido sincero —dijo Beltrán—, un poco disparatado, pero sincero. Lo que no entiendo es por qué no ha reconocido haber golpeado a Elda —Artiles asintió.

—Creo que no fue él —los tres miraron a Roca con curiosidad.

El comisario, que estaba a punto de comerse una empanadilla, detuvo el tenedor a medio camino entre el plato y la boca. Lo miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo y contestó tajante:

—El informe forense dice que no puede determinarse si la muerte fue inferida o accidental; así que pudo marearse a causa del humo y caer; sea lo que sea lo decidirá el Juez. El caso está cerrado, Roca. Es más, Santana quizás no tenga que seguir dependiendo de la inspiración ajena cuando escriba su próxima novela.

Para dejar claro que había terminado le dio un bocado a la empanadilla.

—¿Y Bel Pérez? —sabía que estaba yendo demasiado lejos, pero debía hacerlo.

Se atragantó. Tomó un trago de cerveza. Se había puesto colorado y le dijo a Roca que no quería volver a oír nada más referente a Maribel y a Elda.

—Si lo siguiente es el asunto del carné de identidad de la Meyers, no te molestes. Ese es un problema de extranjeros que ya no tiene remedio.

Roca no se quedó satisfecho. Tenía su propia teoría sobre lo que había sucedido, y a medida que la declaración de Santana avanzaba recobraba su fuerza la primitiva idea de Roca: Iván había muerto por puro azar, a causa de una indiscreción de Antidio Rodríguez. Elda no.

Roca llegó a su casa agotado, algo después de las once y encontró un recado de Alicia en el contestador. Se dijo que por fin había algo positivo en aquel día. Sin embargo, fue sólo una primera impresión. El mensaje llevaba allí desde primera hora de la mañana. Su voz le devolvió la tensión del encuentro: «Sólo te llamaba para decirte que hablé con la supervisora de planta. Pregunta por Ana Lola». Todo aquello quedaba ya tan lejos.

No tenía sábanas limpias, tampoco calcetines, se vistió con la última camisa, metió todo en una bolsa y bajó a la lavadora del sótano, una de esas

que funcionan con monedas. Mientras se hacía la colada se dejó caer por el *29*.

El dueño le pareció preocupado. Charlaron un rato en la puerta y, cuando entró, don Enrique le acompañó hasta la barra, donde le consiguió una banqueta. Pidió una copa y se giró hacia el interior de la sala; Roca siguió los pasos del anciano de acá para allá mientras reponía cócteles y palomitas. Siempre le había conocido igual, con el mismo entusiasmo. Él también lo observaba. Cuando Roca se levantó para dirigirse al baño vino a su encuentro y le detuvo poniendo la mano sobre el brazo del policía.

—En el reservado del fondo, justo en frente del baño, hay alguien a quien a lo mejor no te apetece ver —dijo casi en un susurro.

Algo le saltó en el estómago. No tenía idea de quién podría ser. Había comenzado a visitar el local en los tiempos de la panda del Parque. Pensó en Maribel, pero no, lo desechó. Santana estaba preso. Elda muerta. Quizás, su ex-mujer. Le divirtió la idea. La sorpresa fue mayúscula.

Al acercarse vio que sobre la mesa había dos copas mediadas, el cuenco de palomitas y una rosa, de esas que venden las floristas ambulantes, envuelta en celofán. La sonrisa se le heló cuando los ocupantes del reservado se volvieron al llegar él a su altura, y descubrió, bajo la luz de la lamparilla, el estupor en la cara de Alicia.

Roca apenas acertó a saludar. Entró en el baño y echó el cerrojo. No recuerda cuánto tiempo permaneció allí. Tal vez fueran sólo minutos. Se dijo que los últimos días, los acontecimientos, la intensidad de las emociones, las horas sin dormir, habían contribuido a trastocar su manera de percibir el tiempo. Cuando salió ya no estaban.

«Lo siento», dijo don Enrique, mientras Roca trataba de terminar su copa en un arranque de dignidad.

Regresó al sótano a terminar la colada. Un calcetín negro nuevo se había despistado entre la ropa clara, tiñéndola. Tiró las sábanas a la basura, y llamó al ascensor. Finalmente también tiró los calcetines y la palangana y el suavizante.

CAPÍTULO VII

Roca encontró el agua menos fría de lo que esperaba. El mar estaba silencioso, oscuro y quieto, preso, a causa de la marea, entre el arrecife que cerraba la bahía y la playa. Se le ocurrió que quizás el polvo, en su insistencia hubiera logrado crear una fina película también sobre el agua. Se sumergió y nadó hasta el límite de su capacidad pulmonar. Después la tierrilla volvió a asfixiarle.

Cuando volvía a su apartamento una furgoneta de reparto de prensa estuvo a punto de atropellado. «Perdona —dijo el conductor por la ventanilla, pero sin aflojar—. Vamos tarde». Santana era la causa; Beltrán y Roca aparecían con él en la foto de portada.

La camisa que había enjuagado en el lavabo al acostarse aún estaba húmeda. La quitó de la percha y se la puso con la idea de que ya se secaría por el camino. Llegó a la comisaría poco después de las ocho, hizo unas fotocopias del dossier de Elda, y comunicó en administración que se cogía los días de vacaciones que tan generosamente le había ofrecido el jefe el día anterior. En ese momento alguien llamaba para avisar sobre un suicidio. No permitió que se lo explicaran. Estaba decidido.

La noche antes, al salir de la taberna del cordobés, había recordado el comentario de Antidio sobre Ventura el domingo por la mañana. Quizás pudiera servirle de ayuda para localizar a Maribel. Volvió a su casa en busca de la carpeta que había quedado olvidada junto a la cama. En contra de lo que esperaba, el nombre de Ventura no aparecía en ninguno de aquellos documentos; pero para su sorpresa sí el de la galerista. No entendía nada.

Antidio vino a buscarlo a la recepción del periódico. Después lo siguió hasta su mesa. Le dijo que estaban preparando una edición especial, que lo de Santana había sido un *bombazo*. Junto al ordenador había unas fotos de doña Juana.

—¿No irás a publicar eso, verdad? —le dijo.

El periodista lo miró con cara de no comprender.

—¿Y por qué no?

—No tiene nada que ver con esto. Había perdido toda la relación con él. Y después de no tener hijo para el éxito, ¿crees que se merece que la afrenten de esta manera?

—Por eso mismo. El abandono en el que la ha tenido demuestra la clase de tipo que es; y, además, vende.

—¿Tú no tienes madre o qué? —Rodríguez miró mosqueado—. Perdona, no lo he dicho en ese sentido. Bastante tiene la pobre mujer —añadió, aunque su intención fuera la que el otro había percibido.

Antes de que pudiera justificar su presencia allí les interrumpieron media docena de veces.

—El otro día me comentaste que lo de la cotización de las esculturas de Elda podría interesarle a Ventura, y no entendí muy bien por qué, tampoco comprendo qué puede importarle lo de *Playa Bermeja*.

—Tío, otra vez el mismo rollo ¿tú de qué vas? ¿Eres monotemático o qué?

—Sí. ¿Política?

—Política y Negocios, que no dejan de ser lo mismo. Pero a ti qué más te da.

—Es un asunto personal. Un viejo ajuste de cuentas.

—Ya lo sé, cuando cerraron el caso tú ya estabas fuera —lo dejó pasmado—. Todo está relacionado con esa carpeta que te di. Negocios inmobiliarios. Licencias y recalificaciones —dijo bajando la voz.

Mientras Antidio hablaba Roca dejó la carpeta sobre las fotos.

—Ventura, junto con dos empresarios locales, era el promotor de los complejos que se estaban construyendo en el Barranco del Moro —Espacio Protegido— con autorización del Ayuntamiento y dicen que con la colaboración de Gómez-Puerta. Alguien se fue de la lengua, el senador se desmarcó. Todo quedó en nada, pero paralizaron las obras, y Ventura, además de perder mucho dinero, puede tener en juego hasta la cabeza. Es lo más gordo en lo que se ha metido. Como se descuide, esta vez el que aparezca flotando por el Faro puede ser él. Hay hasta rusos por medio.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo de *Playa Bermeja*?

—Tu amiga Bel Pérez es la principal accionista de la mayoría de las sociedades propietarias de esos terrenos. Yo no puedo publicarlo porque el

pacto que suscribieron el otro día Gómez-Puerta y los insularistas con los populares para convocar una moción de censura, lo convierte en intocable para este periódico. Tecleó en el ordenador y puso en marcha la impresora.

—No te he dicho, y mucho menos te he dado, nada. Estamos en paz, Roca. Lo siento por ti.

Roca cogió la carpeta y con ella las fotos de la madre de Santana. Antidio rodeó la mesa y le dio una palmadita en la espalda; después lo acompañó hasta la puerta de la redacción.

—Si las quieres, de recuerdo. Puedo encargar otras —le dijo con media sonrisa mientras le reclamaba las fotos con la mano.

Tras ponerle gasolina al coche, Roca se presentó en casa de Ventura. Sus altos muros también habían adquirido ese color canelo de todo lo que les rodeaba. Apretó el botón del interfono y una cámara le observó desde el otro lado de la verja. Dijo que quería ver a Ventura, que tenía una información que le podía interesar. Le hicieron esperar unos minutos. En el extremo opuesto de la plaza, dos viejos que conversaban en el interior de una tienda de *aceite y vinagre* interrumpieron su plática y se quedaron mirando.

Ventura lo esperaba en un salón con suelo de barro y estantes de mampostería. Vestía un polo con la bandera española en el cuello, pantalones de algodón azul marino y zapatos mocasines sin calcetines. Le saludó con una amabilidad exagerada.

—He hecho una serie de averiguaciones sobre aquel asunto del descapotable —dijo Roca sin más rodeos.

—Pero parece que no le han llevado a donde esperaba — comentó con una sonrisa.

—A mí no —respondió sin acusar el golpe— pero tal vez puedan interesarle a usted.

Le puso las fotocopias de los recortes de prensa que habían remitido de Francia sobre la mesa. Ventura las ojeó, y se encogió de hombros.

—No sé lo que significa esto, si puede interesarme, y a cambio de qué.

—Las dos primeras cuestiones dependen de usted; en cuanto a la última, no se trata más que de un pequeño favor.

Le explicó que Maribel era la marchante de Elda y que había estado

moviendo las esculturas a precios millonarios mientras la autora percibía una miseria.

—Puede haber mucho más detrás... Sigo convencido de que Santana no mató a Elda.

—Según dice el periódico, ha confesado.

—Ha reconocido haber matado al muchacho. Él lo vio salir del almacén en llamas; pero mantiene que no sabe qué pasó. Sólo recuerda que había estado bebiendo y que ella le dijo que se marchara.

—Necesitaría acceder a los últimos movimientos de las cuentas de Bel Pérez. Ventura lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y qué te hace pensar que yo puedo conseguirlo?

—*Playa Bermeja* —respondió tajante mientras le pasaba algunas copias de la carpeta que le había dado Antidio Rodríguez. Sabía que se la estaba jugando. Sin embargo fue como si hubiera pulsado el mecanismo que hace saltar un resorte—. Ganamos los dos.

Cambió de actitud, aunque de una manera casi imperceptible, su tono se suavizó y le puso una mano en la espalda invitándole a acompañarle al bar.

—¿Un jerez?

—¡Vaya, vaya, con mi amigo Roca! —sirvió dos copas y unas aceitunas.

—Son unos cuantos millones de razones —Ventura lo miraba con cierta curiosidad. Roca se arriesgó un poco más—. Hay veces que lo que no consigue la Justicia...

En aquel momento Roca no podía comprender que se trataba de una cuestión más sutil, que casi siempre resulta más valiosa la información que se reserva que la que se publica. Antidio Rodríguez, sin embargo, lo sabía muy bien.

Bebieron sin prisa; después Ventura le pidió que lo siguiera. Bajaron dos plantas en un ascensor y, tras recorrer un amplio pasillo, se detuvieron ante una sólida puerta de madera. Roca comenzaba a impacientarse; aunque su inquietud por las connotaciones sociales que tomaba la visita se desvaneció al atravesar aquel umbral. Donde supuso una bodega, le sorprendió una amplia y bien iluminada sala de trabajo.

—Un buen equipo humano y técnico —dijo señalando con un gesto a los dos jóvenes que parecían abstraídos ante sus ordenadores— hace que cuestiones como la distancia no sean ya fundamentales a la hora de abordar un negocio.

Llamó a un muchacho muy joven y pálido y le pidió que tomara nota de la información que deseaba. Roca escribió el nombre completo de Bel, y el del banco que enviaba las cartas que había encontrado sobre su escritorio de la galería. Acto seguido, Ventura le invitó a visitar su *parque tropical*.

Mientras avanzaban por pequeños senderos flanqueados por una exuberante vegetación, Ventura le dijo que todo estaba manga por hombro a causa del polvo, y que había tenido que trasladar a la mayoría de sus criaturas al interior de los pabellones. Los pájaros parecían excitados. Ventura, como si poco o nada le importara la información que Roca poseía, se dedicó a explicarle, con toda parsimonia y lujo de detalles, la procedencia y peculiaridades de cada una de aquellas aves: papagayos, tucanes, flamencos, cacatúas, loros de muchas especies y demás nombres y coloridos extraños que Roca olvidaba a medida que se los iba nombrando.

Cuando regresaron a la oficina el muchacho le entregó una hoja con los últimos movimientos de la cuenta de Bel.

—Hay muy pocas cosas que un par de llamadas a las personas adecuadas y un buen ordenador no puedan solucionar —dijo Ventura mientras le pasaba la lista.

Roca se sorprendió, porque imaginaba que, en caso de acceder Ventura a realizar las gestiones, la respuesta a su petición le llevaría su tiempo: un desplazamiento al banco y algún dinero a cambio de la información; todo al viejo estilo que lo había hecho famoso veinticinco años atrás.

Reparó en que la última disposición databa del martes anterior, pocas horas después de la muerte de Elda. Dudó antes de preguntar si sería posible averiguar de qué cajero automático procedían aquellas 100.000 pesetas. Ventura, sin esperar a que concluyera, le alargó otra nota que el muchacho le acababa de pasar. Entre detalles y señas de compras y transacciones figuraba la dirección de un cajero situado en una céntrica avenida de la zona turística del Sur. Cuando Roca le preguntó cómo era posible que pudieran acceder a todos aquellos datos, Ventura le respondió que siempre hay cosas

que es mejor no saber.

Roca se despidió olvidando la carpeta de *Playa Bermeja* en el salón y asegurándole que le mantendría informado de lo que descubriera. Sin pensarlo dos veces, se adentró en el desfiladero, por la tortuosa carretera que le conduciría al Sur, a aquella ciudad ociosa, irreal atravesada por desiertas avenidas.

Dejó a un lado y a otro complejos de verdes y coloridos jardines en torno a las piscinas, restaurantes, canchas de tenis, centros comerciales con enormes cervecerías alemanas y estrechos bares británicos. Allí podía uno comer *fish and chips* y sentirse como en el mejor tugurio de Bristol.

Finalmente, algo después de media tarde, dio con lo que buscaba. El lugar resultaba deprimente, aunque limpio, las paredes estaban desconchadas y las pérgolas y los toldos de las terrazas ajados por el sol y los años. Contó tres pubs de ingleses, dos cervecerías alemanas, un sex-shop y media docena de bazares donde los marroquíes vendían bolsos de piel de camello e imitaciones de maletines, neceseres y demás complementos de lujo. Nada en su apariencia hacía prever el movimiento nocturno.

Se armó de valor y tomó posiciones en una céntrica terraza, dispuesto a esperar a que llegara la noche. No se le ocurría qué podía haber ido a buscar Maribel a un sitio como aquel.

La tirada especial del periódico de Antidio lo dejó con la boca abierta, y eso que había llegado a creer que estaba curado de espanto.

Poco antes de las ocho de la tarde empezó el movimiento, los pubs abrieron sus puertas, y algunos camareros del norte de Europa se pusieron al frente de los negocios mientras los primeros clientes, gordos bebedores que compensaban los gastos del trayecto con el precio del alcohol, comenzaban a llegar. También muchachos más jóvenes y chicas, casi adolescentes, que reían, charlaban e interpelaban a los transeúntes, para darles después unas tarjetas que llevaban en la mano.

Así transcurrieron las primeras dos horas sin que nada le diera una pista sobre Maribel. A veces alguien se acercaba a los grupos de muchachos con cierta precipitación y se dispersaban sin dejar rastro, para regresar al cabo de diez o quince minutos como si nada hubiera sucedido.

—Siempre hay alguno que les da el *agua*; por la poli, ya sabe...

El camarero titubeó sopesando el comentario.

—La verdad es que no me viene nada mal la información. Soy Antidio Rodríguez, periodista —le dijo Roca, sin darse tiempo a pensar nada más—, estoy haciendo un reportaje sobre la *marcha* en el Sur y me interesa ver cómo funciona un centro tipo: el ambiente, la problemática, todo eso.

El camarero, que se llamaba Benedicto, según le explicó después, cambió de actitud y se volvió más solícito. Le dijo que le encantaba lo que escribía, que todos los días leía su columna.

—¿No se ha traído la grabadora o un bloc de notas? —preguntó mirando alrededor.

—Sí, claro, están en el coche —respondió Roca mientras se maldecía por meterse donde nadie lo llamaba.

—Mal sitio; aquí, en cuanto se descuida uno, ¡zas!

Se levantó y dio la vuelta al edificio. El hindú que vendía estéreos, licores y tabaco, estaba bajando las rejas. “Ya casi son las diez”, dijo, pero le dejó entrar. Al parecer la cosa no estaba como para andar desperdiciando un cliente. Sabía que los peninsulares, que eran los que compraban, tras la pérdida del puerto franco, encontraban ese tipo de mercancía al mismo precio en sus lugares de origen, por lo que muchos bazares se habían hundido. Salió de la tienda con una grabadora, una cinta y cinco mil pesetas menos.

Benedicto tenía respuestas para todo. Habló de los extranjeros, de su poder adquisitivo, del *Over-booking*, del *Time-sharing*, de los *tiqueteros*.

—Esto es un relajo, la policía no lleva control ninguno. Mire, si no, esa partida de chiquillos. Se quedan en el país sin que nadie les pregunte nada. Lo hacían antes de la libre circulación, y ahora con más motivo. Venden su billete de vuelta, un chárter de esos que con el boleto vas como en una guagua. Nadie controla nada. ¡A ver!, hay días que llegan ni se sabe los aviones...

«¡Ahí estaba!», se dijo con una sonrisa que como siempre salta la liebre donde menos te lo esperas. El camarero siguió hablando; Roca oía su voz entorpecida por el ritmo de sus propios pensamientos. Sin embargo, el entusiasmo le duró poco. Sabía cómo se las había arreglado Maribel para

salir de la isla... pero, y después qué. Después habría que seguir una pista que se desvanecería en cualquier aeropuerto de Inglaterra.

—Eso, a repartir tickets de las discotecas —continuaba Benedicto—, viven diez o doce en un apartamento, empiezan repartiendo papelitos para vivir, después se meten en la droga y terminan botados por ahí, en las esquinas o en cualquier escaparate de Hamburgo a cuenta de los papelitos.

Roca aprovechó que se tomaba un respiro para decirle que creía que ya tenía bastante información, que no se imaginaba cuánto se lo agradecía.

—¿Pondrá mi nombre en el periódico?

—Bueno, si usted no tiene inconveniente —después de todo, aquello resultaba incluso divertido.

—Hombre, la verdad, yo no sé... uno tiene que vivir aquí, pero tampoco hay que esconderse, ya me entiende.

—¿Qué le parecen las iniciales? —dijo conciliador.

—¡Ah, OK!

—Bueno, ahora tengo que irme. Daré una vuelta por ahí para empaparme del ambiente. ¿Cuánto le debo?

No le dejó pagar. El tampoco insistió.

En los bares, al margen de las dificultades idiomáticas —casi ninguno de los camareros hablaba español— escuchó la misma versión que podría traducirse por «yo qué sé lo que hacen los clientes, por aquí viene mucha gente».

Decidió dejarlo. Estaba harto y un poco borracho. Al salir del último local una chica rubia, muy joven, se colgó de su brazo. Roca la miró sin reaccionar. Había visto actitudes similares durante toda la tarde. Se le ocurrió que no era mala idea averiguar lo que se proponía. Se dejó llevar hasta el *Nigel's Córner*, un bar inglés donde las parejas de mediana edad, que a comienzos de la noche coreaban las canciones de un hombre-batería, habían dejado paso a solitarios que, animados por chicas como la suya, bebían una copa detrás de otra.

La muchacha parecía simpática. Al cabo de un rato, le propuso que tomaran *the last one* en un sitio más tranquilo. Estuvo a punto de acceder. Roca pensó que como ventajas tenía un culo de lo más tentador y la virtud de que su escaso conocimiento del español le ahorraba el esfuerzo de tener

que escucharla. Finalmente, se dijo que lo que en cualquier otra ocasión le habría negado el sentido común, esta vez podría impedírselo el físico. Le preguntó si quería otra cerveza y aceptó. Entonces, al levantar la vista hacia el camarero que colocaba algo en la estantería, vio la figura entre dos botellas.

Se quedó de una pieza. Había dado con la respuesta por pura casualidad. Una carcajada le convirtió en el centro del bar. La chica forzó su risa para seguirle la corriente. Sacó la cartera para pagar dejando que viera la placa. Ella le dijo que iba al servicio y no regresó.

Cuando el camarero le trajo la vuelta, Roca le pidió que le dejara ver la figura de papel. Pareció fastidiado.

—¿No recuerdas quién hizo esto? —le preguntó señalando la elaborada monja de papiroflexia.

Casualmente le dio la misma descripción que él le había ofrecido horas antes:

—Mujer alta, con gafas. Morena. No joven. No vieja... Cuando le dijo que era policía comenzó a balbucear; aunque se le aclaró la memoria. Le contó que había llegado cuando estaban a punto de cerrar y que preguntó por el jefe. No sabía más.

El dueño del *Nigel's Córner-life music-happy hour from 20 to 21* se llamaba Nigel Friedman; debía haber pasado los sesenta pero conservaba cierto aire de viejo rockero. Perdió la sonrisa mientras hablaba con el camarero. Después, en un alarde de profesionalidad, pareció recuperarla y se dirigió hacia donde se encontraba Roca arrastrando los tacones de las botas al caminar. El policía lo miró fijamente mientras avanzaba. El hizo lo mismo, cuando llegó a su altura se presentó tendiéndole la mano. Roca rechazó su invitación diciéndole que, de momento, estaba servido. Nigel miró la figura de papel que Roca conservaba junto a su vaso y, en una actitud que le hizo recordar a Chona, comentó que «llevaba años sin verla».

—Hasta la semana pasada.

—Hasta la semana pasada, eso es —repitió. A un gesto suyo el camarero le sirvió una cerveza.

—¿Qué quería?

—Charlar, supongo. Como la mayoría, de vez en cuando.

—¿Y?

—Poco más. Me dijo que tenía problemas que no especificó —hablaba sorprendentemente bien, aunque con un ligero acento—. Le busqué un lugar donde quedarse esa noche y no he vuelto a verla. Creo que pensaba marcharse de la isla.

Roca tomó una copa más después de que Nigel le dejara para seguir atendiendo a sus clientes; se le ocurrió que debía conocer bien a Ventura; si llevaba tantos años en el Sur y en un negocio de aquellas características, lo extraño hubiera sido lo contrario.

Roca salió del bar acentuando el efecto de las copas con un paso ligeramente inseguro. En un local cercano tomó un bocadillo que le dijeron que era de pollo pero que sabía a queso; y se instaló en el coche a esperar.

Nigel dejó al camarero cerrando el pub a eso de las cuatro de la mañana y se adentró en el centro comercial. Al tratar de seguirle notó que las piernas no le respondían. Temió que el hormigueo y la sensación de inseguridad le impidieran ir tras él por aquel laberinto de locales; sin embargo, el taconeo de las botas del inglés vino en su ayuda. Al salir del recinto cruzó una calle y luego otra, entrando después en la recepción de uno de los primeros aparthoteles que se construyeron en el Sur. Allí mantuvo una breve conversación con el sereno y desapareció en el interior del edificio, una construcción de cinco plantas, con forma de media luna en torno al frondoso jardín y la piscina.

Roca rodeó el complejo a toda prisa. En cada terraza brillaban las luces generales. La vegetación era demasiado alta. Tuvo que apostarse al otro lado de la calle para lograr ver algo. Confiaba en que el apartamento al que se dirigía Nigel no estuviera entre los primeros pisos que los setos le impedían controlar. Pocos minutos después se encendió una luz en el tercero. Contó seis balcones desde la derecha. Fue a por el coche y se sentó a esperar.

Se sobresaltó con el sonido de unos nudillos contra la ventanilla. Al alzar los ojos Roca se topó con las guerreras de dos guardias municipales. No tenía la sensación de haberse dormido, apenas un leve cabeceo, pero el sol debía estar ya alto, aunque el polvo le impidiera verlo, porque hacía calor.

Los policías locales le preguntaron, primero, si se encontraba bien, después le pidieron que saliera del coche y que se identificara. Mientras examinaban la documentación Roca miró a su alrededor tratando de ubicarse. Algunos turistas insensatos caminaban hacia la playa. Cuando cayó en la cuenta de lo sucedido descargó su rabia con un puñetazo contra el techo del coche; los gestos de la pareja evitaron que formulara en alto todos los improperios que podía haberse dedicado de estar solo.

Las puertas correderas del apartamento estaban abiertas. Cogió los prismáticos de la guantera. Una figura regordeta vestida de gris claro transitaba por el salón. Los municipales le devolvieron la documentación y se alejaron murmurando. Minutos después, desde una cabina cercana, solicitó a información el número del complejo. Pidió comunicación con el apartamento 306 y por una vez, y aunque le pareciera mentira, su lógica funcionó. La limpiadora descolgó el teléfono. Estaba sola. Tras colgar dudó unos instantes. Se dijo que lo que hubiera pasado era ya inevitable, así que regresó al centro comercial. Compró maquinillas y espuma de afeitar y tomó un café de verdad en un bar que frecuentaban los taxistas. Se lavó como pudo en el baño y pasó por el cajero automático que escupió las últimas dos mil pesetas de sus números rojos.

Roca entró en el complejo por el acceso de servicio al restaurante. Llamó al timbre del apartamento pero no hubo respuesta; al insistir la camarera se asomó dos puertas más allá.

—No hay nadie. Ha salido.

Le dio las gracias, conteniendo las ganas de preguntarle algo más.

El carro de la limpiadora bloqueaba el pasillo, el apartamento 310 estaba abierto. Oyó que la mujer soltaba el grifo de la bañera y se coló dentro. En el pequeño pasillo de acceso había dos puertas enfrentadas: la del baño y el dormitorio, que en ese tipo de edificios suelen dar hacia la parte posterior, mientras que el salón, con cocina americana, se abría a la fachada principal. Casi todos los aparthoteles de esa época tenían la misma distribución. Salió al balcón por una de esas puertas correderas a través de las que silbaba el viento cuando las construcciones no lo habían detenido; una de aquellas cristaleras que los finlandeses de los 70 atravesaban sin abrir y casi sin sentirlo a causa de las borracheras. La piscina estaba

desierta. Salvó sin dificultad el metro y medio de murete que lo separaba de la terraza contigua e hizo lo mismo con el siguiente. La camarera había cerrado el ventanal a causa del polvo, pero sin asegurarlo por dentro.

Su primera impresión fue que había llegado demasiado tarde. Sin embargo, en el baño permanecían aún el cepillo de dientes, un peine y algunos útiles de aseo; en el armario del dormitorio, además de un blusón y una muda de ropa interior, encontró el teléfono móvil y la agenda de Maribel.

Roca reconoció que Petra Valle tenía razón: allí, en aquella libreta de piel de marca, estaba todo: citas, llamadas, fechas, números de la seguridad social, de historias clínicas, incluso de las tarjetas de crédito. Halló también un billete de avión para la mañana siguiente, un chárter a Londres. El nombre del pasajero resultaba prácticamente ilegible; sin duda, debía estar más claro en el cupón que habían retirado en origen.

Se sentó a esperar en la terraza. Abajo, en la piscina, un camarero abría el bar y los primeros extranjeros colocaban las hamacas en dirección a donde, se suponía, debía estar el sol.

Al cabo de unas horas comenzó a pensar que quizá no volviera. Se dio una ducha y comió un aguacate que encontró en la nevera.

Eran casi las cinco de la tarde cuando notó que una llave entraba en la cerradura. Se volvió para ver la expresión de sorpresa de su cara. Llevaba unas enormes gafas de sol y parecía más delgada. No dijo ni media palabra.

Dejó una bolsa de plástico y varios paquetes sobre la mesa. A Roca le pareció que una leve sonrisa se insinuaba en sus labios. El no se movió. Ella se quitó la americana, fue hacia el armario de la cocina y sacó una botella de whisky con dos vasos. Después avanzó hacia Roca y lo contempló detenidamente.

Cuanto más tiempo pasaba más difícil de romper parecía aquel silencio. Roca comenzó a moverse en el sillón. Elda siguió observándolo sin decir una sola palabra. A él le costaba sostener su mirada. Siempre había sido igual, desde aquella primera noche en el almacén de plátanos, cuando la descubrió al subir al altillo. Ella lo sabía y lo explotaba.

Las gafas contribuían a acentuar la sensación de incomodidad. Roca trató de sobreponerse pensando qué habría oculto tras los cristales. La

solución fue peor.

Cogió el billete que él había dejado sobre la mesa, pero lo volvió a dejar en el mismo lugar. Entonces, cuando la tensión parecía llegar a su grado máximo, se echó a reír. Después alzó el vaso hasta los labios y bebió un buen trago. Roca dedujo que no era el primero del día.

—Te esperaba antes —titubeó—. Bueno, lo cierto es que no sé lo que esperaba, pero en fin... no está mal. Ironías del destino, supongo.

Todo resultaba pesado y lento, incluso el crepúsculo que se apagaba como si la tierra se hubiera invertido y presionara sobre sus cabezas. También Roca bebió. El whisky le quemó la garganta y prendió en su estómago vacío como un fósforo. El ardor pasó pronto dejándole una agradable sensación de pérdida. Ninguno de los dos tenía prisa. Sopesaban las palabras sin pronunciarlas temiendo la trascendencia o la frivolidad, igual que en las primeras citas.

—Estoy cansada —dijo por fin.

—Yo también.

—No tienes buen aspecto.

—Tú tampoco.

Roca tuvo la sensación de que jugaban un partido de tenis: después del silencio inaugural, el peloteo.

—¿No vas a preguntarme qué ocurrió o por qué? —dijo, por fin, consciente de lo ridículo de la situación.

—¿No vas a preguntarme tú desde cuándo lo sé?

Pronto quedaron en sombras, sólo iluminados por las luces que provenían de la calle. Minutos después se encendieron las farolas de la piscina y los plafones de los balcones.

No se escuchaba otro sonido que el ruido sordo que ascendía de los bares de la calle. En aquel apartamento no había sándalo ni luces indirectas ni sedas; sólo una mujer que parecía vencida, que se había equivocado y que estaba cansada de huir.

Las horas de aquella noche transcurrieron entre períodos de silencio y de extraña elocuencia. Ella le dijo que se llamaba Adela, Adela M. Reyes, que era hija de emigrantes, casi francesa, medio española. Le contó que todo le parecía un sueño del que resultaba imposible despertar. Hablaron de

los contactos con Francia, de su llamada a Maribel, de la llegada de Santana —el otro punto de vista de una historia que Roca conocía, que había reconstruido día tras día.

Le habló del francés. Le había conocido en la universidad. Podría haber sido su padre y pese a ello, o tal vez por eso, se dejó fascinar por su elocuencia, por sus actitudes, por su manera de estar en el mundo, pero sobre todo, por aquel halo de admiración y respeto que lo rodeaba. Le hacía sentirse verdaderamente especial. Claro que, según le explicó, todo eso no lo sabía entonces. Tampoco que, con el tiempo, el papel que le correspondía terminaría por aburrirla, por disminuirla a los ojos de los demás; pero sobre todo ante sí misma. La educada atención y las facilidades para realizar su primera exposición, que al principio le habían parecido un sueño, comenzaron a pesarle más que a otros la falta de respuesta. La sombra de aquel hombre era tan amable como extensa. Estas y otras revelaciones se fueron sucediendo en el transcurso de la noche, de aquella última conversación, que comenzó por lo que en aquel momento era lo verdaderamente importante:

—La llegada de Maribel me hizo olvidar a Santana. Debí suponer que se había tomado la copa y se había marchado. —Entonces no fue Maribel, sino Santana el que llegó mientras tú dejabas el recado en el contestador de la galería. —Sí, estuvo muy impertinente, venía borracho y se negó a marcharse sin un whisky. En aquel momento tenía otras preocupaciones. Y ya sabes, bueno, no tienes por qué saberlo, cuando algo me preocupa o atrae mi atención, me aislo, soy incapaz de escuchar, de atender a cualquier otro estímulo. Me sucedía cuando modelaba y, también, aunque te cueste creerlo en la vida personal. Una especie de obsesión de continua presencia. ¿Te acuerdas de La Fugitiva. Maribel estaba muy nerviosa. Entró hablando por los codos, como siempre, sin prestar atención a nada. Me contó lo del cerdo de su marido y la hermana; que estaba harta. Yo la dejé hablar. Finalmente, y como toda respuesta a aquella descarga tan fuera de lugar, le dije que lo sabía todo. Me miró perpleja y continuó: «Vaya, hombre, que como reza el tópico he sido la última en enterarme, y quiero decir literalmente la última. No, si hasta parece un chiste, mira tú». Esperé a que terminara el descargue para aclararle que no me refería a sus asuntos familiares, que por lo demás

me importaban una mierda, fue como si le hubieran dado una bofetada. Primero permaneció en silencio y después comenzó a titubear.

Elda hizo una pausa en su relato. Tomó un trago y miró a Roca antes de continuar.

—Estábamos en el altillo, yo avancé dos pasos y ella retrocedió. Perdió el pie y se cayó por las escaleras. Así de sencillo y de ridículo. Cuando me asomé ya había llegado al suelo. No debió tocar ni un solo peldaño. Estaba inmóvil. Tuve la sensación de que aquello no podía ser real, que era una broma —encendió un cigarro y aspiró profundamente un par de caladas antes de continuar—. No sentía nada. Ni miedo ni dolor; era como si la sorpresa, o los años, quién sabe, me hubieran vaciado —calló de nuevo.

Roca permaneció en silencio. Cuando volvió a hablar, el tono de su voz parecía más ligero.

—Me quedé contemplándola un buen rato; después traté de moverla, quizás con la esperanza de que estuviera fingiendo; pero para qué iba a fingir. Es curiosa la cantidad de justificaciones que podemos buscarnos antes de enfrentar una verdad... Y a veces la verdad resulta tan extraña. Ni siquiera tuve la ocasión de demostrarle mi enfado, de decirle ni una sola palabra del discurso que había preparado.

Elda lo miró como si él fuera capaz de compartir todo aquello y se quitó las gafas. Llevaba puesto el ojo de cristal. No se le escapó la expresión de sorpresa de Roca.

—Siempre tuve uno de repuesto. Aún me pregunto por qué lo hice. No lo sé. Seguramente no quiera saberlo. Demasiadas preguntas, Sindo, para alguien que se ha pasado media vida tratando de eludir el mundo, ¿no te parece? —aquellas preguntas no buscaban ninguna respuesta, parecían más bien muletillas de apoyo—. Creí que saldría bien, que sería más fácil vivir la vida de otra que la propia si no nos pertenece. ...Y en el fondo —continuó — quién me asegura que yo no estaba recuperando mi vida al tomar la suya. En algún momento de los años que compartimos, después de que tú desaparecieras, se produjo un curioso cambio de papeles. Ella vivió, en cierto modo, la vida que me estaba destinada y dejó en mi casa, en mí misma, gran parte de lo que era y no aparentaba.

Ella vivía del *arte*, viajaba, opinaba en los periódicos y en los salones... ¿No te resulta gracioso? No está mal para una chica de provincias que, a pesar de no haber pasado por la universidad, figuraba como licenciada en Filosofía y Letras.

Por primera vez desde que la conocía Roca tuvo la sensación de que le hablaba de igual a igual. Después se le ocurrió que quizás sólo hablara consigo misma. Tampoco importaba demasiado. Quería preguntarle muchas cosas pero tenía miedo de romper aquel tiempo.

—Después llegué aquí, al principio. Me espanté al ver lo que había crecido todo. Tras dar muchas vueltas, encontré el centro comercial, como una isla en este mare magnum de urbanizaciones, un punto familiar, y luego a Nigel. Supongo que lo demás podrás imaginarlo. Me consiguió ese billete en un chárter —cogió la botella y rellenó los vasos—. Podría haberme ido el jueves. Los jueves hay salidas multitudinarias y apenas llevan el control, pero era demasiado tarde o demasiado pronto, según lo mires. Tarde, porque de salir tendría que haberlo hecho aquella madrugada. Pronto, porque quizás hubiera ya controles. Decidí esperar una semana más. Luego todo se complicó. Te vi en las noticias. Supe que habías descubierto lo de las esculturas, supuse que no pararías hasta dar con mi identidad. Cuando pasó lo de Iván, y después lo de Santana, comprendí que todo había ido demasiado lejos.

Le describió aquellos días, tan parecidos según dijo, a los primeros que había pasado en la isla tras su precipitada marcha de París. El paso de las horas, en aquel apartamento...

—No esperaba nada, o quizás..., qué más da. Si no hubieras llegado, no sé si habría usado ese billete mañana.

Ya habían bebido más de media botella.

—¿Cuándo lo supiste?

—Casi desde el principio —mintió Roca— en cuanto llegó la autopsia.

Elda lo miró con sorpresa. Roca le tendió la arrugada copia del informe que había rescatado de la guantera del coche antes de subir.

—¿Te importa leerla tú?

Aunque lo pensó, no le dijo que le parecía un sinsentido, tal vez

porque, como a ella, en aquel punto de los acontecimientos, le resultaba más fácil dejarse llevar. Así que se dispuso a leer con el tono más neutro posible el informe forense del Dr. Velasco.

—«Diligencias Previas 325/94. Juzgado de Instrucción Número Once. Reconocimiento externo: cadáver de una mujer que está completamente carbonizado externamente. No quedan vestigios de pelos ni de ropas. Mide 1,72 metros de estatura y pesa sesenta kilos. Es de constitución atlética y los caracteres sexuales parecen normales externamente. No hay signos de orificios naturales susceptibles de violencia y tampoco se le encuentra ningún adorno externo (pendientes, anillos, etc...)»

Elda lo observaba entre curiosa y expectante. Roca bebió un trago, ya por inercia y siguió, a pesar de que aquello le producía cierta incomodidad.

—«En el ojo derecho hay una prótesis de cristal de color similar al del otro ojo. En la boca no hay signos de piezas dentarias protésicas y es imposible determinar la presencia de caries reparadas sin una radiografía.

B) reconocimiento interno:

1.—Cabeza: se secciona la piel por la línea que une ambas apófisis mastoides. Evertido el tejido pericraneal no se detectan lesiones. Separada la bóveda craneal, previo aserramiento circular a un centímetro supraorbitario, no se observan lesiones óseas.

El tejido cerebral es normal al corte y no hay signos de patologías previas. Destaca el estado del nervio óptico derecho, presentando desflecamiento de la arteria y vena central de la retina.»

—Impresionante, sí señor —murmuró.

—Sólo reparé en ello cuando el forense me lo señaló —volvió a mentir Roca—, por lo general, vamos directamente a leer las conclusiones.

No quería reconocer que la llamada de atención del forense le había pasado inadvertida y que no había caído en la cuenta del error hasta que descubrió la abadesa de papel en la barra del bar de Nigel.

—Si no hubiera sido por esa puntualización no lo habríamos descubierto hasta que se celebrara el juicio contra Santana, cuando el forense fuera llamado a declarar.

Elda lo observaba atentamente mientras él le explicaba qué tipo de relaciones mantenían con los forenses. Le explicó que la ausencia de

contacto directo impedía, en ocasiones, reparar en detalles como aquel. Roca encendió un cigarro. Ella le pidió que continuara leyendo.

—¿Por dónde iba?, ¡Ah sí!, Reconocimiento Interno:

«2.—Cuello: se abre por la línea media y se diseca por planos. No se aprecian quemaduras en la mucosa orofaríngea. Tampoco hay signos de lesiones en músculos y órganos.

Hay un desplazamiento anterior de la segunda vértebra cervical, que analizando el canal medular muestra una comprensión intensa de la médula a ese nivel. No hay hematomas perivertebrales.

3.—Tórax: mediante disección practicada por la linea media que se extiende hasta el pubis, se procede a disecar los planos musculares costales. No se aprecian lesiones en mamas. Se cortan las parrillas costales y se desinsertan las primeras costillas, no encontrando lesiones óseas.

Se extraen en bloque las visceras torácicas y abdominales, después de la extracción del estómago y el tubo digestivo.

Las lesiones que presentan los pulmones son las típicas antra-cóticas (punteados negros del fumador). No hay alteraciones en las vías aéreas.

Los grandes vasos y el corazón no muestran lesiones. Se toman muestras de sangre en vacío para la determinación de monóxido de carbono.»

Elda escuchaba con una extraña atención, como si realmente fuera ella misma el objeto del análisis. Roca se dijo que, tal vez, en el fondo lo era.

—Estudié anatomía en la escuela —murmuró—. Lo había olvidado; pero sigue, por favor.

A pesar del cansancio y de lo absurdo de la escena, Roca no fue capaz de negarse.

«4.—Abdomen: El examen de las vísceras abdominales no muestra datos patológicos dignos de mención, ya que el hígado con las vías biliares, el páncreas, el bazo, los riñones y las vías urinarias y el sistema vascular no presentan alteraciones patológicas en su estructura y tienen peso normal. En el informe aparecían asimismo los pesos detallados.

5.——Genitales: Útero de nulípara; no hay patología destacable.

6.—Extremidades: no se encuentran lesiones.»

—Nunca imaginé que pudiéramos ser tan parecidas. Ya ves, edad,

estatura, ausencia de hijos, fumadoras arrepentidas... Lo demás no queda, ¿te has fijado? No dejan huella los viajes, ni los amores, ni los deseos, ni los baños en la playa cuando éramos adolescentes: el éxito o la dicha. Las ideas. Nada.

Roca dejó el informe sobre la mesa. Ella lo cogió, y tras mirarlo con curiosidad siguió leyendo:

—«Consideraciones Médico Legales»—dijo en alta voz, como si compartir aquella información que deseaba conocer la hiciera menos terrible «—a) La presencia de alteraciones en el sistema vasculonervioso del ojo derecho indica una extracción irregular.»

—«Irregular» —repitió, con una sonrisa—, curioso adjetivo.

«b) El desplazamiento anterior de la segunda vértebra cervical y la compresión medular provocaron una denervación inferior. La causa del desplazamiento fue de origen traumático.

c) La ausencia de quemaduras en vías aéreas y de secreciones indica que no hubo respiración en el foco del incendio, lo cual significa que la muerte fue previa. No obstante, la determinación de monóxido de carbono aclarará este extremo.

Conclusiones:

L) La muerte se produjo por Compresión Medular, siendo la causa inicial traumatismo... ».

Mientras Elda hablaba de ausencia de traumatismo peri-vertebral y de la imposibilidad de dictaminar si el origen de la lesión había sido inferido o accidental, a Roca lo distrajo el sonido de una ambulancia. Entonces, como quien obedece a una señal, recordó su llegada al almacén la noche del incendio, después los acontecimientos de aquella última semana desfilaron ante él a gran velocidad. Desde entonces en adelante, sucedería lo mismo cada vez que regresara el siroco y volviera a escuchar una sirena.

Amanecía. Se contemplaron en silencio. Un trueno sonó en la distancia. Elda no tenía buen aspecto: su piel, tan pálida, parecía descolgada en torno a las mandíbulas. Estaba cansada. Roca también. Ella lo miraba fijamente, no porque esperara algo, sino porque no había otro lado al que mirar en aquel reducido apartamento. A Roca se le ocurrió que, quizás, estuviera analizando sus canas, las ojeras o su estómago. Después supo que

trataba de encontrar el modo de hacer una pregunta. Siempre había sido muy orgullosa. El no le facilitó el camino.

—¿Y ahora qué? —dijo, por fin, en un tono que no reflejaba ninguna emoción.

Oyeron un repiqueteo afuera. Se volvieron hacia el ventanal: unos enormes goterones de barro comenzaban a estrellarse con fuerza contra los cristales.

—Tú sabrás —le dijo Roca tratando de esbozar una sonrisa—. En lo que a mí respecta, eres un asunto de extranjeros y estás muerta.

Lanzarote, enero de 1996

La Autora

Fotografía: Emile Issa

Yolanda Soler Onís, poeta y novelista española, es Doctora en Filología Hispánica y posgraduada en Dirección y Gestión de PYMES. Entre 1986 y 1995 fue gestora cultural y periodista en distintos medios de comunicación de Canarias. Desde entonces ha trabajado en el ámbito de la difusión de la lengua y la cultura española, primero para la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y desde 2005 en el Instituto Cervantes, como directora de las sedes de Mánchester, Varsovia, Marrakech y Beirut.

En 1986 obtuvo los premios **José Hierro de Poesía** y **Ciudad de La Laguna de Novela**, con *Sobre el ámbar* y *Un tiempo de té con miel*. *Malpaís* (DVD 2003) fue finalista del **Premio José María de Pereda** en

1998 y **Premio Tristana de Novela** en 2002.

Ha publicado, además, otros poemarios, entre los que se encuentran *Nombres ajenos* (1989), *Botania* (1993), *Mudanzas* (2002) y *De los ríos oscuros* (2010); así como las antologías *Memoria del agua* (1997) y *Memoria del agua y otros poemas* (2003). En 1995 se editó la novela juvenil *La cueva de Lezama*. Es autora de distintos trabajos relacionados con la didáctica de la Lengua y la Literatura, como *José Hierro para niños* (1998) *José Hierro: Geografía Mítica* (2003) y *José Hierro: La biografía de un pájaro se resume en su canto. Una poética confirmada* (2017).

Índice de contenido

Portada
Copy
Malpaís
- Dedicatoria
- CAPÍTULO I
- CAPÍTULO II
- CAPÍTULO III
- CAPÍTULO IV
- CAPÍTULO V
- CAPÍTULO VI
- CAPÍTULO VII
- La autora